

DIEGO URIBE

YO, EL ASESINO



SERIE NEGRA PUERTA DE PURCHENA

DIEGO URIBE

YO, EL ASESINO



SERIE NEGRA PUERTA DE PURCHENA

YO, EL ASESINO

SERIE NEGRA PUERTA DE PURCHENA

DIEGO URIBE

Ilustración de la cubierta: Janekorunoski Foto cubierta: Daniel Leyva

Copyright © Soccratis LLC 2020

Redondo Beach, CA 90278

www.diegouribe.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total

de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Primera edición, junio de 2021

Printed in the USA

Impreso y encuadernado en:

Los Ángeles (Estados Unidos)

“Mírame con desprecio, verás un idiota. Mírame con admiración, verás a tu Dios. Mírame con atención, te verás a ti mismo”.

Charles Manson

CONTENIDO

<u>0. Viaje</u>	<u>7</u>
<u>1. Iniciación</u>	<u>13</u>
<u>2. Inesperado</u>	<u>19</u>
<u>3. Noticias</u>	<u>25</u>
<u>4. Tradición</u>	<u>27</u>

<u>5. Normal</u>	<u>31</u>
<u>6. Informe</u>	<u>43</u>
<u>7. Infancia</u>	<u>47</u>
<u>8. Hermanastro</u>	<u>53</u>
<u>9. Regreso</u>	<u>55</u>
<u>10. Reunión</u>	<u>59</u>
<u>11. Cumpleaños</u>	<u>61</u>
<u>12. Más noticias</u>	<u>71</u>
<u>13. Perfil</u>	<u>75</u>
<u>14. Sorpresa</u>	<u>79</u>
<u>15. Denuncia</u>	<u>83</u>
<u>16. Evidencia</u>	<u>87</u>
<u>17. Operación</u>	<u>89</u>
<u>18. Lazos de sangre</u>	<u>95</u>
<u>19. Boda</u>	<u>99</u>
<u>20. En la cárcel</u>	<u>103</u>
<u>21. Adolescencia</u>	<u>107</u>
<u>22. Pruebas</u>	<u>111</u>
<u>23. Celos mortales</u>	<u>115</u>
<u>24. Incidente</u>	<u>123</u>
<u>25. Refuerzos</u>	<u>129</u>
<u>26. Ayúdame</u>	<u>133</u>
<u>27. Final</u>	<u>137</u>
<u>28. Otra víctima</u>	<u>141</u>
<u>29. Alerta</u>	<u>149</u>
<u>30. Prisas</u>	<u>155</u>
<u>31. Guerra Civil</u>	<u>159</u>
<u>32. Cerca</u>	<u>163</u>
<u>33. Cacería</u>	<u>167</u>
<u>34. Reencuentro</u>	<u>171</u>
<u>35. Dios</u>	<u>175</u>
<u>36. Gloria</u>	<u>177</u>

Viaje

D

espertó a sus tres hijos de madrugada, entre los ruidos del motor de un viejo Renault Cuatro blanco que los esperaba con un conductor en la puerta de la casa. Iban a emprender un largo viaje que les cambiaría la vida, si conseguían llegar a su destino. Los niños lloraban, no querían ponerse las ropas que les daba su madre: unos harapos malolientes y remendados que habían resistido varias generaciones. No sabían qué pasaba, todavía eran unos críos. Una vez estaban preparados para subirse al coche, ella aprovechó para meterse en un cuarto pequeño y se cortó la preciosa melena negra que la acompañó durante años. No quería que supieran que era una mujer y, si lo descubrían, quería estar lo menos atractiva posible.

El padre introdujo las maletas raídas en el maletero y en la bandeja superior. Solo cabían cinco personas en el coche, pero, como los hijos era menores, el conductor, un hombre con semblante serio y de poco hablar, lo aceptó. Además, recibió el dinero por adelantado, a través de la mafia local; su parte de los veinte mil euros que dejaron las arcas de la familia en la miseria.

La madre intentó ocupar el asiento del copiloto, pero, ante sus gritos e insultos, lo intercambió con su esposo. Sentados, lloraban y miraban atrás, en un intento de despedirse de la tierra que los vio crecer y nacer. La amargura los embargaba, pero también tenían un hilo de esperanza: podía ser el principio de una nueva vida, que no daba para más en su país natal. Se despidieron con la mano de la última calle de Tadouart, tomaron la Route Ancient hacia Tiznit y la N1 en dirección a Agadir, el destino final para el taxi, pero no para ellos, que debían tomar un autobús en dirección a Tánger.

Pasaron la noche entre los murmullos y gimoteos de los menores, que ignoraban su suerte. Al llegar los primeros claros del día, hicieron una parada, bebieron agua de una botella y comieron unos dulces típicos de su pueblo. Durante el día, abandonaron la carretera principal, que estaba en buen estado, y viajaron por la secundaria, de tierra y piedras que provocaban que el coche botara, haciendo imposible el descanso. Había demasiados controles de policía y mafias dispuestas a robar o lo que hiciera falta para arruinarles el trayecto.

Después de horas metidos en el vehículo, se encontraban cerca del transbordo. No lloraban, pasaron de un estado de expectación ante lo que su nueva vida pudiera traerles.

Llegaron a Agadir en las primeras horas de la noche, cuando era más fácil pasar desapercibidos. Tenían que dirigirse a una parte de la ciudad donde una multitud esperaba impaciente a que abrieran las puertas de un autobús ilegal. El número de personas doblaba la capacidad del vehículo. Las mafias que controlaban la operación bendecían la circunstancia: cuanta más demanda, más beneficios.

El Renault Cuatro aparcó a unos metros del autobús, y el conductor les señaló que se bajaran y esperaran junto a los otros viajeros. La familia recogió sus pertenencias y se encaminó hacia el grupo, donde todos competían por conseguir un hueco junto a la escalera de acceso. Tras varios minutos de gritos y peleas, dos encapuchados con chilabas aparecieron por sorpresa. El que parecía el cabecilla sacó una pistola y todos callaron rápido. Se dirigió al asiento del chófer, abrió la puerta y se subió. El otro hombre habló a la multitud y les explicó en varios idiomas que la tarifa había subido como resultado de los gastos de gasolina y adecuamiento del autobús. Los pasajeros se lo tomaron mal, hasta el punto de acorralarlo, pero él sacó una pistola de un bolsillo de la chilaba y disparó al que tenía enfrente, que murió en el acto.

El mensaje llegó claro a los presentes, que cesaron su motín y obedecieron las órdenes. No todos llevaban dinero, algunos pagaron por anticipado y no les quedaba nada. Solo los que tenían algo reservado para gastos inesperados pudieron acceder al vehículo.

La madre, ante la desesperación de su esposo, que lloraba pensando que se quedarían sin sitio, sacó un pequeño monedero y, a escondidas, le depositó en la mano lo que ahorró durante años sin que él lo supiera. Cuando les llegó el turno de entrar en el autobús, uno de los encargados les dijo que era raro ver a dos hombres con tres niños pequeños. El padre no dijo nada, el malvado sabía lo que ocurría. Agarró a la madre del brazo, le quitó la capucha y le estrujó los pechos con rabia. Las voces de los demás viajeros, que apenas veían lo que pasaba y que apremiaban al conductor por la demora en subir, hicieron menor el sufrimiento de la mujer.

El trayecto entre Marrakech y Casablanca se pasó deprisa, hasta que un grupo de policías marroquíes les dio el alto en las proximidades de Rabat. Uno de ellos se subió al vehículo y, empuñando una metralleta, recorrió los asientos recolectando dinero. Apenas tuvo que hablar, todos sabían lo que quería: no era la primera vez que pasaban por la experiencia. El intercambio se llevó a cabo como un trámite burocrático. Una vez la policía acumuló lo que creía justo para dejarlos seguir adelante, se marcharon.

Llegaron a Tánger y, tras varias paradas, se dirigieron por la avenida Mohammed IV hacia la playa Real, cerca del puerto. Era una cala pequeña y de difícil acceso, donde montarían su cuartel general hasta el momento de marchar hacia El Hoceima, última parada antes de partir hacia España. Las embarcaciones derruidas servirían de vivienda improvisada para enfrentar al frío de la noche.

Días después, dos hombres, un español y un marroquí, aparecieron en un coche militar con un bote en la parte superior. El marroquí sería el encargado de llevarlos en patera hacia una playa señalada junto a El Hoceima; desde allí viajarían hacia las costas de Almería, su destino final. El español pidió cien euros a cada familia si querían subirse a la barca. Un chico le dijo en un inglés básico que era injusto, que no estaba dentro del trato que hicieron. El marroquí se aproximó por detrás y lo golpeó con una tabla que recogió del suelo. La sangre manaba veloz y relucía en la cabeza sin pelo del africano, que cayó al suelo al instante. El español aprovechó ese momento para darle una patada en la cabeza que lo dejó inconsciente.

—¿Alguien tiene alguna pregunta?

Nadie se atrevió a responder. Sacaron el dinero, se ayudaron entre sí y pagaron. Cinco horas de viaje y ya estaban en la última ciudad de Marruecos que pisarían antes de partir y que, con toda probabilidad, algunos jamás volverían a ver. Una cala desierta los había recibido y los despediría a medianoche, cuando las patrulleras españolas hicieran los cambios de guardia.

El momento esperado llegó con la señal de una linterna al piloto desde un monte cercano. Con dificultad, unos cuantos chicos empujaron la barca, que se dirigió mar adentro, y se subieron deprisa. Las olas eran gigantes en ese momento, pero no tenían más remedio que intentarlo. Tras algunos virajes, el copiloto se hizo con el mando de la patera, que comenzó a recibir agua a través de varias grietas entre las tablas, allí donde la masilla había cedido.

Después de unas horas con poco espacio, los cuerpos de los viajeros empezaron a resentirse. El único que tenía anchura era el piloto, que sudaba tratando de gobernar la barca en mitad del temporal. El chico que recibió la paliza por quejarse gritó en francés que iban a morir todos, que el reguero de agua sería cada vez más grande a medida que el tiempo pasara y se ahogarían en mitad del océano. El piloto le pidió a gritos que se calmara. Les aseguró que no era su primer viaje entre los dos continentes y, si todos colaboraban, llegarían a las costas de Almería.

La mitad del trayecto pasó y la barca resistía a duras penas. Alguien alertó de una luz tenue a unos cincuenta metros. Los pasajeros entraron en pánico al pensar en la posibilidad de que fuera una patrullera española. El piloto los tranquilizó avisando de que sus luces eran más potentes. Cuando estaban a unos metros, un golpe seco en el casco de la embarcación provocó la histeria de nuevo. Una persona sacó una linterna diminuta, alumbró al mar y descubrió los cuerpos flotantes de dos personas que se habían ahogado. Un candil reposaba en la proa de una patera medio hundida, con un niño de corta edad muerto entre las tablas del suelo.

Liderados por el mismo joven, los pasajeros se amotinaron y a punto estuvieron de volcar la barca. El piloto, encolerizado, dejó su asiento y sacó un cuchillo.

—¡Salta o te mato!

—No sé nadar.

—¡Hazlo!

El chico se arrojó al mar entre sollozos y ante la cara de miedo de los pasajeros, que poco tardaron en obedecer. El resto del trayecto fue tranquilo, las olas amainaron y la actitud desafiante de algunos desapareció ante la inminente llegada a las costas españolas.

Con la primera luz del alba, la patera tocó suelo español. Un grito alertó de la aparición de un coche de la Guardia Civil a unos metros de la playa. Los más jóvenes saltaron de la patera y corrieron en dirección contraria, pues sabían que si se dispersaban las posibilidades de no ser atrapados eran altas. El resto hincó la rodilla en la arena y desistieron. Esperaron a los agentes entre lágrimas y desconsuelo. Tanto dinero y penuria para que los devolviesen a su tierra.

Pero a veces la suerte ayuda a la buena gente, y un abogado almeriense consiguió el resto: utilizó a los menores como excusa para solicitarles asilo, que fue aprobado por el juez de guardia. Seis meses después, dejaron la casa de alojamiento de inmigrantes, en los suburbios de Almería, y se mudaron a una propia. Era pequeña y vieja, pero suya.

Lo habían conseguido.

Iniciación

E

spero en la puerta del cine Imperial para ver una película. El día ha sido raro, desde temprano he tenido sensaciones extrañas. Un hormigueo me recorre el cuerpo y el corazón me palpita acelerado. Las manos me tiemblan y las piernas no pueden sostenerme. Mis pensamientos se mezclan y no consigo razonar con claridad. Miro en todas las direcciones, quizás me observan. Debo comportarme con normalidad. Me doy la vuelta y doy la espalda a los que vienen al cine por la Puerta de Purchena. La hora de entrar llega; tengo que tranquilizarme, mi nerviosismo podría llamar la atención.

Tres chicas jóvenes pasan junto a mí; puedo oler sus fragancias. Una pareja mayor las sigue, comentando las buenas críticas que la película ha tenido en los medios de comunicación. Voy a entrar detrás cuando una joven de pelo castaño largo se adelanta, rozándome el hombro; me golpea con el bolso y se disculpa. No respiro bien. Comienzo a perder el control. La sigo hasta la sala tres y no me importa qué película vine a ver. Se sienta sola en la tercera fila, a la izquierda. Yo lo hago tres detrás. Puedo verla a la perfección. Se acaricia el pelo y mueve la cabeza como una diosa.

Paso la película entera admirándola. Quiero volver a casa, pero no soy capaz. Algo me empuja a seguir allí.

Es ella, es mi madre: su pelo, su figura, sus labios.

«A tu edad, yo había empezado. Nunca podrás estar a mi altura, hijo. Serás una nenaza. Será difícil que te busques una reputación por ti mismo. Estoy contento de haberos abandonado a ti y a tu madre».

Un espectador cambia de sitio y se sienta junto a ella. Entablan conversación, y eso no me gusta. Espero un instante; si intenta algo, tendré

que intervenir. Se acerca despacio a su cara, pero ella lo rechaza con la mano. Hace un gesto para avisar al revisor y el entrometido desaparece.

Siempre hay que tener cuidado cuando se va sola.

La película termina y la chica se queda a ver los créditos del final. Los espectadores se marchan, pero no sé de qué hablan, no presté atención a la película. Quedan cinco personas en la sala, además de nosotros. No sé qué hacer.

«Síguela, cobarde».

La joven se dirige a la salida y decido seguir sus pasos. La inercia me lleva. Sale a la calle. La lluvia cae de manera torrencial. No ha traído paraguas para protegerse. Algunos espectadores buscan sus coches para cobijarse, otros aguardan a que llegue un taxi. Yo espero desde la taquilla y observo sus movimientos. Mira hacia atrás, pero no se fija en mí. He sido poco previsor. Al final, decide caminar bajo la lluvia. Su movimiento rápido me sorprende, pero no la pierdo de vista. La sigo unos metros atrás, no quiero levantar sospechas.

Desciende por la derecha bajo los hermosos árboles de la avenida Pablo Iglesias. Su paso es ligero. Se para en una señal de *stop* y el semáforo tarda tiempo en cambiar a verde. Desacelero el paso. De momento, no quiero encontrarme cara a cara con ella, es mejor seguirla de lejos. Apenas hay gente. Cruza el paso de peatones y toma el paseo de Almería hacia abajo. Mira atrás, pero, por fortuna, hay una pareja de novios entre nosotros. Es imposible que me vea con esta lluvia. Además, está oscuro. Todo corre a mi favor.

La adrenalina me sube por el cuerpo. Mantengo la compostura lo mejor que puedo. Esta vez no abandonaré como en las anteriores. No voy a fallarles a mis voces.

Es el retrato vivo de mi madre.

La muchacha gira a la derecha en Concepción Arenal. Se para a leer algo bajo el toldo de la Oficina Municipal de Turismo. El chapoteo al pisar los

charcos me delata. Se da la vuelta y me mira a la cara. Puedo ver intranquilidad en sus facciones. Agiliza la marcha, pasa junto al asador Torreluz, golpea los cristales y grita a los trabajadores, que a esas horas están limpiando el local antes de cerrar.

—¡Abran, por favor, abran!

—Está cerrado, señorita, vuelva mañana —le dice un camarero de malas maneras.

—¡Por favor, por favor!

El camarero se da la vuelta y prosigue con su trabajo. Se une al resto del grupo, que sigue en *Estudio estadio* el resumen de los partidos de fútbol de la jornada.

La chica sale corriendo. La sigo con paso firme. Echa mano a su bolso y saca algo. Mueve la mano como quien no encuentra lo que busca.

«Ja, ja, ja, ja».

Coge una linterna pequeña y busca desesperada la llave de la casa, pero no aparece. Llega al número sesenta y cuatro, y prueba a ver si la puerta está abierta. Tampoco. Mira hacia mí y su rostro refleja terror.

—¡Señorita, señorita! —le grito.

El pánico parece invadirla. Lo noto en sus movimientos bruscos. Se le cae el bolso y hace un gesto para salir corriendo. —Se le cayeron las llaves a la salida del cine.

Me acerco con lentitud. El cuerpo entero me tiembla, pero me sobrepongo. Alcanza mi mano y la tensión acumulada provoca que ella rompa a llorar.

—Gracias —me dice entre balbuceos.

—¿Le abro la puerta?

—Sí, por favor.

La dejo entrar primero.

—Gracias, buenas noches —dice.

Entra.

La noche no ha hecho nada más que empezar para los dos. Me cuelo en el recibidor con un movimiento ágil y brusco. Le agarro su cuello por detrás y, con la pistola paralizante, le suelto una descarga en la espalda. Dolorida, la chica cae al suelo. Me mira horrorizada. Me echo encima e intento sujetarle las manos, pero la perra todavía tiene fuerzas para luchar. Una vez lo consigo, le pongo las rodillas en un brazo y la cara, y hago una pinza para que no se pueda mover. Con la otra mano le subo la camiseta interior hasta la altura del sujetador, le retiro la falda y doy un tirón para bajarle los pantis, pero están tan pegados a su cuerpo debido al sudor que lo único que consigo es hacerle un arañazo en el vientre. La chica da un alarido, pero le tapo la boca de prisa. Doy otro tirón, le quito los zapatos, y los pantis se resquebrajan y ceden. Me los llevo a la cara y los huelo con detenimiento. Cuando termino, los enrolló alrededor de su cuello y empiezo a tensarlos.

Mi víctima, dice algo, pero la ignoro. No parece tener fuerzas.

Aprieto más y más. La lengua le sale por la boca, los ojos empiezan a llenarse de sangre. Sigo oprimiendo el cuello, pero la cabrona todavía está viva. Un poco..., un poco más. Da un resoplido e inclina la cabeza hacia un lado. Los brazos están inertes, el cuerpo ha dejado de existir. Yo he resucitado. Siento una paz interna difícil de describir. Mi erección termina.

Debo prepararme para la siguiente cita.

Todas las calles están llenas de cosas ansiosas por ser poseídas.
Sé para lo que son las manos y me gustaría ayudarme a mí mismo. Me
preguntas el momento,
pero siento algo más
y me gustaría darte
lo que creo que estás pidiendo

Bello Diablo

Inesperado

D

escenas de personas se agolpaban en torno a la elitista tienda de ropa Triakkara, desde donde podían ver las piernas inmóviles del cadáver dentro del portal. Las noticias circulaban deprisa en los alrededores, y los curiosos no perdonaban. Allí estaban para dar testimonio, tomar alguna foto que subir a las redes sociales o pasar un chismorreo a los amigos.

La Policía Nacional cerró la calle Concepción Arenal a la altura del paseo de Almería y la plaza de las Flores, y la acordonaron con cinta amarilla. Tres agentes en cada extremo impedían el paso excepto a residentes, dueños de tiendas y personas de otros cuerpos de seguridad. Sus semblantes eran serios y los primeros datos, descorazonadores. Todo apuntaba a que había ocurrido algo más truculento que un simple asesinato pasional.

—Doctora Arreola, hay huellas de varias personas —dijo un policía.

—¡Mierda! —«¿Esta gente no ve la puta tele?».

Unos segundos después, el comisario Sergio Salmerón saltó de un coche patrulla.

—Doctora, ¿qué tenemos?

—Se trata de Marisa López, una mujer blanca de veintitrés años, pelo largo castaño y natural de la capital: nació en El Zapillo. Enfermera de profesión, soltera y, según los vecinos, sin relación estable conocida. Lo último que se sabe es que fue al cine sola. Uno de los inquilinos cruzó unas palabras con ella en la escalera y ha confirmado que lleva la misma ropa que la noche anterior.

—¿Tiene antecedentes?

—Limpia como una patena.

Sonó la música de un móvil.

—Perdone, tengo una llamada.

Era la alcaldesa de Almería, que tenía reputación de inflexible, de cortar por lo sano y llevarse por delante a quien hiciera falta. Era temida y odiada por sus adversarios políticos, pero los almerienses la adoraban.

—¿Cuál es la situación? —preguntó la primera edil. Una pregunta que era más una amenaza velada. —Tenemos el cadáver de una chica joven.

—Eso es mala publicidad para la ciudad y para mí, puede costar carreras.

«Hija de puta».

—Sí, señora alcaldesa.

—Hay que solucionarlo cuantos antes.

El inspector Víctor Lagarde corrió hacia la escena del crimen desde un coche policial que traspasó la cinta con ayuda del público.

—Lagarde, interrogue a los vecinos —dijo Salmerón. —Perfecto.

—Y ocúpese de las cámaras también.

—Comisario, ¿quién se hace cargo de la investigación? —De momento, yo. Usted céntrese en las órdenes.

Lagarde había sido el compañero de fatigas de la inspectora Benatar, que dimitió hacía unas semanas. En esencia, era un buen tipo, criado en el poniente y de familia de agricultores. Era confiable y sabía lo que era trabajar de sol a sol sin inmutarse, aunque sin liderazgo.

—Comisario, ¡ha venido David León! —dijo un agente. —Deja de gritar, cojones.

El juez de instrucción, David León, era un tipo joven para su cargo, alto y atlético. Gozaba de buena reputación en la ciudad por juicios contra las mafias de la droga y trata de blancas, y por su cercanía con los almerienses. Conversó unos minutos con la forense, que le comunicó los resultados de la inspección ocular, el tiempo que llevaba muerta y las posibles causas de la

defunción. La doctora fue cauta; si bien el cuerpo presentaba signos de traumatismos leves, la autopsia dictaría la sentencia definitiva.

Miembros de la policía científica recogieron las pruebas y las colocaron en bolsas herméticas, las depositaron en el vehículo y señalaron que su trabajo se había acabado. El juez León autorizó el levantamiento del cadáver e instó a llevarlo al hospital de Torrecárdenas para su examen. Ofreció su ayuda y disposición para la investigación, y se marchó.

Los últimos en llegar a la escena del crimen fueron los miembros de la Guardia Civil, que se presentaron ante Salmerón y los informaron de los hallazgos. Por fortuna, las relaciones entre los dos cuerpos de seguridad eran de armonía. Décadas atrás, la Guardia Civil recibió numerosas críticas por su actuación en un supuesto incidente con miembros del grupo terrorista ETA, el Caso Almería, donde tres jóvenes de una localidad cercana fueron torturados y asesinados sin un motivo aparente. La reputación de este cuerpo quedó dañada de muerte. O casi. Ahora el cuerpo gozaba de prestigio entre los convecinos y eso ayudaba a la relación entre ambas partes.

—¡Lagarde! —dijo el comisario.

—Se acaba de marchar —respondió un policía.

—¿Será posible?!

Empezaba a impacientarse. Analizó los hechos con tanta frialdad como pudo y llegó a la conclusión de que la inspectora Benatar era la más preparada para llevar el caso, pero ya no trabajaba con ellos.

«Se necesita el temple de un jugador de ajedrez». Lagarde era el mejor amigo de ella dentro del departamento. «Es el único que puede convencerla».

Zaida Benatar había abandonado la Policía Nacional dos semanas antes y, a pesar de que los compañeros lo intentaron, no tuvieron ningún tipo de comunicación. Una mañana, sin previo aviso, presentó su dimisión alegando problemas personales de salud y se marchó sin despedirse. La secretaria comentó que ese día llevaba un marcado maquillaje y la cara hinchada; parecía triste y apenas habló.

Creció cerca de la puerta de Pavía, un barrio de pescadores y gente humilde. Sus compañeros la llamaban con maldad la Morita, por sus raíces marroquíes. De niña tuvo que cruzar el Estrecho de Gibraltar en Patera con su familia y los primeros años de adaptación a España fueron complicados. Era la mejor preparada para los casos mediáticos y, según los compañeros, el ojo derecho del comisario, que no toleraba que se le gastasen bromas. Contaban las malas lenguas que el último que se burló de su origen se llevó unas hostias; él no se andaba con chiquitas, siempre decía que las bromas tenían su sitio y que las dependencias no eran un bar.

Había rumores de que Benatar sufría malos tratos de su esposo Abdel, un marroquí de mal genio y peor pinta, que le fue impuesto por sus padres cuando era una niña. Su compañero Lagarde tuvo que llevarla al hospital un día que ella apareció con el brazo dislocado.

Zaida tenía una buena relación con su hermana, pero con sus padres apenas hablaba. Había tensión por su negativa a seguir la tradición musulmana y su intención de divorciarse. Abdel siempre fue una persona resentida, que no quería que su esposa se adaptara a las costumbres españolas. Con el tiempo y, al ver que Zaida se iba separando de él por momentos, pasó de los ataques verbales a los físicos, en especial cuando se enteró de los rumores de la relación que ella tenía con Rodrigo Balín, de *La Voz de Almería*. El periodista informaba de los casos en los que Benatar participaba con éxito. Uno de ellos fue la detención de un mafioso, absuelto y más tarde asesinado en el portal de su casa; en menos de una semana, el asesino fue puesto a disposición judicial. También participó en la investigación de la violación y asesinato de una niña discapacitada en una escuela de educación especial. El caso estremeció a la población, pero con el buen hacer de la inspectora se resolvió en una semana.

El ambiente en la comisaría no ayudaba: una mujer con éxito y de origen marroquí rodeada de hombres era una carga pesada de llevar. Se le cuestionaban todas las decisiones que tomaba, aunque el éxito de sus investigaciones acallaba los comentarios.

Noticias

L

a Voz de Almería se hizo eco en sus primeras páginas del trágico suceso en el centro de la ciudad. La plácida localidad de la costa sureste de Andalucía siempre había sido un remanso de paz. La actividad criminal se reducía a robos y a la entrada de pequeñas cargas de droga procedentes del norte de África. Un crimen de esa categoría era inusual, aunque se habían dado casos entre pequeñas mafias locales.

Un artículo de Rodrigo Balín y Marta Shelby conmocionó a los vecinos. Según los periodistas, una vecina de la calle Concepción Arenal había encontrado el cadáver de una joven mujer en el portal del edificio donde vivían. Alrededor de las cinco y media de la mañana, M. L. se levantó a sacar la basura. Bajó las escaleras y se dio de bruces con el cadáver. Según otros residentes, lanzó un grito espantoso, subió corriendo a su piso y despertó a su marido, quien saltó de la cama y bajó las escaleras.

Mientras tanto, M. L. hizo una llamada a la Policía Nacional para alertarlos del incidente. Tuvo que repetir la historia ante la incredulidad del agente al teléfono. Veinte minutos más tarde, se presentó en el lugar de los hechos la policía científica, a cuyo mando estaba el comisario Sergio Salmerón, de la Brigada de Seguridad Ciudadana. Lo acompañaba la médica forense Paz Arreola.

Se conocían pocos detalles del suceso, solo que se trataba de Marisa López, una mujer blanca de entre veinte y veinticinco años, natural de Almería y residente en el número sesenta y cuatro de la calle Concepción Arenal. Los inquilinos del inmueble la vieron salir hacia las siete de la tarde con las mismas ropas con que la encontraron en la mañana. La difunta trabajaba de enfermera en el centro hospitalario Torrecárdenas, era soltera y no tenía

hijos. Se había emancipado de su familia unos años antes. Era reservada y apenas mantenía contacto con los otros residentes.

Las fuerzas de seguridad no hicieron ningún comentario al respecto. Se esperaba que algún miembro de la policía hablase a los medios de comunicación en las próximas horas. Solo la alcaldesa, en conversación directa con *La Voz de Almería*, expresó su más sentido dolor y deseó que se encontrara a la persona culpable cuanto antes. La noticia corrió como el fuego entre los habitantes, que especuló con toda clase de escenarios. Era imperativo que se activaran las medidas oportunas para atrapar al responsable de este acto. «La ciudad no dormirá tranquila hasta entonces», terminaba diciendo el artículo del rotativo.

4 Tradición

«Hijo de la gran chingada».

El habla mexicana le salía a Lagarde con facilidad después de dos años de prácticas en el Departamento de la Policía de Los Ángeles y lidiando con la *raza*, la comunidad latina. En especial, cuando se enfadaba. Quería con toda su alma a Benatar, su compañera de tantas batallas, pero el comportamiento y las maneras del comisario Salmerón le repateaban el estómago.

Después de cuarenta y cinco minutos conduciendo, llegó a la casa de Benatar. Tenía que convencerla de que volviera a la comisaria. Se bajó del automóvil y se acercó a la entrada. No era la primera vez que iba. Una vecina lo miró de arriba abajo y él le enseñó la placa.

«Para que luego digan que no hay suficientes policías en la ciudad. Híjole». La golpeó dos veces y ni señales de vida. Las ventanas estaban medio bajadas y apenas se veía dentro.

Esperó unos minutos: nadie acudió a la puerta. Llamó de nuevo con más fuerza y aguardó a que alguien contestara. «Es una pérdida de tiempo. No está aquí».

Desistió y, cuando se dirigía hacia el coche, la vecina le soltó unas palabras, como quien no quiere la cosa.

—La mora está adentro, con esa cosa en la cabeza. —¿Perdón?

—Sí, esa cosa que utilizan las mujeres en su país —dijo con un gesto de envolverse la cabeza.

—¿El burka?

—Y yo qué narices sé cómo se llama. Ni que fuera adivina.

«Gracias, diosito», se decía por estar soltero. Lagarde volvió a la puerta y gritó:

—¡¿Zaida, Zaida?!

—Necesito tiempo —dijo ella desde dentro.

—No me iré hasta que me abras.

—Por favor.

—Si hay que tirar la puerta abajo, lo haré. Me conoces bien. Pasaron segundos de silencio antes de que Zaida hablara. —¡Márchate!

Sirenas de la policía se oían a lo lejos, pero él ni se inmutó. Rodeó la casa, buscó una entrada sin éxito y volvió a la entrada principal.

Lagarde golpeó con violencia la puerta.

—Víctor, no, por favor.

No hizo caso. Tenía un mal presentimiento y no iba a marcharse sin hablar con ella, sin verla.

—Quítate de detrás.

—¡No!

Cumplió su promesa. La madera cedió a un empujón tremendo y se partió en varios pedazos. Benatar corrió hacia

Tradicón

una habitación interior, pero él la siguió. Cuando llegó a su altura, le agarró el brazo y la miró a la cara.

—Oh, Dios mío. ¡Pinche puto! Juro que lo mataré. La policía se abrió paso entre las maderas rotas cuando Benatar reaccionó.

—Si no mencionas nada de esto —dijo señalándose la cara

—,

hablaré contigo. Esto es un asunto privado.

Lagarde suspiró y asintió. La policía se abalanzó hacia el inspector, que, preparado, enseñó su placa.

—Soy el inspector Lagarde. Todo bajo control. La exinspectora Benatar requirió mi ayuda. Había un intruso en la casa. Por fortuna, todo está solucionado.

Cuando se marchaba, miró a la vecina que seguía los acontecimientos desde la primera fila. Barría la parte delantera de la vivienda, pero, más que una escoba, parecía sostener un rifle de asalto AK-47.

«Vieja sangrona».

Al llegar a la comisaría, Salmerón lo esperaba para que le explicara lo ocurrido. Vio en las noticias imágenes poco tranquilizadoras y quería asegurarse de que todo se hallaba en orden, y Benatar estaría de vuelta con el equipo.

Luces y sombras.

—Lagarde, por donde usted pisa no crece la hierba —dijo Salmerón.

—Tengo mis cosillas, como sabe.

— La televisión local ha mostrado unas imágenes donde se veía a la policía entrando en la residencia de Benatar como si fuera un ataque terrorista.

El inspector, criado en una granja de familia humilde, se calló la respuesta. Hizo un esfuerzo hercúleo para no darle una patada en el trasero.

—Tengo buenas y malas noticias, comisario.

—Las buenas, primero. Las malas se las guarda para usted. —Benatar prometió reunirse conmigo.

—¿Y las malas?

—Usted lo ha dicho, me las guardo para mí.

Lagarde abandonó la oficina antes de obtener réplica. Algunas veces, hasta las buenas personas tenían un día malo y podía ocurrir cualquier cosa. Antes de que sucediera, lo mejor era tomar caminos diferentes.

Respiró hondo y se dirigió a su casa.

«Ha sido un pinche día».

Normal

M

Los últimos días han sido aterradores. Durante la noche, me asedian pesadillas, y por el día me persiguen voces amenazantes y pensamientos macabros. Siento calambres en las manos y las piernas. Busco algo que no encuentre.

¿Qué me pasa, doctor? «Es estrés por tu trabajo. Tienes responsabilidades y, a veces, el cuerpo se resiente». Mentira. Mentira. Sé que no es así. Es algo diferente, lo noto. Lo siento. Es maligno. Lo he experimentado desde que era niño. Es posible que el estrés influya, pero no es la causa: es solo un síntoma. Las voces se suceden a menudo. No me dejan pensar. Me acosan. No las puedo parar. Son más fuertes que yo. Tengo miedo, mamá. Mucho miedo. Soy un niño malo. Papá no puede pegarme, no está.

Hoy es diferente. Me siento bien; me siento... normal.

Acabo de levantarme. Hoy he dormido bien. No me he despertado ni una sola vez. He tenido sueños placenteros. Mi esposa me recibió con unos buenos días y mis dos hijas vinieron a darme un beso temprano.

Me siento pletórico.

Preparo el desayuno con una energía inusitada. Huevos rotos con jamón y tostadas con mermelada. Estoy hambriento.

Puedo comerme el mundo.

Mis hijas y su madre me miran desconfiadas. Tal vez porque no parezco el tipo huraño y esquivo que ven todos los días. Sonríen, pero ignoran lo que pasa.

Pobres inocentes.

Las quiero con locura. Son la razón de mi ser. Mi vida. Si ellas supieran más sobre la persona con la que están viviendo... Tengo que actuar con cuidado. No quiero perderlas. Mi mente es brillante. Nunca me atraparán. Tendré cuidado. Las adoro. Nadie las va a apartar de mí.

Mis muñecas.
Lo son todo.

Recuerdo el incidente de anoche. La piel se me eriza de nuevo. Me excita recordarlo.

Una vez terminé con mi obra, limpié el pomo de la puerta para borrar mi rastro. Tuve cuidado, pero nunca se sabe. Cogí un pañuelo y lo pasé varias veces por el metal frío. Dejé en el suelo varias muestras de pelo que había recogido el día anterior en una peluquería, y coloqué en la cara de la víctima una huella que tomé de un vaso de un bar cercano. Saqué de mi cartera cinta adhesiva, eché un poco de polvo en el área marcada y levanté la huella. Me metí los pantis de la chica en uno de los bolsillos, pues era probable que hubiera dejado mi ADN, abrí la puerta con un pañuelo y giré hacia la izquierda. No había nadie en la calle. Pasé por el hotel Torreluz, agaché la cabeza para que el botones no me viera y seguí hacia mi casa.

Me encuentro satisfecho con mi trabajo: me excito al pensar en la cara de agonía de la chica, los ojos perdidos y la dificultad para respirar. Y cómo mi miembro se erguía entre una masa húmeda de semen que me impregnaba los pantalones y la ropa interior.

Espero no haber dejado pistas en el portal.

Pasé de una acera a otra para evitar las miradas de las personas que proliferaban por la ciudad a esa hora de las sombras. En su mayoría borrachos, chicos jóvenes que vienen de fiesta y trabajadoras de la calle, las más peligrosas. Huelen la amenaza de lejos. Están acostumbradas y se quedan con tu cara para siempre si intuyen que vas a hacerles daño.

Un coche patrulla apareció calle arriba. Mi cuerpo se tensionó, mi respiración se entrecortó y perdí la compostura durante unos segundos, aunque llevaba la documentación necesaria. El coche se paró a mi altura y

un agente me echó una mirada asesina. Me levanté las solapas de la chaqueta, esquivé su mirada y seguí caminando. Habría sido un error fatal. Pasaron de largo y me apoyé en la pared de un edificio. El corazón me martilleaba en el pecho y un sudor frío me recorría el cuerpo.

Tras unos segundos de pánico, me recompuse. Seguí con la marcha, pero utilicé calles paralelas sin tráfico. Los limpiadores municipales empezarían con su trabajo pronto y no quería encontrármelos.

Estaba cerca. Recé para que el portero del edificio no estuviera allí. Hombre de pueblo, trabajador como pocos, buena gente, pero acostumbrado al chismorreo como ninguno.

No habían pasado diez minutos y estaba en el portal. Las manos me temblaban. Apenas atinaba a introducir la llave. Tras varios intentos, lo conseguí. Decidí no utilizar el ascensor, subí por la escalera. Abrí la puerta de la casa, entré en mi habitación, me quité la ropa y me metí en la cama. Mi mujer ni se inmutó. Benditos tranquilizantes.

Algunas veces tengo convulsiones, no son peligrosas, pero sí molestas. Los músculos se me contraen y me cuesta controlar el cuerpo; las manos tienen vida propia y las piernas me hormigean. Me escondo en el baño de la oficina o conduzco durante un rato y estoy de vuelta calmado. Algunos compañeros de trabajo han notado mi nerviosismo, pero lo achacan a mis responsabilidades. Alguna vez me han comentado algo de pasada, tomando una cerveza en el bar o haciendo deporte. No se atreven a más. Les digo que tener empleados a mi cargo es un cometido que a nadie deseo, que pienso en sus familias y en sus problemas.

«Mi falsa modestia siempre funciona».

A estas alturas, mis compañeros no pueden competir conmigo. Soy un ser superior y puedo eludir situaciones comprometidas. Lo siento por ellos; son buenos tipos, pero débiles, muy débiles.

Soy su líder.

Ellos me siguen.

Por fortuna, hoy no he tenido convulsiones. El día pasa

plácidamente. Doy un paseo por la calle con mis hijas y mi mujer; comida y tapeo en El Roble: saludo a los camareros y al dueño. Me invitan a unos callos a la madrileña, hablamos de fútbol, de la U. D. Almería y de los nuevos fichajes. No nos ponemos de acuerdo y alzamos la voz, hasta que brindamos por una temporada brillante. Mejor seguir comiendo y bebiendo que pelearnos por asuntos tan triviales. Me rebajo a su nivel. Son simples camareros. Proyecto una imagen de humildad y de accesibilidad, pero la verdad es que me dan asco. Sus simplezas, sus palabras malsonantes. Son seres sin vida, sin intelecto, destinados a no ser nadie.

Mis hijas y mi mujer lucen preciosas. Me complementan de maravilla. La gente que me conoce las alaba.
Formamos una familia maravillosa.
Somos la envidia.

Desde que era niño, he reprimido mi yo. He hecho lo imposible para mantenerlo oculto, pero no puedo más. Cuando eres joven no tienes la seguridad suficiente para acometer ciertos actos. Eres una persona volátil e insegura. Inexperta. No tienes control sobre lo que te rodea.

No es mi caso ahora.

Siempre he sido un chico flacucho y enfermizo. Todo me daba pavor menos matar a esos animales. No lo hacía en público, me daba cuenta de que era raro; si bien había visto a amigos matando insectos, no gozaban de la experiencia. Al menos, no de la manera en que yo lo hacía. En ellos no encontraba maldad; en mí era puro sadismo.

En el instituto, me di cuenta de que no podía seguir con esos comportamientos. Se permite cuando eres un crío, pero, sí te descubren, lo considerarían anormal. Por esa razón, durante años, dejé de realizar lo que para mí era un pasatiempo maravilloso y excitante. Esa represión me causaba una lucha interna. Ahí empecé a desarrollar mi debilidad por las chicas flacas con pelo castaño largo. Como mi madre. Su muerte me sumió en una profundidad, en un abismo de sombras, miedo y rencor, primero contra mi padre, después contra el mundo. No podía habitar en ese submundo tan pequeño. No quería permanecer allí durante más tiempo, incapaz de desarrollar las metas que tenía por delante. La oportunidad me

llegó de manera inesperada: una beca para estudiar en el extranjero. El terror me embargaba, pero no dejaría pasar la oportunidad. Era mi puerta hacia la felicidad. O, al menos, a la felicidad que yo imaginaba; con seguridad, sería opuesta a la de los demás.

Fuera de mi país, me formé, me hice un hombre y conocí a Teo. La vida se me antojó maravillosa, aunque el espectro de mi padre no me dejaba tranquilo. Era la voz en mi conciencia que me maltrataba e insultaba. Pero un día, él también conoció a Teo y todo cambió. Con las dos voces, me sentía mejor.

Volví a España formado. Por suerte, pude cambiar mi nombre y con él mi destino. Me sentía una persona diferente, era un *Übermensch*, invencible. Me casé con una mujer adorable y tuvimos dos hijas. Estaba preparado para matar.

El resto es presente.

Durante años he pensado en el sexo y lo que significa para mí. No es fácil explicarlo. Es posible que ni yo lo sepa. Aunque he tenido relaciones sexuales con hombres y mujeres, me siento confuso. No sé quién soy. No me conozco bien y, a veces, me da miedo preguntármelo. Desde el *encuentro* con la chica en la calle Concepción Arenal, he respondido a algunas de esas preguntas y he contrastado que mis mayores niveles de excitación vienen derivados de la muerte. De la muerte de otros, claro. Y a manos mías. Hasta hora, es lo que más gratificación sexual me ha producido.

Nunca experimenté algo así. No fue el placer físico, sino algo en el plano espiritual que me invadió el cuerpo. Un ángel vino a saludarme. Había entrado por las puertas del cielo. Ahora estaba con Dios, a su diestra. Ya no era humano. Era, como decía Freud, un superyó. Indestructible, una fuerza de la naturaleza que nadie puede parar.

Durante mi estancia en el extranjero, mantuve relaciones afectivas más o menos estables en la manera tradicional. Íbamos al cine a ver la película de turno, comíamos en el Subway o cualquier otro restaurante de franquicia, y nos marchábamos a casa. Me costaba horrores ponerme a punto. Mis

parejas se impacientaban y me preguntaban si todo estaba en orden. Temían por mi salud y mi virilidad.

Apenas me excitaba y, cuando lo hacía, actuaba por inercia y nunca por voluntad propia. No me producía placer. Y, aunque algunas personas lo han llegado a notar, siempre lo he escondido y negado. Nunca fue fácil pasar por estas situaciones. Me abochornaba jugar con la vida de otros y representar una comedia.

En España soy un hombre nuevo. Mi esposa es lo que más quiero en este mundo. Tenemos nuestras relaciones íntimas como todas las parejas. Yo me muestro voluntarioso y acomodaticio. Mi mujer disfruta, o parece disfrutar, y yo le sigo el juego. Aparento lo que haya que aparentar. Mi castillo no puede resquebrajarse por una cosa tan insignificante. Sí, soy un hipócrita y un mentiroso. Y, posiblemente, un mal padre. ¿Acaso tú eres mejor que yo? Tira la primera piedra, Satanás.

Pero no es el sexo lo que motiva: es el poder. El poder a través de la muerte. Lo descubrí hace tiempo, aunque no lo pude confirmar hasta la otra noche.

Creo que no voy a parar. Mi impulso sexual y de poder es grande. Son lo mismo. Me llevan y me traen como el viento a una hoja marchita. Pero yo no vuelo sin dirección, se adónde voy, qué quiero y cómo lo conseguiré. Manejo los hilos. Los demás son marionetas que se mueven a mi antojo. Soy un nuevo dios, un dios terrenal que se mezcla con los hombres por bondad.

Hay voces que me acosan: la de mi padre, la de mi madre, la de Teo, la de todos los muertos de la historia, la de Satanás, la de Dios mismo. No las distingo. Son malvadas. He pasado toda una vida luchando contra ellas. Ahora estoy de su lado. Me quieren bien, se preocupan por mí. Me llevan por la senda de la verdad y el amor. De ahora en adelante, seguiré sus consejos, como la otra noche en el cine.

No me hacen daño. Somos un equipo.

Mi padre me habla a diario. Me insulta y me escupe, pero ya no puede pegarme. El muy cabrón todavía está dispuesto a arruinarme la vida desde

la tumba. Cuando volvía a casa de sus viajes en camión, siempre se emborrachaba y nos daba palizas a mi madre y a mí. Era un hombre abusivo y con un carácter agrio. Se reía de mí cuando me cortaba el pelo.

—Mi niña guapa. ¡Qué bonito te queda!

Las humillaciones eran insoportables. Quería matarlo, pero enfrentarme a él tan joven habría supuesto un suicidio. Pensé en mil maneras de acabar con él: dispararle e cuando dormía, ponerle veneno para las ratas en la comida... La suerte vino a encontrarse con nosotros en medio del camino y, un día, en extrañas circunstancias, murió. No sé si fue la Divina Providencia, su hígado maltrecho o algún ajuste de cuentas. Amigos no tenía, todo lo contrario, se creaba enemigos donde iba. Era un tipo asqueroso y deleznable. Me alegro de que muriera.

Ahora su voz me acompaña y me he acostumbrado. ¿Teo? ¿No he hablado de Teo? Lo conocí en el extranjero. No en persona, pues él estaba muerto y me susurraba al oído con esos ojos azules tan lindos:

—Me perteneces. Seguirás mi obra inacabada. Serás mi discípulo, el discípulo del demonio

Me costó trabajo acostumbrarme a su voz y sus deseos. Es una verdadera divinidad. Me adora. Ahora tenemos una unión fuerte, imposible de destruir. Juntos formaremos una pareja insuperable. Me da buenos consejos, me anima y me invita a actuar en los momentos adecuados.

La voz de mi madre es lejana.

«Maldito cabrón, la llevaste a la tumba. Te quiero, mamá, y perdóname, voy a ser un niño malo».

Aún estoy aprendiendo a entender las otras voces. Llevará tiempo, pero lo conseguiré. Seguro que aportarán algo positivo a mi existencia. Quiero mejorar. La perfección es la meta que persigo.

No sé cómo describir lo que siento al matar. Es algo sublime. Una descarga de adrenalina. Una paz espiritual. Que la posibilidad de quitar la vida de otro ser esté en tus manos es maravilloso. Tienes el control. Es adictivo.

Desde el momento en que empiezas a someter a tu presa, desde que sabes que va a morir y tú eres el único que puede interceder por ella, el cuerpo empieza a sentir las punzadas del gozo. La respiración es honda y prolongada, el miembro empieza a ponerse rígido, no cabe en la ropa interior, esperando la estocada final para subir a los cielos.

Al estrangular a la víctima, puedes ver su cara de angustia. Te mira desconsolada. Tu ego se acrecienta. La vas matando despacio para disfrutar de cada momento, de cada gesto, de cada movimiento, de cada gemido.

Solo tarda unos minutos. Su forcejeo disminuye de manera gradual, su fuerza no la acompaña. Sabe que está cerca de reunirse con su Creador. Los ojos adoptan una mirada perdida; la lengua le sale por la boca.

Y yo sé que mi momento ha llegado: mariposas, un gemido ahogado y un suspiro de alivio.

Tal vez te preguntes si siento remordimiento. Es una pregunta justa. Yo también me la he hecho. Pienso en la chica y en la vida que tenía por delante. Pienso en su familia. Nunca volverán a verla. No podrán asistir a su boda ni ver crecer a sus nietos. Es triste.

Por desgracia, perdí el sentido de la empatía hace tiempo. Solo me quiero a mí mismo. Adoro a mi mujer y a mis hijas porque me ayudan a aparentar normalidad. Somos la familia ideal a ojos de la sociedad. Sin ellas, mi plan y mi existencia serían complicados. No tendría una coartada, todo se desmoronaría.

Son parte trascendental de mi plan.

La falta de amor por los demás no es nueva. He vivido con ella toda mi vida. He visto morir a gente delante de mí en un tiroteo a las afueras de Los Ángeles y no me ha importado nada. He ido a un restaurante después y he engullido una hamburguesa con salsa de tomate como si no hubiera pasado nada.

Me doy miedo algunas veces, pero el monstruo en que me he convertido me gusta. Pocos pueden compararse conmigo. *I am God¹*.

A veces, me acuerdo de mi madre. La pobre. Trabajando día y noche para aquella bruja. La tirana no tenía fin, explotaba a las trabajadoras. «Estilista Maraud», rezaba el letrero fosforescente de la puerta. Iba a visitarla de vez en cuando. Me asomaba por la ventana y veía a las señoras pintándose las uñas o cortándose el pelo. Había una habitación en la parte trasera donde entraban vestidas y salían enrolladas en una toalla. Aquello me excitaba y pensaba en el momento de llegar a mi casa.

Creo que el trabajo ejercía como una válvula de escape para ella. Parecía retrasar la hora de llegada a casa. No la culpo. Allí la esperaba el engendro borracho que buscaba la menor excusa para darle una paliza.

Yo no veía el momento de abandonar esa casa. Lo soñaba en la oscuridad. El día que me dieron la beca fue el más feliz de mi vida. Al fin podría salir de aquella cueva. Luego pensaba en mi madre y la alegría se tornaba en desesperación.

Un día, en los Estados Unidos, recibí un correo electrónico de un pariente lejano donde me explicaba las circunstancias de su muerte. No me llegó por sorpresa. Lo había estado esperando desde hacía tiempo, pero fue un trago amargo.

Me quedé huérfano en el mundo, aunque llevaba toda la vida solo. Mi familia cercana emigró a Alemania, y perdí el

1 Soy Dios.

contacto con mis amigos, bueno, conocidos. No tenía a nadie. Mi personalidad empezó a perfilarse como un halcón vuela en torno a su presa. Tenía que cambiar de identidad. Me fui a la calle Olvera, en el centro de Los Ángeles, y contacté con la gente adecuada. Mil dólares, y tendría una identidad nueva y documentos en una semana.

Fue el principio de todo.

La santa comunión: placer, muerte y resurrección.

Oh...

Sé que soy despreciable, no necesitas mencionarlo. No tengo mucho en mi vida, pero tómala; es tuya.

No tengo mucho en mi vida, pero tómalala; es tuya.
Oh...

Despreciable

Informe

E

El informe de la forense llegó a la comisaria de la Policía Nacional vía correo electrónico. Las llamadas se sucedieron y los nervios entre los investigadores aumentaron. Podía ser vital para la investigación. Se confirmaba en su escrito que la muerte se debía a una constricción en el cuello producida por estrangulamiento con un material similar al de los pantalones, que la policía no halló en la escena del crimen. La hipótesis más considerada era que el perpetrador se los hubiera llevado para evitar los análisis. Además de la ligadura, encontraron una contusión a la altura de la glándula mamaria izquierda, que le produjo a la víctima la rotura de tres costillas; tres uñas rotas sin rastro de ADN; una huella dactilar en la cara de la difunta, y una muestra de semen en el suelo. El cadáver no presentaba rasgos de *rigor mortis*, y la tinción *post mortem* se fijó y estuvo presente en la parte posterior, excepto en áreas de aplanamiento por contacto. La cianosis era evidente en las uñas, labios y lóbulos de las orejas.

Había partes más técnicas, pero las conclusiones eran claras: se trataba de asfixia como resultado de la constricción del cuello, suficiente para causar la muerte. Se enviaron vísceras para un examen químico y descartar cualquier intoxicación previa. El tiempo probable que transcurrió entre las lesiones y

Yo, el asesino
el fallecimiento fue de unos minutos; y entre este y el examen *post mortem*, de treinta y seis horas.

En el número doscientos uno de la avenida del Mediterráneo, en la comisaría de la Policía Nacional, el comisario Salmerón reunió al inspector Lagarde y al perfilador criminal, Javier Mor, en la sala de juntas.

—Acabo de recibir el informe forense.

—¿Y? —preguntó Lagarde.

—Se confirman las predicciones.

Salmerón relató que la víctima fue asesinada con sus propios pantalones. No había evidencia de que hubiera sido con otro artefacto.

—¿Un criminal aventajado?

—dijo el perfilador.

—Javier, empieza a trabajar en su análisis—le pidió Salmerón—. La muestra de semen nos hace pensar en un hombre, a menos que fuera dejada para despistar. La rotura de tres costillas nos dice que es fuerte y, si es la persona que una testigo declaró ver en el portal minutos antes de la tragedia, es alto; pero hay que tener en cuenta que era de noche y la lluvia dificultaba la visión. —Miró al inspector—. Lagarde, ¿alguna otra pista en sus indagaciones?

—Unos vecinos vieron a una persona mirando el escaparate de una oficina del Ayuntamiento.

—¿Qué más?

—Concuerda con la descripción del anterior testigo —res-

pondió—. También hablamos con los camareros del Asador Torreluz. Habían cerrado hacía una hora y estaban barriendo el local. La víctima llamó a la puerta con insistencia, pero no le abrieron por temor a un robo.

»Según descubrí después, estaban viendo los resúmenes de los partidos de fútbol de La Liga y tomándose unas copas.

Informe

Una negligencia que pudo haber salvado la vida de la chica. Hablé con el dueño del local y le conté situación. Espero que esos gañanes se lleven, al menos, una bronca.

—¿De las cámaras de vigilancia?

—Nada. Con la lluvia y la noche cerrada apenas se distinguen las siluetas.

El comisario tenía el semblante serio y la mirada fija. Se había guardado de contar los típicos chistes de mal gusto que hacía como nadie. Y, lo que era peor, no soltó ninguna palabra malsonante.

— Lo trascendental de este informe es el hallazgo de una huella dactilar parcial en la cara de la difunta y una muestra de semen —prosiguió Salmerón—. Si el atacante está en nuestra base de datos, cerraremos pronto el caso. Si no, la cuesta será empinada, pero la escalaremos en equipo. ¡Ahora a trabajar!

Todos se levantaron de la mesa para proseguir con la investigación cuando el comisario gritó:

—Ah, Lagarde, ¡manda un correo urgente a Sevilla para pedir ayuda con los análisis!

7 Infancia

M

aría y su hijo esperaban en una sala a que el médico los recibiera. La joven mujer meneaba los pies de manera rítmica y acelerada. No sabía qué resultaría de la visita. Miraba al niño, lo quería con locura, pero intuía que esa pequeña cabeza escondía algún secreto. No podía precisar lo que era, pero las sensaciones eran negativas.

Cuando la enfermera la llamó, María golpeó la puerta de la consulta dos veces, entró después de que el doctor le diera acceso y se sentó

—¿Cuál es el problema? —preguntó el doctor.

—Verá, don Antonio, he observado comportamientos extraños en mi hijo. Apenas duerme por la noche. Y, si lo hace, es con los ojos abiertos. Dice que le da miedo dormirse, que no despertará jamás. El caso es que no le da miedo la oscuridad, sino todo lo contrario, viviría en penumbra todo el día.

—Indicios de ansiedad.

—Apenas sale a la calle. Le dan miedo la gente y las aglomeraciones. Se pasa el día en casa leyendo cuentos del *Hombre Enmascarado*. Tampoco tiene amigos. Va a la escuela, vuelve a casa y hace sus deberes; así día tras día. Nunca lo vemos sonreír. Nada le hace gracia. La televisión lo aburre. En realidad, se aburre con todo.

—Es posible que sufra un proceso agorafóbico.

—No habla con nadie, y con nosotros menos aún. Siempre tiene la misma mirada fija. Está como ausente. Además, hace tres años que se orina en la cama.

—María —dijo el médico en un tono profesional—, los episodios que describes no son normales en un chico de su edad.

La madre empezó a llorar.

—Lo mejor será referirlo a un especialista.

La clase de Química se me está haciendo interminable. No dejo de mirar un reloj que parece desafiar al tiempo mientras la profesora repasa la lección con la misma cadencia sórdida de siempre. Faltan pocos minutos para Educación Física y no puedo aguantar más. Suena el timbre y salgo corriendo del aula. Bajo las escaleras y me dispongo a ponerme la ropa de deporte para la clase, una de las mejores maneras de luchar contra los miedos que me invaden. Durante esa hora mi mente queda en blanco y solo pienso en destrozar al rival, en mostrarle mi poderío atlético y humillarlo. Me han aceptado en el equipo de tenis de mesa y tenemos que prepararnos para los partidos del fin de semana, cuando viajaremos a la capital para enfrentarnos a los líderes de la competición.

Al entrar en el amplio gimnasio, me encuentro con un grupo de trabajadores de la construcción; están reparando los baños de los chicos y van a instalar un sistema nuevo de aire acondicionado, que lleva años sin funcionar. Una ola de calor azota el pueblo y hacer deporte allí dentro es una tarea casi imposible. No podemos salir al patio porque, aunque el viento es leve, es suficiente para descontrolar la pelota.

Mientras los operarios trabajan en el vestuario de los chicos, los jugadores del equipo movemos la mesa de ping-pong a una esquina donde no molestemos a los demás alumnos con sus sesiones. Abrimos las ventanas y jugamos por turnos. Cuando acabo la primera partida, me dirijo al entrenador y le pido permiso para ir al baño. Utilizo una ducha por la imposibilidad de hacerlo en los servicios, que tienen el agua corriente cortada.

Una vez allí, descubro una abertura metálica para la ventilación. Me acerco un poco, poniéndome de puntillas, y oigo con claridad las voces de las chicas en el vestuario de al lado, riendo y gritando, pero no las puedo ver. Están a apenas dos metros de donde me encuentro. Me quedo paralizado. Cuando me repongo, se me pasan por la mente imágenes obscenas de sexo.

Cuanto más lo pienso, menos negativas me parecen. Al minuto, creo que es una idea maravillosa. Le pondrán al túnel de ventilación un panel para taparlo y tornillos para sujetarlo, pero yo tengo un plan. Es asqueroso, pero mi cuerpo dice que siga. Nadie me atrapará. Lo prepararé a conciencia.

Vuelvo con mis compañeros de partidas, que me miran con extrañeza. Todavía tiemblo un poco y me hacen preguntas, pero yo las esquivo diciendo que tengo problemas intestinales. No es que sean inteligentes. Son un grupo de borregos sin dueño. Continúo con el entrenamiento, pero mi cabeza ya no está allí, sino en las puertas del cielo que se me acababan de abrir.

Las obras del gimnasio se demoran dos semanas, un tiempo que se me hace interminable. Ahora estoy en mi primer entrenamiento en las nuevas instalaciones. Finjo una lesión en el hombro, hago un poco de teatro con unas lágrimas y me retiro a los vestuarios. Cierro la puerta, elijo la ducha más cercana al conducto y me llevo una silla. Me subo en ella y empiezo a manipular los tornillos, pero no lo consigo: necesitaré herramientas.

Dedico una semana al panel de acceso, pues no dispongo de tiempo. El gimnasio es una zona transitada y hay que andar con cuidado. La espera me consume el alma. Paso las noches repasando mi plan y, sobre todo, mi recompensa. El día que llegue a la otra parte del conducto será apoteósico. Mi miembro se pone contento. Solo falta un poco más. Calma. Calma.

Repaso los horarios de los grupos de alumnos que visitan semanalmente el gimnasio y decido que el momento más apropiado para llevar a cabo mi plan es a las diez de la mañana. Será el día de mi bautismo. Dios me echará agua bendita en la cabeza, hará la cruz con los dedos y me dará su aprobación. Todo irá bien.

Una mañana me excuso de la clase de Matemáticas por una fingida indisposición intestinal. Me dirijo hacia los vestuarios y me escondo en una ducha. Hay dos grupos de chicas saltando al potro y uno de chicos haciendo pesas; están vestidos de calle, sin su profesor, posiblemente ausente; si entran será un momento.

En la ducha, cierro la puerta y me subo a una silla que traje de una habitación. Desatornillo la placa, apoyo un pie en el grifo del agua caliente y el otro en una percha de metal, y me encaramo en el conducto. Con cuidado coloco cuatro puntos de masilla adhesiva y cierro el panel. No está perfecto, pero será difícil que alguien se dé cuenta y alerte al director.

Me muevo como un réptil allí adentro, mi cuerpo sisea en contacto con el metal, pero hay suficiente espacio para maniobrar. Las voces de las chicas aumentan a medida que me acerco. La fricción de mi miembro con el suelo hace crecer mi excitación. Empiezo a perder la noción del tiempo y del espacio. Estoy en una nube. El panel suyo es idéntico al nuestro. Tiene unas rendijas que permiten entrar los rayos de luz. Mi excitación crece, estoy cerca.

Un grupo charla dentro del vestuario: unas están desnudas y otras se quitan de la ropa. Saco la cámara, la ajusto al modo silencioso y empiezo a sacar fotos. Conozco a la mayoría, he hablado con ellas a veces. Incluso está mi vecina. No lo soporto más y me agarro el miembro. Casi me desmayo.

Me repongo y sigo tomando fotos. Hay chicas con el pubis afeitado, sin depilar o con diseños estrambóticos. Una de las desnudas se parece a mi madre en el pelo y en el tipo. Gasto la mitad del carrete en echarle fotos. La quiero poseer. La quiero...

Ha pasado más tiempo del que puedo permitirme. Meto la cámara en la parte trasera de los pantalones. Intento darme la vuelta en el conducto, pero la cámara golpea el metal y provoca un ruido fuerte. Alguien grita:

—¿Quién está ahí?

No puedo darme la vuelta, maldita sea.

—¡Avisad a la oficina! —dice una estudiante.

Con esfuerzo giro, me dirijo hacia el vestuario de los chicos y me doy prisa antes de que vengan los trabajadores de mantenimiento o el director. Casi llego a mi destino.

—¿De dónde viene el ruido? —oigo decir al director desde el otro lado.

Quito el panel, me arrojé al vacío y me golpeo. La sangre me brota de la cabeza y deja un reguero por la cara. Apenas puedo ver nada delante de mí.

Oigo cómo desatornillan el otro.

Me subo en la silla de nuevo, sujeto los tornillos como puedo e intento introducirlos en sus agujeros. No acierto. Las manos me tiemblan. Me van a atrapar.

La claridad entra por el lado de las chicas. Terminó de apretarlos como puedo.

—Aquí no hay nadie —dice el director.

—Mentirosa, mentirosa —cantan a coro las estudiantes.

Me siento en el suelo de la ducha, sintiendo náuseas, y pierdo la consciencia. Cuando me recupero y me aseguro de que nadie me oye, me aseo y me pongo la ropa de repuesto que deje escondida. Limpio la sangre y me marcho.

Llego tarde a la siguiente clase. Le digo a la profesora que me caí en el patio y me golpeé con una piedra. Me mira extrañada, pero prosigue con la lección.

Hermanastro

M

mi hermano me ha llamado, necesita dinero de nuevo. Hemos quedado en el bar Sacromonte, en el centro de la ciudad. Es su terreno de acción o, mejor dicho, de inacción. Está desempleado más tiempo que trabajando, y en el bar casi siempre. Maldigo el día en que me acerqué. Podría ser mi peor enemigo.

He pensado en deshacerme de él.

«Sangre de mi sangre. No puedo caer tan bajo».

Repasando unos documentos en el trabajo, un día me en

contré con un apellido inusual para la provincia de Almería, de origen vasco y de difícil pronunciación. Mi apellido real. El que me dio mi padre al nacer. En principio pensé en las consecuencias que podía tener para mí si la relación era cierta, pero la curiosidad pudo más. Investigué, contacté con él y quedamos. Lo llamé por teléfono. Era una tarde de viento, de esas que a veces azotan nuestra costa almeriense y que son horribles. Al verlo casi pierdo el habla. Se parecía mucho a mí, pero tenía la cara de una persona de setenta años.

Lo invité a una cerveza; y o soy siempre el que paga. Él no tiene ni donde caerse muerto. Empezamos a hablar y me explicó que había nacido en el poniente almeriense. No me extrañó, mi padre era camionero. Eso le daba bastante margen de maniobra. Si era malvado en la casa, qué no podía haber hecho por ahí. Mi hermano —me siento incómodo pronunciando esa palabra— nunca conoció a su padre. Su madre tuvo una aventura pasajera, se quedó embarazada y decidió tener el hijo. Lo ansiaba desde hacía tiempo, y no le importó que el camionero nunca volviera. Fueron años felices y eso era lo que importaba. Le dio el apellido del camionero. Ya de

adolescente, se mudó a Almería, como hacen muchos de los pueblos cercanos.

Desde entonces, la sabandija me llama cuando necesita dinero. Hago de padre y lo ayudo, pero a veces me pregunto si merece la pena el esfuerzo.

Es una mala influencia en mi vida.

Sé que se terminó; aún sigo aferrado. No sé a dónde más puedo ir.

Una y otra y otra y otra

y otra y otra, la..

Sé que se terminó

Regreso

Z

Zaida Benatar pasó la noche inquieta. Apenas pudo dormir pensando en su vuelta a la comisaría y en las caras que mostrarían sus compañeros de trabajo. Nunca quiso marcharse, pero la presión de su familia y de su esposo la hicieron ceder. Abdel ya no estaba; las amenazas de Benatar habían surtido efecto y se había marchado de la casa, llevándose consigo sus pertenencias.

La idea de volver al departamento le agradaba; necesitaba contacto humano y gente que la ayudara a salir de su situación actual. De momento, solo Lagarde estaba al tanto de sus problemas matrimoniales y había dado su palabra de que no se lo mencionaría a nadie. Pero Zaida no sabía cuánto tiempo pasaría antes de que los demás se enteraran.

Se levantó temprano, se dio una ducha y se maquilló como si de una cita se tratara. Le vendría bien para tapar moratones que todavía se le intuían en la cara. Salió de casa con paso firme, miró a ambos lados, certificando los miedos todavía presentes en su cuerpo, y se montó en el coche. Cambió el canal de radio norteafricano por el programa de Canal Sur de música pop andaluza que tanto le gustaba. Había vivido la mayor parte de su vida en Almería y era española. No renegaba de su cultura, pero no podía seguir llevando velos ni otras antiguallas que todavía se estilaban en Marruecos.

Los pensamientos le recorrían la cabeza tan rápido que no le daba tiempo a reflexionar. Era una buena persona, trabajadora y con aspiraciones en la vida; inspectora principal a su corta edad y en una ciudad en la que, si bien no hay mucho crimen, la actividad de drogas y blanqueo dan trabajo. Su vida tenía que cambiar y, a lo mejor, ese iba a ser el primer día.

Había cometido un error al casarse con Abdel, todavía arraigado en las tradiciones ancestrales del país vecino y sin una clara visión de España. Y esa fue su perdición. Siguió los consejos de la familia, como siempre hizo, por amor y devoción, pero la empujaron a un callejón sin salida que no se merecía.

Estaba segura de que tendría una segunda oportunidad y que su reingreso a la comisaría local era lo correcto. Disfrutaba de su trabajo y, a pesar de las quejas de sus familiares, iba a seguir entregándose en cuerpo y alma.

Recorría la avenida del Mediterráneo cuando un hormigueo le invadió el estómago, unos temblores le sacudieron las manos y dejó de pensar. Se adentró en el aparcamiento subterráneo y estacionó en la zona de visitantes. Eran las ocho de la mañana cuando accedió a la oficina de atención al ciudadano, e indicó que el comisario Salmerón y su equipo la esperaban.

Estaba contenta.

Abrió la puerta de la sala principal de reuniones y una mini celebración la aguardaba. Allí se hallaban Salmerón, el perfilador, su compañero Lagarde y dos antiguas colaboradoras. Intercambiaron saludos y besos; estaba más delgada que cuando se marchó, y el maquillaje escondía secretos que muchos imaginaban, pero que preferían seguir navegando las aguas de la ignorancia.

El comisario habló primero.

Regreso

—Zaida, es un placer tenerte de nuevo en nuestro equipo —decía con lágrimas en los ojos—. Agradezco al inspector Lagarde su mediación para tu regreso. Bienvenida.

—Gracias a vosotros por este recibimiento.

Los saludos y celebraciones terminaron. Había que tra

bajar y actualizarla con la situación del asesino de la calle Concepción Arenal.

—Benatar, hemos tenido un asesinato hace unos días —dijo

Salmerón.

—Sí, lo vi en la televisión.

El comisario le contó todo lo que sabía del caso. —¡Perfecto! —dijo Benatar.

—Quiero que trabajes en este caso junto al inspector

Lagarde, que te explicará los pormenores. El crimen de la joven es prioritario. Quiero que estéis atentos a todo lo que pase. Contactad con los técnicos de bases de datos de ADN y huellas, y a ver lo que pueden encontrar. Rastread de nuevo la ruta que siguió la chica aquella noche, los vecinos y la madre que los parió.

Un asesinato de esa clase era una publicidad para Almería que a nadie interesaba. Los medios de comunicación estaban encima y los políticos tenían preparada el hacha para cortar algunas cabezas en caso de que la situación se extendiera en el tiempo.

Reunión

L

agarde y Benatar se reunieron después de la celebración de bienvenida en la oficina de ella, que estaba a pocos metros. La secretaria de la inspectora le hizo una indicación con la boca de que tenía una llamada del periodista Rodrigo Balín. A Zaida el corazón le dio tal vuelco que, haciendo gestos, la rechazó e indicó que contactaría más tarde. Su cara estaba encendida como una hoguera de San Juan. Lagarde la miró y preguntó:

—¿Quién era?

—Un periodista de *La Voz*.

—¿Rodrigo?

—Sí.

Si alguien podía leer entre líneas, ese era él; había pasado horas y horas a su lado, y sabía secretos que no debería. Pero nunca mencionó nada. Benatar y el periodista tuvieron un *encuentro amistoso* después de unos premios otorgados por el Ayuntamiento de Almería, con unas copas de más. Desde entonces, habían mantenido una relación de cordialidad sin llegar a nada.

La inspectora necesitaba un momento para reponerse. —Volvamos al caso. ¿Qué tenemos?

—Todo se reduce a una muestra de semen y una huella en la cara de la víctima. Las he enviado a los especialistas de la comisaría. Nuestras bases de datos todavía no están digitalizadas del todo y podría llevar tiempo verificar si existe alguien con esa información dactilar o genética. Me gustaría peinar otra vez el vecindario y comprobar las malditas cámaras de seguridad desde el cine Imperial hasta la escena del suceso.

—Buena idea. ¿Y si el crimen lo ha cometido un turista?

—

En ese caso, nos encontraríamos con una situación complicada.

—¿Se ha cursado orden a la Interpol?

—No.

—Debemos hacerlo.

—Si hay alguien que conoce la colonia británica en esta ciudad, es Marta Shelby, de *La Voz de Almería*, no en vano nació en Bristol, Inglaterra. Aprovecha la llamada a Rodrigo para preguntarle a su compañera por criminales que hayan aterrizado en nuestra tierra en los últimos días.

Benatar lanzó una mirada asesina a Lagarde.

El inspector se marchó con una sonrisa maliciosa, pero no esperó a que su compañera dijera nada más. Quería lo mejor para ella, y no era el momento de enfocar ese tema después de la etapa tan dramática que había vivido con su esposo.

Cumpleaños

A

noche tuve una pesadilla y me desperté con un sobresalto. El corazón me latía enloquecido y un sudor frío me recorría el cuerpo. Grité y desperté a mi esposa, a pesar de su medicación. Ella me abrazó y me preguntó qué me ocurría.

Es angustioso.

Cuando me levanto en mitad de la noche y veo la televisión durante horas, la miro, pero no presto atención. Me recreo en el encuentro con la chica, y en el placer y la tranquilidad que trajo a mi vida durante unos días.

Mi familia me pregunta la razón de mi malestar. Me miran recelosos. La situación las asusta. Han visto antes mi mal humor y mis salidas de tono. Hay un aire de desconfianza y temor en sus caras que me agrada. El miedo a lo desconocido puede ser la peor tortura. No sabes cuánto va a durar ni cuándo va a venir el golpe definitivo.

Lo mismo me pasa en el trabajo. Apenas puedo concentrarme. Unos nervios punzantes me atenazan el estómago y no me dejan razonar. A lo mejor es lo que me pide el cuerpo: locura y desvarío. Oigo las voces luchando entre sí:

«No, hijo, no. No lo hagas».

«Nenaza, siempre serás un perdedor, como tu madre». Pero Teo es la balanza que todo lo equilibra. Es mesura y bondad. Me quiere y me da consejos sabios.

«Ha llegado la hora de tu reinado. No te puedes echar atrás. Vas a ser Dios en la Tierra».

Las voces son las gotas que colman el vaso. La cabeza va a estallar. Tengo que acallarlas.

Dejo la casa con la excusa de encontrarme con unos amigos del trabajo. Mi familia me mira escéptica, pero aprueba, como siempre. No quieren despertar a la bestia que vive en mí, que nunca han experimentado, pero saben que tengo potencial para ello. Siempre me complacen y eso me gusta.

Camino hasta el Paseo de Almería. La gente camina agarrada del brazo, charlando junto a esos árboles tan bonitos o buscando un bar donde tomar unas cervezas. Es una estampa idílica, como de cuento.

Decido tomar un taxi. He tenido una idea.

Espero a unos cien metros de la parada. Quiero elegir uno con quien no tenga problemas. Una presa fácil. El taxi de un señor bajito de unos sesenta años se coloca primero en la línea. Aligero el paso y me adelanto a una pareja de turistas.

—¿Libre?

—Sí, caballero, súbase.

Me acomodo detrás de su asiento para que no pueda verme la cara por el espejo retrovisor.

—¿A dónde?

—Al Auditorio Maestro Padilla, señor.

—Umm, he pasado por allí hace un rato y no he visto movimiento —dice el taxista, desconfiado.

«Por supuesto que no hay actividad. Yo soy el que la lleva. Y tú serás parte importante de la fiesta. Ja, ja, ja».

—Hay una reunión del patronato para rendir cuentas anuales. Soy uno de los miembros. Hemos quedado allí.

Bajamos por el Paseo de Almería y giramos a la izquierda en la avenida del Cabo de Gata. Cierro los ojos y puedo escuchar en mi cabeza a Monserrat Caballé cantando el aria *O Mio Babbino Caro* de Puccini.

*O mio babbino caro
Mi piace, è bello, bello
Vo' andare in Porta Rossa
A comperar l'anello!
Sì, sì, ci voglio andare!*

El taxista mira al espejo, pero no puede verme. No sabe con quién va a bailar esta preciosa danza. Me habla. Lo ignoro. Tengo que concentrarme. Soy un profesional.

*E se l'amassi indarno,
Andrei sul Ponte Vecchio,
Ma per buttarmi in Arno!*

Pasamos por las bellas playas de El Zapillo y llegamos a la rotonda que nos lleva a la plaza de Alfredo Kraus, donde se erige el auditorio, una obra de arquitectura incomparable.

¡Qué marco tan bonito he elegido para mi obra! No hay nadie. El taxista se impacienta. Le indico que estacione en la parte oscura del aparcamiento.

*Mi struggo e mi tormento!
O Dio, vorrei morir!
Babbo, pietà, pietà!
Babbo, pietà, pietà!*

Para el coche y se vuelve hacia mí.
—¿Pero qué broma es esta?

Con un movimiento rápido, le paso un alambre por el cuello. A modo de torniquete, le doy vueltas rápidas. El tipo grita.

—¿Qué haces, hijo de puta?

. Con una mano, aprieto más fuerte y alargo la otra hasta el salpicadero para apagar las luces. Sigo dando vueltas hasta que la lengua le sale de la boca. Sus pupilas vidriosas empiezan a perder el contacto con el mundo. Los

brazos y las piernas dejan de moverse y una saliva grisácea le sale por la boca.

Un temblor casi divino me invade. No, no es como en el primer incidente, pero he disfrutado. Arrastro el cuerpo inerte, lo escondo en una zanja cercana y echo unos matorrales encima para que pase desapercibido el mayor tiempo posible.

Ahora empieza la caza mayor.

Subo al coche, ajusto el asiento, y escondo la foto fea y desagradable del taxista. «Basura». Cambio el cartel a ocupado, con la luz roja, y dejo el aparcamiento. Vuelvo a la avenida Cabo de Gata y me dirijo al centro de la ciudad. Tomo el volante con furia. Los ojos se me salen de las órbitas. Elijo la zona de ambiente nocturno juvenil de las Cuatro Calles. Paso de nuevo por las playas de El Zapillo. La luna se refleja en el mar y se distinguen algunos barcos amarrados a unas millas de la costa. La luna me deja trastocado. Platino y oro. Un olor salado entra por la ventanilla abierta. Empiezo a excitarme de nuevo.

Paso por el parque de las Almadrabillas. Como imaginaba, a estas horas solo borrachos, drogadictos o proxenetas proliferan por los bancos, esperando su dosis o a su prostituta con el dinero. Bajo la ventanilla y escupo. Sigo por la carretera de Almería y conduzco por el parque Nicolás Salmerón. Hay poca gente. Desde el coche observo a tres chicas que parecen regresar a sus casas.

Las sigo a unos cien metros, despacio. Doy vueltas a la manzana para volver al mismo sitio.

Una de ellas se despide del grupo. Me acerco un poco. Es rellenita y con pelo negro. Mejor ir tras las otras dos.

Otra mira para atrás. Apago las luces. Acecho con cuidado. Estamos lejos del centro. Me gusta. Apenas se ve gente.

Aparecen dos chicos en sus ruidosas motos y se paran a hablar con ellas. Parecen que las conocen. Apago el motor. Pasan dos minutos hablando y se van juntos.

Maldigo mi mala suerte.

Decido volver a las Cuatro Calles. Estoy seguro de que hay chicas borrachas que pueden ser presas fáciles. En diez minutos, llego a la zona. Es imposible llevar a cabo mi propósito. Hay mucha gente, es una temeridad.

Sigo con la luz roja de taxi ocupado.
Encuentro un aparcamiento y me tomo unos momentos de descanso para pensar en los siguientes movimientos.

Debo buscar un sitio menos concurrido.
Pienso en la zona de la catedral. Solo está a unos minutos. Me pongo en marcha.

«Cobarde, cobarde, cobarde. No abandones».

El pecho se me encoje, apenas puedo respirar, pero tengo que seguir.

Grupos de personas vienen y van. Tomo calles estrechas de escaso tránsito, adyacentes a la catedral. Vago en la noche. Soy un alma perdida. Debo continuar con mi obra.

Después de varias vueltas a la misma manzana, observo a una chica delgada y de pelo castaño esperando en una parada de taxis. Extranjera. Probablemente inglesa. Me meto por la calle anterior sin que me vea, enciendo la luz verde de libre y, en diez segundos, estoy junto a ella.

— *English?* —me pregunta.

— *Yes.*

— *Can you give me a lift, please?*²

— *Absolutely, jump in*³.

Me bajo y le abro la puerta del copiloto. La rechaza y prefiere sentarse en la parte trasera del coche. Me mira de reojo y se sube. Cierro y me pongo de vuelta al volante y le pregunto:

—¿Hablas español?

—Sí, un poco.

—¿A dónde te llevo?

—Artés de Arcos cincuenta y nueve, por favor.

Me doy la vuelta y le sonrío con amabilidad. Ella no dice nada. Me estudia con la mirada. Le doy conversación en inglés. Me corta y dice:

—*It is the first time I see a taxi driver speaking in perfect English and dressed up like a celebrity*⁴.

Menudo golpe. Me ha llegado hasta el hígado. Debo pensar algo rápido. Ha tomado la iniciativa.

—*I love the night; I get to meet fascinating people*⁵.

No parece contenta con mi respuesta vaga.

Conduzco lento por calles que sé que a estas horas están

vacías. La chica me dice que es de Penzance, en el condado de Cornwall, en Inglaterra, con sus bonitos acantilados y playas pequeñas. Hoy es su cumpleaños y ha celebrado una pequeña

2 ¿Puede llevarme?

3 Por supuesto, sube.

4 Es la primera vez que veo a un taxista hablando un inglés perfecto y vestido como una celebridad.

5 Me encanta la noche; se encuentra gente fascinante

fiesta en un bar cercano a la catedral con un grupo de compatriotas. Se han tomado unas cañas y unas tapas. Después de un rato, se ha sentido mal y ha decidido irse a casa antes. Quería ir a pie, pero cambió de opinión al empeorar su estado. Buscó una parada de taxis y apareció el mío.

Me estaba acercando a mi destino cuando doy un giro brusco y paro en el acceso a un garaje. Me llevo la mano al pecho y empiezo a gemir.

—Ahh, mi corazón. No puedo respirar.

—¿Qué le pasa, señor?

Me recuesto en el asiento. La chica se me acerca en un intento por abrir la ventanilla. Con esfuerzo me quita el cinturón y empieza a desabotonarme la camisa para que pueda respirar. Cierro los ojos. Puedo sentir su aliento en la cara. Me roza con uno de sus pechos. Estoy esperando el momento.

Empiezo a perder el sentido. Los latidos de mi corazón se disparan. Los abro y, al ver su cuerpo tan cerca y su cabeza a la altura de mi hombro, le golpeo en el mentón y cae despedida contra la puerta de su asiento. Está medio inconsciente. Me abalanzo sobre ella, y le asesto un puñetazo entre la nariz y la boca. Sangra, pero no está muerta, solo se ha desmayado. Arranco y sigo. Hay personas afuera del bar Don Pepe, pero parecen borrachas y no se dan cuenta de nuestra presencia. Llegamos al final de la calzada y tuerzo a la derecha en calle Soldado Español. Busco un solar desocupado para llevar a cabo mi plan. El coche no es un lugar seguro. Antes de llegar a la carretera de Ronda, encuentro una pista de deportes múltiples a la izquierda. En una esquina hay árboles y en la verja que la rodea hay un agujero, posiblemente creado por los vecinos para jugar durante las horas de cierre. Aparco a dos metros de la abertura. Bajo y miro a ambos lados de la carretera. Es una zona transitada, debo transportar a la chica con rapidez. Sigue en un estado de semiinconsciencia; delira y suelta palabras inconexas. Mi pasión me pide que la remate allí mismo, pero mi cerebro me dicta que es peligroso: podría dejar huellas.

Abro la puerta izquierda trasera y la tomo en brazos. Miro por el cristal de atrás y no veo a nadie. Por el delantero, tampoco. Cuento hasta tres y, cuando voy a dar el salto fuera del coche, aparece un vehículo de policía calle abajo.

—¡Mierda!

Cierro la de atrás con apuros.

Un nudo en la garganta apenas me deja respirar. Los segundos me parecen días, aunque pasa de largo en su rutinario paseo. Levanto la cabeza y miro en ambas direcciones. No se ve a nadie, puedo maniobrar. Pero la chica tiene los ojos abiertos y me mira con pavor. Suelta una patada y me da en el bajo vientre.

— *Bastard, let me go!*⁶

—¡Cállate, puta!

Se mueve y forcejea como una bestia. Maldita guiri. Te voy a matar aquí mismo.

Le doy un puñetazo en la mandíbula y cae de espaldas. Le doy otro en la nuca y se queda quieta. La tomo en brazos, salgo del vehículo, cierro la puerta y me encamino hacia el agujero en la verja. Al entrar, un alambre suelto me engancha la camisa y me impide avanzar. Tengo las manos ocupadas y no puedo soltarme. Un coche a lo lejos se mueve en mi dirección. Empujo con el hombro y la camisa se desgarrá. Compruebo que no se haya quedado parte de la tela en la verja y sigo adelante. Localizo un rincón apartado detrás de unos árboles y alejado de las casas, y me dirijo hacia allí.

6 Bastardo, ¡déjame marchar!

Llevo conmigo mi herramienta favorita, un alambre fino y flexible con dos asideras de madera en las puntas. Pequeño instrumento, pero mortal. Esta perra tendrá una muerte amarga.

La sujeto de los pies y la arrastro por la arena. Es delgada, pero parece que pesa toneladas. Llego al destino, le doy unas bofetadas y la despierto. Lo bonito de esto es que ella participe. De lo contrario, no tendría sentido.

Teo me reclama su parte.
«The bitch must die tonight»⁷.

Me mira y el pánico se refleja en su cara. Quiere gritar, pero no puede. Tengo el alambre alrededor de su cuello. Los ojos se salen de sus órbitas. Doy otra vuelta. Un esputo blancuzco le sale por la boca y se me queda pegado en la cara.

—Maldita guarra.

Quiere decir algo. Está a punto de ceder. Tiene prisa por reunirse con su Creador.

—No, no te mueras todavía.

Otra más. Un olor fétido le sale por la boca. Espumarajos y sonidos guturales lo acompañan.

Llega el momento. Mi miembro erecto empuja la ropa interior y busca su celebración. Tendrá que esperar, todavía no estoy preparado.

Lleva un minuto con el alambre alrededor del cuello. No puede durar mucho más. Doy otra vuelta y un suspiro se escapa de su boca. Es el último de su vida.

Mi cuerpo reacciona y alcanza el éxtasis.
Me quedo relajado, disfrutando del momento unos segundos.

7 La puta debe morir esta noche.

Una vez he terminado, me levanto y echo tierra con hierba sobre sus restos para confundir a la policía. Es poco probable que encuentren pistas.

Me siento mejor. Me marcho del lugar y pienso en mi movimiento siguiente: el coche. Tengo que deshacerme de él. Contiene toneladas de pruebas. Lo arranco y me dirijo hacia el puerto de Almería. No hay nadie en los alrededores. Apago el motor a unos metros del agua, me bajo y lo empujo. Veo cómo cae al agua y se sumerge con lentitud.

Toda prueba borrada.

Me dirijo a una parada de autobús a unos metros y espero. En tres minutos llega uno y me subo. Almería está vacía a esas horas, pero yo estoy lleno de gozo. De amor. De alegría.

Llego a mi parada, me bajo y me dirijo a casa.

He venido a desearte un infeliz cumpleaños, He venido a desearte un infeliz cumpleaños, Porque eres malvada,
Y mientes,
Y si en algún momento te mueres,
Puede que me sienta ligeramente triste, Pero ¡no voy a llorar!

Infeliz cumpleaños

Más noticias

L

os periódicos se despertaron con la noticia de la aparición de un nuevo cadáver en una pista de deportes en la esquina de la calle Soldado Español con la carretera de Ronda. El encargado alertó a las autoridades del cuerpo sin vida de una mujer dentro del recinto.

Según el periódico local *El Ideal*, eran las nueve de la mañana cuando la persona responsable del mantenimiento de las pistas de deportes, cuya identidad se mantuvo en secreto por la policía, encontró el cadáver de una joven que yacía en el suelo muerta. Todas las mañanas seguía la misma rutina: limpiar la basura del recinto y asegurarse de que todo estaba en orden. Cuando vaciaba los contenedores, advirtió lo que parecía un saco negro. No era la primera vez que alguien pernoctaba en las instalaciones. En el pasado, personas sin techo buscaban cobijo allí. Se acercó y descubrió para su sorpresa el cuerpo de una chica joven de pelo largo y castaño. Intentó reanimarla, pero fue inútil, estaba muerta. Los ojos se salían de las órbitas y en la boca contenía espumarajos secos de color gris. Además, estaba embarrado por tierra y hierba.

Efectivos de la policía se personaron en el lugar de los hechos, acordonaron la zona y trazaron la cuadrícula alrededor de la fallecida. Efectivos del departamento científico examinaron la escena durante horas. El comisario Salmerón, y los inspectores Lagarde y Benatar se personaron en la escena con inmediatez. Se mostraban preocupados: era el segundo asesinato en pocos días.

A nadie se le escapaba.

La presión de los medios de comunicación y las autoridades locales sobre los cuerpos de seguridad era algo sin precedentes en la historia reciente de

la ciudad. Todo estaba en juego: la reputación, la repercusión mediática internacional que afectaba al turismo y, lo más importante, la credibilidad de las autoridades ante los habitantes. Era una situación insostenible desde cualquier punto de vista. Faltaba el Gobierno central cuestionando a los mandos locales.

Todo llegaría si no se solucionaba el problema pronto. David León, el juez instructor del caso, la Guardia Civil, la

Policía Nacional... se personaron en el lugar de los hechos. Se miraban con gesto de preocupación. La policía científica informaba al Salmerón con incredulidad. El cuerpo estaba embadurnado con hierba y arena, lo que complicaría el análisis de las pruebas.

La impotencia era el denominador común de los allí presentes.

—Comisario, ¡he encontrado una gota de sangre en el agujero de la verja! —exclamó un agente—. La sangre parece fresca.

Él se acercó e inspeccionó el hallazgo. Dio órdenes a los miembros de la científica para que recogieran la muestra, la estudiaran y la cotejaran en las bases de datos.

—Necesitamos un análisis urgente.

Lagarde y Benatar se acercaron a hablar con la doctora Arreola.

—¿Inspectores?

—dijo la forense—.

Muerte por constricción de la garganta. El artefacto utilizado difiere del de la primera

Más noticias

víctima. La marca de la ligadura es fina pero acentuada. Puede tratarse de un tipo de alambre que se utiliza en la construcción y se encuentra en las tiendas especializadas. Seguramente, el asesino le ha añadido un mango de madera en los extremos para presionar el cuello con fuerza. La marca que ha dejado y la fuerza con la que ha oprimido el cuello apuntan a un hombre.

—Lagarde , informe al perfilador criminal —dijo el comisario.

—De acuerdo.

—Benatar, i nvestigue las cámaras de las dos calles, hable con los vecinos y con el cuidador del recinto, a ver si encontramos algo.

Perfil

E

l comisario Salmerón y los inspectores Lagarde y Benatar esperaban en la sala de reuniones la llegada del perfilador,

Javier Mor. Tenían caras largas y apenas hablaban. Alguien golpeó dos veces la puerta.

—Adelante —dijo Salmerón.

—Comisario, Víctor, Zaida, buenos días.

—Siéntate.

Javier les contó que había terminado el perfil del asesino. Había examinado los datos de las dos escenas del crimen, cotejado las pistas de los vecinos y visualizado las cintas de vídeo donde aparecía el sospechoso.

Salmerón miró a Benatar, que estaba concentrada en las palabras del experto. Algunas personas en el departamento se habían tomado a broma la contratación de un perfilador criminal, pero, después de haber acertado tantas veces en sus descripciones, nadie lo discutía.

—Se trata de un hombre blanco de nacionalidad española, de entre treinta y cuarenta años.

—¿Descartamos a la colonia británica?

—Totalmente —afirmó el perfilador—. Nuestro hombre conoce la ciudad, mide alrededor de un metro ochenta y cinco de altura, y tiene una constitución delgada pero fuerte. Calculo que pesa unos setenta kilos. El pelo parece ser de color marrón o negro. Del rostro no tenemos ninguna evidencia clara.

—¿Qué tipo de pelo? —preguntó Benatar.

—Lacio y corto, aunque esto puede ser transitorio —dijo Javier—. El asesino es un hombre preparado. Ha cursado estudios en la universidad. Su conocimiento del tema forense apunta en esa dirección.

El perfilador hizo una parada en su discurso.

—Es atractivo, tiene poder de convicción y habla inglés — dijo Benatar.

—Zaida, si sigues por ese camino, me despedirán por falta de trabajo.

—Es sentido común.

El perfilador asintió con la cabeza.

—Sí, las dos chicas eran guapas —continuó Javier—. El asesino parece ser inteligente y persuasivo. La segunda víctima era inglesa.

El comisario hizo un inciso levantando la mano. —Javier, ¿nuestro hombre es soltero o casado?

—Casado y con hijos.

—Perfecto.

— Tiene una estructura familiar fuerte, no sé si por bondad o tiranía. Es difícil que sea lo primero. Creo que impone un férreo marcaje a la familia que, seguramente, lo adora, pero también le teme.

Perfil

»Es un sicópata con desorden de personalidad; un sádico y, con toda probabilidad, cercano a la esquizofrenia. Es metódico y disfruta con el control que ejerce sobre las víctimas. Goza matando. Le excita y llega al orgasmo. La muestra de semen en el cuerpo de la primera víctima parece confirmarlo. Con un poco de suerte, encontraremos su perfil en la base de datos.

Pero la experiencia les dictaba que eso suele ocurrir solo en las películas. En la vida real, era complicado, en especial, en España. Las bases de datos acumulaban poca información porque su implantación a nivel nacional era reciente.

—Javier, háblanos de su infancia —pidió Benatar.

—A eso iba. Es posible que sea nativo de Almería. Nació y creció en una familia disfuncional. Pienso que, de pequeño, era retraído y socializaba con poca gente.

—Asesina chicas atractivas de pelo largo y castaño porque le recuerdan a alguien; una vecina o una novia, ¿verdad? —dijo Benatar.

—Cierto.

Tres golpes impetuosos vinieron de la puerta. La secretaria del comisario abrió con energía y se acercó a él.

—Perdonen la interrupción, pero tengo noticias. —Deben de ser importantes para que abras sin permiso. —Mucho.

—Un residente de la zona del Auditorio Maestro Padilla ha encontrado el cadáver de un taxista desaparecido desde anoche —explicó la secretaria—. Su familia presentó una denuncia en comisaría esta mañana. El coche ha aparecido sumergido en el agua del puerto.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestro caso? —dijo Salmerón. —Tenía marcas de ligaduras alrededor del cuello, ¿verdad?

—preguntó Benatar.

—Sí.

— Esto nos da una idea del *modus operandi* del asesino —dijo el perfilador—. Tomó un taxi, lo llevó a un extremo de la ciudad y lo ejecutó. Volvió a las zonas donde hay movida por las noches y estuvo buscando hasta que encontró su presa: la chica inglesa que regresaba a casa después de una noche de fiesta.

—La sedujo con facilidad —siguió Benatar—. El taxi le daba la coartada perfecta. ¿Quién iba a desconfiar de un taxista que escuchaba *El Languero* por la noche?

Salmerón estaba abatido por la noticia. Se echó las manos en la cara y se la cubrió durante unos segundos. Dio un resoplido y bramó:

—Lo que nos faltaba. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Por las caras de los presentes, parecía que se hallaban en el funeral de un familiar cercano. Se quedaron en silencio hasta que la inspectora los animó:

—Esto se resuelve con trabajo, no con llantinas.
Los tres se levantaron de los asientos y abandonaron la sala.

Sorpresa

E

ran las diez de la noche cuando Zaida Benatar abandonó las dependencias de la policía y se dirigió a su vehículo. Con el rostro cansado, dejó el bolso y algunos documentos en el asiento de al lado y arrancó.

Había sido un día horroroso.

Tres cadáveres se acumulaban en las dependencias de la morgue, y todavía no tenían pistas concluyentes sobre el asesino. Todo lo basaban en la huella dactilar y en la muestra de semen que encontraron en la escena del primer crimen. La cabeza no paraba de darle vueltas en torno a las tres víctimas.

El tráfico era ligero a esas horas. Todo lo que ansiaba era una ducha, algo de comer y unas horas de descanso para empezar a la mañana siguiente con fuerzas renovadas. Los últimos días fueron agotadores. Necesitaba un golpe de suerte para encauzar la investigación. Tenía que seguir creyendo que resolvería el caso. Si perdían la fe, todo se pondría en su contra.

Enfiló la calle donde residía y buscó un sitio donde aparcar cerca de la casa. Estacionó a unos cincuenta metros, sacó los documentos que se había llevado de comisaría para revisarlos por la noche, y se aseguró de cerrar las puertas y llevarse cualquier objeto de valor.

La luz de la vecina seguía encendida y por una ventana abierta salía el olor a cena recién preparada.

«Ojalá tuviera tiempo de cocinar y sentarme un rato junto a la televisión», pensó. «Cosas del oficio... La próxima vez elegiré un trabajo que me dé tiempo para cocinar las recetas de mamá. Cuscús estaría de maravilla. Hace años que no lo pruebo».

La inspectora entró en la casa, dejó el bolso y los documentos encima de la mesa de la sala de estar, y empezó a quitarse ropa: la ducha no podía esperar; habían sido muchas horas de campo y el olor a sudor agrio le impregnaba el cuerpo. Abrió el agua caliente antes de meterse en la ducha y se miró al espejo. Parecía una persona de cincuenta años. Una chica atractiva convertida en una momia.

Oyó el teléfono y, cuando se iba a meter en el agua, cambió de opinión y fue a ver quién la llamaba. Esperaba que no fuera de la comisaría, pero, al mirar, se dio cuenta de que era peor. Se trataba de Rodrigo Balín, el periodista de *La Voz de Almería*.

El corazón le dio un vuelco y decidió no cogerlo. Ya tenía bastantes problemas como para añadir otro. Lo que pasó quedó atrás. Solo fue un instante de debilidad. Pasaba por una mala racha y necesitaba compañía.

Prefirió escuchar la grabación:

—Hola, Zaida, soy Rodrigo. Me gustaría charlar contigo sobre los asesinatos que se han producido en la ciudad. Cuando tengas tiempo, llámame.

Respiró hondo y, después de unos segundos, se repuso. Se dirigió de nuevo al baño para ducharse. Tarareó una canción en árabe que aprendió de niña en su Marruecos natal. El agua estaba caliente y parecía volver a la vida. Mientras cantaba, oyó un golpe seco en la parte trasera de la casa.

Sorpresa

El pecho se le congeló.
Los miedos volvieron.

Asomó la cabeza por la puerta para ver el salón y todo parecía estar en su sitio. Volvió al baño y continuó duchándose. Un rato después, cerró el agua y cogió una toalla. Se miró al espejo de nuevo y su aspecto había mejorado. Se enrolló la toalla sobre el cuerpo desnudo, se colocó las zapatillas y, cuando abrió, oyó el sonido de un vaso de cristal que se rompía en el suelo.

Ahora no dudaba, alguien había entrado.

Salió despacio del baño y miró hacia ambos lados del salón. Se oyó un clic. Las luces se apagaron.

Ahora su única meta era conseguir el móvil y llamar a Lagarde o a la comisaría. Se acercó a la mesa y buscó a tientas. Las llaves estaban allí, el teléfono lo había dejado cerca. Buscó en la mesa, pero no estaba.

Dio un suspiro hondo. Se hallaba sola con su asaltante.

Necesitaba encender la luz. Se encontraba a unos metros de la llave más cercana. Se dirigió despacio y le dio al interruptor. Clic. La luz la cegó. No había nadie. Dio un suspiro y se marchó a su habitación. Abrió la puerta e intentó utilizar el teléfono fijo. Fue a cogerlo cuando una mano fuerte la agarró por el cuello. Un grito salió de su garganta.

—¡Maldita puta! —dijo una voz con marcado acento árabe.

Benatar sabía de quién se trataba y no le gustaba nada. Se dio la vuelta hacia Abdel, su exesposo, y lo vio con los ojos llenos de sangre y odio.

—Juro que te mataré. He oído el mensaje de ese perro cristiano que te persigue.

—Es solo un amigo.

—Sabes las reglas del juego. Me perteneces. Si tu familia no para esto, yo lo haré, y te aseguro que no voy a reparar en medios.

La agarró por el cuello con una mano y, con la otra, le propinó dos bofetadas. Benatar se llevó la mano a la mejilla mientras un hilo de sangre emanaba por la comisura del labio inferior. Un sabor metálico le invadió la boca.

—¡Suéltame, por favor!

Se oyó a lo lejos la sirena de un coche de la policía. Abdel le escupió en la cara, la empujó contra el suelo y se marchó.

Denuncia

C

uando la policía llegó a casa de la inspectora, Abdel había desaparecido. La vecina alertó a las fuerzas del orden al oír los gritos, lo que le salvó la vida. Mientras Benatar conversaba con dos agentes, la llamada de Lagarde los interrumpió.

—Zaida, ¿cómo estás?

—Bien.

—Por favor, tramita la denuncia con los agentes. Nosotros nos encargaremos de la situación.

La inspectora dejó de hablar durante unos segundos y sopesó su situación. Daría un paso enorme, pero no había alternativa. Era eso o más amenazas, odio y una vida abocada al desastre. Debía cortar ataduras y era el momento propicio. Confiaba en la justicia y en la valía de sus compañeros. Con su ayuda, podría rehacer su maltrecha vida y, quizás, encontrar a alguien con quien comenzar de nuevo.

—Así lo haré.

Una alegría inmensa embargó a Lagarde. Llevaba tiempo intentando convencerla.

—Agente, me gustaría cursar una denuncia contra el asaltante de mi casa — dijo Zaida.

—¿Lo conoce?

—Sí, es mi expareja.

—Aquí tiene el formulario.

Pensó en Abdel y en lo mal que se lo tomaría. Un sudor frío le recorrió el cuerpo, pero no había marcha atrás. El paso hacia adelante era irrenunciable

y afrontaría los problemas derivados de él.

Una vez realizado el trámite, se acordó de Rodrigo Balín y decidió llamarlo.

—¡Zaida! Te dejé un mensaje en el móvil.

Benatar respiró hondo y sacó fuerzas de donde no las había.

—Abdel me ha agredido. Creo que entró en la casa antes de que yo llegara, se escondió en una habitación, y esperó. Me dirigía al baño a darme una ducha cuando sonó tu llamada. No pude cogerla a tiempo. Escuché la grabación sin saber que él estaba oyéndola. Se abalanzó hacia mi preguntando si estaba saliendo contigo, me insultó y me agredió. Fue horroroso. Gritaba y maldecía como un monstruo encolerizado.

»Me gustaría que dejaras de llamarme y que contactaras con Lagarde o Salmerón si quieres averiguar algo sobre el caso. Mi vida es una espiral sin control, y quiero centrarme en lo que tenemos en las manos.

—Lo siento, Zaida. Lo último que desearía es hacerte daño. —Contacta con ellos, por favor.

La inspectora Benatar terminó la conversación y una lágrima furtiva le recorrió la mejilla.

Después, llamó al comisario.

—¿Sergio?

Denuncia

Pocas veces había llamado al comisario por su nombre. Le explicó lo sucedido y sus planes para el futuro. El laboral estaba encarrilado; el personal, no. Necesitaba ayuda.

Terminaron de hablar.

Lloraba con amargura.

Enfurecida, se limpió las lágrimas de la mejilla, se dirigió al

ordenador y empezó a buscar una nueva vivienda.

Evidencia

E

El comisario Salmerón recibió una llamada de la policía científica a primera hora de la mañana. Los análisis preliminares de la muestra de semen no encontraron a ninguna persona en la base de datos con el mismo perfil genético. Seguirían comparándola en otras más actualizadas que la local, pero todo apuntaba a que no tendrían la suerte que necesitaban para resolver los asesinatos.

Informó a los dos investigadores y al perfilador criminal en una reunión que tuvieron después de conocer este dato. —Bien, nada que no esperásemos —dijo Benatar.

La experiencia les dictaba tener pocas ilusiones en los hallazgos forenses. Había que ser positivos, pero de momento estaban huérfanos de pistas.

—

Hay que seguir unidos, revisar todas las pruebas a nuestra disposición y evaluar las acciones siguientes

—dijo Lagarde. —Estoy de acuerdo —añadió Salmerón.

Cuando se levantaba de la mesa, el comisario recibió una llamada de la policía científica:

—Tengo buenas noticias —dijo el especialista en huellas dactilares—.

Acabamos de encontrar una persona con el mismo perfil dactilar. Se trata de un peligroso delincuente con un historial más grande que el Real Madrid, pero no en copas, sino en actividad criminal, aunque nada de asesinatos. Hemos localizado su vivienda en la plaza de Pavía.

El comisario se mostró eufórico y se dirigió a Javier Mor: —¿Crees que es nuestro hombre?

—Es improbable, pero nunca se sabe. Su perfil es diferente al que yo tracé.

—Estoy de acuerdo —apuntó Benatar.

—De todas maneras, debemos ir a por él cuanto antes. Los análisis científicos no mienten

—dijo Salmerón.

Se fue a su oficina a poner en marcha el dispositivo policial para atrapar al presunto asesino, cuyas iniciales correspondían a D. C.; residía en el número quinientos siete de la calle Ancla, al lado del famoso bar de tapas El Tantero y a unos minutos de la icónica plaza de Pavía. Compartió el plan con sus superiores, que se mostraron de acuerdo después de jornadas aciagas.

El esclarecimiento de los asesinatos podía estar cerca. Confiaba en su equipo y no tenía dudas de que la operación sería un éxito. Comprobó las armas, se colocó el chaleco antibalas, besó el indalo y dio órdenes a los integrantes de la operación de presentarse en el sótano en cinco minutos. Partirían en tres coches diferentes.

Operación

L

os efectivos de la operación se reunieron en el sótano de la comisaría: Salmerón, Lagarde, Benatar y un equipo táctico de cinco policías. Salmerón desplegó el mapa de la zona en el capó de uno de los coches.

—Benatar, Lagarde y yo cerraremos las calles Ancla y Arquímedes. Los demás aguardaréis en los árboles de la plaza Pavía. Cuando os dé la orden, llamáis a la puerta con el mandato judicial.

—¡De acuerdo!

Las caras de los presentes mostraban incertidumbre.

—Hay muchas posibilidades de que el sospechoso tenga armas —dijo Salmerón—. Debemos asumir que es peligroso y que podría estar acompañado de criminales como él. No tenemos información del interior de la casa. Su ficha no indica si hay niños o ancianos a su cargo o cámaras de seguridad.

»Esta persona está acostumbrada a la policía, vive en la calle y conoce todos los trucos. Si salen los vecinos alarmados, intenten serenarlos y explicarles el objetivo de las operaciones sin descubrir nada que pueda alertar a los que estén adentro. Benatar y yo cubriremos también la parte de atrás, por si hay alguna puerta trasera. Por favor, tomen las máximas precauciones.

Todos los presentes juntaron las manos en el centro tras formar un círculo. Se pusieron los cascos, se abrocharon los cinturones y se subieron a los tres coches preparados para el asalto. Uno tras otro. Paso lento. Rictus de guerra. Condujeron por las calles de Almería con determinación. La gente

los observaba al pasar. Algo pasaba en algún sitio de la ciudad y alguien pagaría por ello.

—A tres kilómetros del objetivo —dijo Salmerón por radio. Caras tensas. El grupo de asalto era profesional, pero todo estaba en el aire.

—Un kilómetro.

Los policías comprobaron que las armas no tuvieran el seguro echado.

—Cien metros.

Los tres coches se detuvieron en la parte trasera del objetivo, en un aparcamiento amplio. Se bajaron con sigilo y uno de ellos indicó a los demás con un gesto de la mano que era la hora

Los inspectores se dirigieron a cerrar las calles mientras los de operaciones especiales se resguardaba detrás de los espesos árboles en la plaza. El equipo de asalto dejó los arbustos y avanzó. Tres policías por la calle Ancla y dos por la calle Hernández hasta la calle Socorro. El bar El Tantero estaba a reborar. Uno entró y amenazó al dueño con una señal; sabían cómo se las gastaban en barrios como ese, la información corría como la pólvora.

—¿Todos en posición? — preguntó el jefe de operaciones. —Afirmativo — dijeron los del operativo de asalto. Los curiosos empezaron a amontonarse en las esquinas, fuera del radio de los agentes.

—¡Adelante, adelante! —gritó el comisario.

Los policías se encaminaron hacia la puerta, uno de ellos llevaba el mandato judicial en la mano. El que portaba el abrelatas, un artefacto pesado de metal que abría hasta las puertas del cielo, iba por delante.

La tensión en el aire se podía cortar con un cuchillo. Dos golpes fuertes en la madera siguieron.

—¡Policía, policía! ¡Abran enseguida!

Los segundos pasaban y nadie apareció. Acercaron el oído. —¿Qué pasa? —preguntó Salmerón.

—No se oye a nadie, mi comisario. Parece que la casa está vacía. Otros dos golpes fuertes.

—Policía, policía, salgan con las manos en alto. Orden judicial. Si no lo hacen, tendremos que entrar por la fuerza. —Plan B —ordenó el comisario por la radio.

El agente que portaba el abrelatas arremetió de manera violenta contra la puerta, que cedió de inmediato. El equipo entró en la vivienda, fusil de asalto y linterna en mano. Dispararon dos veces al suelo para aprovechar el efecto sorpresa, recorrieron la entrada, examinaron la cocina y pasaron a la sala de estar. Una figura los esperaba sentado en un sofá y viendo la televisión.

—¡Manos arriba! ¿Dónde está el dueño de la casa?

Encendieron las luces y se encontraron con un anciano, que, asustado, les indicó con la mano en dirección a un dormitorio.

—Papá, ¿qué pasa? He oído ruidos —dijo una voz proveniente de la habitación contigua.

El jefe gritó:

—¡Ríndase, ríndase inmediatamente!

Un joven de mediana edad salió de la habitación en una silla de ruedas y con cara de susto.

—¿Es usted Gonzalo Marín? —preguntó uno de los policías. —Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en silla de ruedas?

—Diez años.

El mundo se le cayó encima al grupo de agentes. No daban crédito a lo que veían. Comprobaron que no les estaba tendiendo una trampa: le faltaba una pierna.

La habían pifiado a lo grande.

Se les venía encima la del pulpo.

Salieron a la calle ante las miradas de disgusto de los veci

nos, que conocían la situación personal de los inquilinos de la casa. Pasaron entre ellos con vergüenza y se encaminaron al aparcamiento donde se

encontraban los coches.

Las televisiones locales abrieron al día siguiente con la noticia del fracaso de la policía en su intento por detener al sospechoso de las muertes de las dos chicas y el taxista. Todos se hacían preguntas en torno a la investigación y a la manera en que se estaba enfocando el caso. Y no había motivo de alegría, solo tenían preguntas sin contestación, miedo por lo que pudiera acontecer en el futuro y dudas, muchas dudas.

El ajetreo en las dependencias de la Delegación del Gobierno en Almería empezó a ser insoportable. El delegado reunió de urgencia a su equipo. Las llamadas se sucedían y todos querían respuestas. Se habló de destitución de los agentes y de colocar a cargo de la investigación a otro comisario. Después de tensas negociaciones, se decidió que lo mejor era no hacer cambios. Confiaban en Salmerón que, si bien tenía una personalidad campechana, siempre había resuelto los casos con diligencia.

—Creo que es lo mejor para todos —dijo un alto cargo de Madrid al otro lado del teléfono—. Cuando quitas la barrera, el próximo al que el toro se lleva por delante eres tú. Llamad a la alcaldesa y explicadle la situación. De momento, no haremos cambios. Esperaremos unos días a ver si encauzan la situación. Si esto no ocurre, tendremos que actuar o nuestras cabezas estarán en peligro.

Como buen político, leía la situación de maravilla. La experiencia era un grado, y sabía cómo funcionaban las cosas al más alto nivel. Por si fuera poco, los medios de comunicación nacionales también habían informado del fracaso de la operación.

El morbo y la presión estaban servidos.

Durante los días siguientes, colaboradores de cadenas de televisión, radio y medios digitales de programas de noticias y de ocio se dejaron caer por la ciudad como la peste bíblica. Era lo único que les faltaba a Salmerón y su grupo: el circo mediático.

Las caras en la comisaría eran largas. A nadie se le escapaba el bochorno que supuso la operación y la frustración que trajo consigo. Las exigencias

serían máximas a partir de entonces; todo lo que se hicieran sería examinado. No podían repetir otra actuación como esta.

Lazos de sangre

D

Desde los dos incidentes, mi cuerpo es otro. Los nervios han desaparecido. Me siento seguro para seguir con mi plan. Nadie puede pararme, ni siquiera la babosa de mi hermano, que no merece vivir.

No sé hasta cuándo voy a soportar sus miserias. Estaba teniendo una mañana plácida en el trabajo cuando sonó el teléfono y vi en la pantalla «el reptil», el nombre que le tengo asignado. Mi hermano no anda, reptar, se mueve de forma sinuosa, da asco. Y si alguna vez dejo el móvil al alcance de mi familia o amigos, nadie podrá adivinar de quién se trata. Todas las precauciones son pocas para un profesional de mi categoría.

He tenido que pedir permiso a mi superior para salir temprano de la oficina. Se han extrañado por la repentina salida. No acostumbran a que me marche tan temprano.

Parecía ebrio cuando cogí el teléfono. Apenas lo entendí. Tartamudeaba. Entre balbuceos, me ha pedido dinero otra vez. Se ha quedado sin empleo y están a punto de echarlo de la casa. Se ha puesto tenso y me ha amenazado. Es la primera vez, y no me gusta, pero no quiero complicaciones. No debo entretenerme con estas pequeñeces, me distraen de mis objetivos. Bajo al aparcamiento, arranco el coche y me dirijo a su guarida favorita, el bar Sacromonte. No está lejos, pero el tráfico a estas horas es denso. Tardo veinte minutos en llegar. Aparco en la calle Rostrico, que es perpendicular al bar y paralela a la famosa calle de las Tiendas, donde locales y turistas realizan sus compras, y camino durante unos minutos. Una joven delgada de pelo castaño entra en el portal número treinta y cinco. El corazón me da un vuelco.

«Adelante, no tengas miedo. Adelante, es tuya».

Me quedo aturdido durante unos segundos, me recompongo y sigo mi camino. Esto no estaba preparado. Puedo cometer un error y eso sería fatal para mis propósitos. Debo mantenerme firme. Mi hermano aguarda. Sigo caminando y tuerzo a la derecha en la plaza Vivas Pérez. Huelo el aroma inconfundible de pescado frito que emana del bar. Llevo mi traje italiano importado.

Entro y me lo encuentro en una mesa solitaria de la esquina. Tiene una pinta lamentable. Puede que no haya dormido en días. Me acerco despacio y me siento junto a él.

—Bueno, bueno —dice sonriendo.

—¿Y esta llamada?

—E

El hombre rico se ha dignado a reunirse con el hombre pobre.

—¿A qué viene esa ironía?

—La vida no es justa: una rata peligrosa como tú nadando en la abundancia. No te privas de nada. Lo tienes todo, familia refinada, dinero, lujo, fama... Y yo no vivo, vegeto.

—Desde mi nacimiento, todo han sido desgracias —continúa—. Nunca conocí a mi padre; mi madre era lo único que tenía y la perdí. No conozco casa propia, siempre viví en cloacas, como la de ahora, y me quieren echar de ella. No

Lazos de sangre

pude terminar la escuela primaria. Apenas sé leer o escribir, mientras tú lo tienes todo.

—¿Y qué culpa tengo yo?

—Toda. Gentuza como tú hace del mundo una miseria con vuestras avaricias. Tenéis derecho a todo, los demás somos peones en una partida donde el ganador se conoce de antemano.

—¿Qué es lo que quieres?

Silencio absoluto.

—Me estoy hundiendo y, si no me ayudas, lo harás conmigo. Expondré tu pasado, revelaré tu nombre real. ¿Qué te crees? Te destruiré.

El reptil está yendo muy lejos.

—Estoy sin trabajo. Necesito cincuenta mil euros. Ni uno más ni uno menos.

—Eso es mucho dinero.

—Dame lo que lleves encima y tienes dos semanas para reunir el resto. Le paso por debajo de la mesa tres mil euros. Necesito ganar tiempo y pensar en una estrategia.

—Está bien —me despido.

—No lo olvides, hombre rico, en ello va tu futuro.

Encolerizado, vuelvo al coche. Durante el corto recorrido, tengo miles de pensamientos a la vez. La cabeza me da vueltas. Tengo que serenarme, no puedo volver a la oficina en este estado. Decido ir a casa. Tomo una ruta por calles sin tráfico. En mi camino se cruza un perro. Acelero y paso por encima de él. Miro por el espejo retrovisor. Está tendido en el suelo, dando los últimos coletazos de vida. Mi ira está desatada.

Será mejor que me calme.

Llego a casa en unos minutos. Mi familia está almorzando.

Nada más entrar, notan la cara de disgusto que traigo. —¿Todo bien, cariño? —me pregunta mi esposa.

—Sí.

—

Te llamé al trabajo y me dijeron que saliste con prisas. Espero que no te haya pasado nada.

—Cosas de política local. Intentamos perfilar un equipo para presentarlo a las elecciones. Han tenido problemas que requerían mi presencia. Bien sabes lo importante que son estas cosas para nuestro futuro. Un equipo de gobierno amigo nos puede abrir muchas puertas.

Una de mis hijas se acerca y me da un beso.
—Te quiero, papá.

Pongo cara de bueno, pero no tengo ganas ni de mirarla. Hago un esfuerzo e intento aparentar que todo va bien.

Boda

U

n coche con matrícula francesa avanzaba con lentitud por la calle Liceo. No había peatones, y las paredes de las casas embadurnadas con grafitis denotaban abandono. La calle se hallaba decorada con restos de comida que devoraban unos perros hambrientos y con dos maceteros con flores marchitas. El alquitrán del suelo cedía ante el paso de los vehículos. Había un intenso aroma a especias del norte de África, entre dulce y picante, y al hedor de las chaquetas de cuero recién estrenadas. El coche giró en la calle Hospital y se paró ante una puerta blindada de hierro, en una pared decorada con azulejos a media altura y con cal resquebrajada en la superior. Encima de la puerta, un letrero decía «Centro Islámico Almanzor», también conocido como la Mezquita de Almería. La vivienda era pequeña, con solo cuatro habitaciones: la entrada, una estancia donde se despachaban los servicios oficiales, un dormitorio diminuto para el *mutawallí*, que se encargaba de su mantenimiento, y una sala de rezo. Destacaba un olor intenso a casa cerrada durante largo tiempo.

Cuatro personas —un matrimonio, un imán y una niña de doce años— se bajaron del coche, se despidieron del conductor y entraron. Iban vestidos para una celebración. El padre llevaba un traje beis pasado de moda, arrugado y desgastado, una corbata negra y zapatos marrones. La madre lucía un pañuelo rojo alrededor de la cabeza con decoraciones en bronce, una túnica roja de manga larga que le llegaba hasta el cuello y un cinturón con círculos de plata. El imán portaba una chilaba marroquí con capucha, a rayas marrones oscuras y blancas. La niña parecía una princesa, de tez morena y con una cara preciosa. Iba vestida de blanco, con una diadema de plata y un velo en la parte posterior de la cabeza. Las caras de los adultos no daban muestras de alegría y expresaban sufrimiento, seguramente por la vida que habían padecido.

Se internaron en la mezquita, donde el responsable les dio la bienvenida, y se dirigieron a la sala de oficios, decorada con austeridad: una mesa, sillas para los invitados y detalles orientales en las paredes. Otras cuatro personas los estaban esperando: un matrimonio, un imán, que iba a officiar la *nikah*, y un chico menudo vestido con una chilaba lujosa de oro y grana.

La familia del novio solicitó que la novia no estuviera presente en la boda, como acostumbran en Marruecos, pero la petición fue denegada por la madre de la chica. El imam leyó unos párrafos del Corán a modo de introducción e invitó a los novios a intercambiar votos y regalos bajo la atenta mirada de los presentes. Se sentaron y el sermón comenzó alabando a Alá, su misericordia y grandeza con las personas. Desalentó a los jóvenes a perseguir el *khul* que se había instalado en la sociedad moderna y que había roto tantas familias, y animó a la consumación del matrimonio como un símbolo de la unión.

El imam reflexionó unos segundos, miró a los presentes y les preguntó si habían certificado que ambos llegaban puros al matrimonio. Las dos madres asintieron con un gesto, mirándolo con respecto y devoción. El hombre continuó aleccionando de los peligros de las relaciones fuera del matrimonio y recordó a los presentes los derechos que el novio tenía sobre su mujer en cuestión de número de esposas y de disciplina. Bendijo a la pareja y les deseó suerte.

Boda

Una vez terminada la boda, las familias firmaron los correspondientes documentos oficiales que previamente habían acordado a través de los imanes, y que recogían el deber del esposo a sustentar a la esposa y a una dote digna.

El cuidador de la mezquita trajo una cesta humilde llena de comida, dulces y bebidas sin alcohol. Puso música tradicional marroquí y animó a los novios a bailar. La niña no se movió del lado de su madre. El imán miró a su padre, que reaccionó y la empujó hacia el chico, que miraba desafiante. Le agarró las manos con fuerza y danzaron al son de la música. A pesar de la celebración, no se veían caras alegres, en especial en la novia y su madre, que durante el sermón habían soltado unas lágrimas.

Las familias intercambiaron regalos y el novio ofreció la *mahr* a la novia: un poco de dinero y unas ropas heredadas de su familia durante generaciones. La niña las tomó educada y las trasladó a su madre. La boda terminó y las familias se despidieron.

Según el contrato firmado, la novia debía vivir en la casa de los padres de él, pero no lo sabía y empezó a llorar. Los dos imanes intercedieron con maneras bruscas y empujaron a la niña hacia el lado de la familia del novio. Sus sollozos se oían incluso después de salir de la habitación, ya en la calle. La progenitora lloraba desconsolada mientras el padre mantenía un rictus como el que no tiene nada que decir cuando la situación y la tradición te rebosa.

La familia del chico y la niña se montaron en una furgoneta blanca que los esperaba en el exterior de la mezquita. La pequeña se quiso despedir de su madre.

—¡Mamá!

El imán la empujó hacia adentro y cerró la puerta de la furgoneta. El novio la agarró por el cuello y le dio una bofetada. Le recriminó que hablara en español ante ellos. Iba a vivir con una familia musulmana de verdad, no en una contaminada por los infieles.

Llegaron a la casa familiar del novio, entre llantos y sangre que manaba de la mejilla de la chica. Él la agarró del brazo y la llevó a su habitación. Miró a sus padres, que le dieron la bendición. Cerró con un golpe seco y puso música religiosa marroquí. Se desvistió y empujó a la niña hacia la cama y, con la rabia y el rencor de un adulto, le quitó la ropa y se abalanzó sobre ella como un animal.

En la cárcel

E

l juez de instrucción había dictado una orden de búsqueda y captura contra Abdel Benatar. Parecía que se lo había tragado la tierra, pero la persistencia de la policía suele ser mayor que la de los criminales. Lo habían localizado en una casa que servía de tapadera para la venta de drogas. La policía tenía dos cámaras grabando la puerta principal veinticuatro horas al día desde un piso de enfrente. La actividad era frenética y la pasmosa normalidad con la que llevaban a cabo el negocio. Dos personas controlaban la calle y, cuando la policía aparecía, se comunicaban con los del interior por un transmisor electrónico. Lo hacían con una profesionalidad que llamaba la atención.

Víctor Lagarde se había unido al equipo de seguimiento que esperaba las indicaciones de los superiores para el asalto final. Le tenía ganas al marroquí. Sabía lo que Zaida había sufrido en sus carnes, y su pensamiento se centraba en atraparle y darle su merecido. El canalla se había salido con la suya demasiadas veces, pero siempre hay una primera vez para todo. La justicia llega, algunas veces tarde, pero llega. Y le había tocado el turno al maltratador profesional. Aunque, por lo visto, no era la única faceta deshonestista de su vida. Seguía sumando actividades al margen de la justicia y era el momento de pararlo. El comisario tenía acceso a las imágenes de la cámara de seguimiento en tiempo real, y veía la actividad fuera de la casa y al sabueso entrar o salir. Estaba en contacto con la inspectora Benatar para mantenerla informada de la operación. Los policías se habían tomado en serio las amenazas de Abdel y había arrojado a la inspectora para que nada pudiera pasarle. Había pruebas más allá de las circunstancias que clamaban por su encarcelación. El juez de instrucción, David León, estaba de acuerdo y lo único que faltaba era la detención del criminal, algo que no tardaría en producirse. Faltaba la aprobación del comisario.

Una llamada de los superiores le hizo saber que tenía luz verde en la operación. Ya podía llamar al grupo de seguimiento y detención para que ejecutara el plan.

—¿Me escuchan? —preguntó el comisario.

—Sí —dijeron los demás a la vez.

—Luz verde, luz verde.

—Objetivo a la vista —respondió Lagarde—. Ejecutamos la operación en un minuto.

—Me mantengo en línea interior.

El inspector dio las órdenes a los mandos que seguían las evoluciones de la vivienda. Había tensión en las caras de los agentes, ya que, algunas veces, las operaciones de drogas son pequeñas bombas de relojería. Las casas tienen activados mecanismos de destrucción del material ilegal y un plan de escapada para los criminales que suele conllevar peligros para las fuerzas de seguridad.

Un grupo de policías abandonó el piso de vigilancia y se posicionó en los alrededores de la madriguera de venta de droga. Cerraron los extremos de la calle, la parte trasera, por si había una salida inesperada, y se prepararon para el asalto por la entrada principal.

En la cárcel

El dispositivo policial se encontraba a segundos de entrar en acción.

La tensión entre los miembros de la operación aumentaba. —¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno, vamos! —gritó Lagarde.

Tres policías se dirigieron a la puerta con un abrelatas y otros dos vigilaban las ventanas; los demás esperaban para entrar.

Una detonación en la ventana, que saltó en pedazos, dio luz verde a los que llevaban el abrelatas. Cuando los agentes entraron, dos criminales escapaban a la casa de al lado por un patio interior. Informaron a Lagarde y comenzaron la persecución. Los criminales continuaron por las calles

aledañas a la plaza de toros. Lagarde tomó el mando de la persecución de Abdel.

El grupo se dividió para la búsqueda. El inspector siguió a Abdel en su coche. Lo vio bajar la calle y disparó al cielo tres veces.

—¡Al suelo, al suelo!

Abdel siguió corriendo y entró en una vivienda. El dueño salió a la calle e indicó a los policías por dónde se había marchado. Lagarde mandó un aviso a los otros coches patrulla para que cerraran las calles próximas y entró en un patio interior con muebles viejos. Abdel podía estar escondido en cualquier parte. El agente observó movimiento detrás de unas plantas, apuntó y gritó:

—¡Sal de ahí o te mato!

Una persona con un marcado acento árabe salió del escondrijo.

—No dispare, no dispare.

—Pinche *güey* —dijo Lagarde—. Esa suerte vas a tener, pero lo que me gustaría es fregarte.

Le colocó las esposas y lo empujó hacia el coche. Abdel se subió de mala gana y lanzó una maldición al inspector, que lo miraba con cara de pocos amigos.

—Comisario, el pájaro está en la jaula. Repito, el pájaro está en la jaula —anunció Lagarde.

Benatar se encontraba en su nueva casa. Se sentía mejor sabiendo que su expareja pasaría una temporada en la cárcel. Eso esperaba. No podía vivir con la presión constante de encontrárselo por la calle o que apareciera a las puertas del trabajo. Ahora podría centrarse en el caso de los asesinatos.

Se sentó en el sofá, delante de la televisión, y se tomó una cerveza, cosa impensable si hubiera estado con su exesposo o la familia. Era una afrenta a los años que pasó subyugada por la tradición familiar y sus credos obsoletos. Ella era una buena mujer, una buena española que no renunciaba a sus antepasados, pero que quería adaptar su cultura y fundirla con la de

España de una manera que respetase los tiempos en que vivían. No se lo pondrían fácil ni la familia de Abdel ni la suya. Pero había tomado una decisión que creía legítima y no pensaba cambiar. No había vuelta a atrás. Con respeto, pero sin miedo.

Adolescencia

U

na llamada interrumpió la rutina del doctor José López Gómez-Acévez, uno de los especialistas en psiquiatría más importantes de España. Miró la pantalla del teléfono y vio que era su secretaria.

—Don José, tengo a la espera a la familia referida por su gran amigo, el doctor Antonio Rivas.

—Que pasen, por favor.

Se oyeron dos golpes tímidos en la puerta de la consulta. —¿María?

—Buenos días, don José, y gracias por recibirnos de urgencia.

—¿Cuál ha sido la evolución del chico desde que hablamos?

— Me temo que su estado mental se está deteriorando. Hace dos días tuvo un episodio de alucinaciones en el que creía oír voces que lo empujaban a cometer atrocidades. No me lo ha dicho con estas palabras, pero no fue difícil deducirlo. También me confesó que hace poco ahorcó a un perro y lo desmembró.

—Estos comportamientos no son normales, señora. —Estoy destrozada. No puedo aguantar la presión.

—Lo entiendo.

—

Aunque es bondadoso conmigo, tengo miedo de que pueda cometer una... imprudencia con consecuencias graves. El galeno realizó unas preguntas al chico y tomó notas en una libreta.

Su madre le había mentado con un viaje relámpago a la capital para que la ayudara con las compras. El muchacho se extrañó del trayecto que estaban

tomando, lejos de las tiendas del centro de la ciudad. Cuando tomaron la calle El Paseo hacia abajo, se dio cuenta de las intenciones de su progenitora, que lo miraba con pena. —María, háblame más de lo que has observado —pidió el médico.

La señora narró en detalle los comportamientos extraños que había visto en su hijo recientemente, e incidió en que los antiguos no habían desaparecido. Al cabo de un rato, el doctor le confió a la madre sus impresiones.

—El chico presenta un cuadro agorafóbico con trastorno de la personalidad. La señora se quedó pensativa para analizar las palabras del eminente psiquiatra.

—Le tiene apego a usted. No sucede lo mismo con su esposo, ¿verdad? —continuó él.

—No, no puede soportarlo.

El galeno tomó notas en un cuaderno.

—Siga, María, por favor.

—Le gustan los deportes, en especial, el ping-pong. Juega con sus compañeros en el instituto, pero, una vez que terminan las clases, no tiene contacto con ellos. Es como si desaparecieran de su vida. Escucha música a todas horas. Eso parece entretenerlo, pero no es suficiente.

Adolescencia

El rostro del doctor reflejaba preocupación, le daba la impresión de que era un caso más complicado de lo que pensaba.

—Dice que oye voces y que recibe órdenes. Y que, en ocasiones, son contradictorias, de buenos y de malos. No lo dejan dormir.

María se echó a llorar, no podía más. El doctor se levantó de su sillón y la consoló.

—Hay más, don José.

—Sigue, por favor.

Intentó suicidarse una vez. Se tomó veinte pastillas de Tranquimazín más. Me dijo que la vida era aburrida y que no quería seguir viviendo. No sé si lo

hizo para llamar mi atención o porque de verdad quería quitarse de en medio. —La entiendo, María.

Se hizo un silencio absoluto en la consulta, pero el doctor sabía que la historia no terminaba ahí.

—El chico está desarrollando una personalidad psicopática, es posible que sufra esquizofrenia o algo similar. Debemos actuar cuanto antes.

—Es lo mejor —dijo la madre.

—Son síntomas que presagian la formación de una personalidad criminal —dijo él—. Debemos iniciar un proceso para que reciba apoyo en Almería. En el pueblo no tenéis la cobertura médica necesaria para un caso tan complejo.

El doctor rellenó varias recetas y escribió en un papel el tratamiento con antidepresivos y antipsicóticos.

—Tiene que venir a la consulta dos veces al mes.

María, que no pudo contener las lágrimas, se fundió en un abrazo con el doctor.

Después de la visita, se marcharon al pueblo.

Ya en la casa, el chico contemplaba las hormigas ir y venir con la carga de alimentos en la parte de atrás de su pequeño cuerpo: admiraba la laboriosidad, el ritmo acompasado de los movimientos y el trabajo en equipo.

«¿Qué sentirán cuando las pisotean? ¿Gritarán de dolor?».

Aquellos pensamientos lo fascinaban. Su mente no paraba de dar vueltas a las situaciones y las personas. Lo había hecho antes y seguramente lo habría repetido en esta ocasión de no ser por la aparición de una víctima más apetitosa: un lagarto que deambulaba por el jardín. Lo observó durante minutos y se dispuso a cazarlo. Mientras el pequeño animal miraba también a las hormigas, él se colocó a su espalda. Se acercó con sigilo y lo atrapó. Un pedazo de cola se desprendió del resto del cuerpo, pero no le importó,

tenía la mayoría de la presa. El lagarto se movía en un esfuerzo por escaparse, pero su adversario era más fuerte.

Buscó un palo, traspasó el cuerpo del reptil con un clavo y lo hincó en la madera para inmovilizarlo. La parte de la cola que quedaba se agitaba enfurecida.

Excavó un agujero en el suelo, introdujo la parte baja del palo dentro, y echó tierra para fijar la posición del animal y tener las manos libres. Era una crucifixión llevada a un terreno brutal, pero más perversa. Una vez que el palo estaba derecho, decidió construir un foso alrededor, como el de los castillos.

Gozaba con lo que hacía; obraba con pericia y profesionalidad.

Buscó en un cajón de un mueble una botella con alcohol y lo desparramó por la zanja que había construido. Encendió una cerilla, y una llama alta y vigorosa cercó al lagarto, que se revolvía desesperado.

La piel empezó a arder. El fuego consumió al reptil hasta quedar reducido a un trozo de carne calcinada. Entusiasmado ante el sufrimiento, el adolescente miraba extasiado: había tenido una erección.

Pruebas

E

El comisario Salmerón, los inspectores Benatar y Lagarde, y el perfilador criminal Mor analizaban en una mesa redonda los informes de los asesinatos. Del primer caso, el de Marisa López, solo encontraron una muestra dactilar que los llevó a una pista falsa y a un fracaso monumental. La muestra de semen, de la que se extrajo un perfil de ADN, no pertenecía a ninguna persona de las bases de datos que habían contrastado. Del segundo caso, el de la joven inglesa Celia McBride, tenían demasiadas fibras de tela como para analizarlas. El asesino había embarrado el cuerpo de la chica para dificultar la investigación.

Del taxista y su coche no encontraron nada. Era probable que el asesinato fuese perpetrado desde el asiento de atrás, lo que evitó el traspaso de fibras que suele ocurrir cuando dos cuerpos entran en contacto. El coche apareció en el muelle del puerto, bajo el agua, lo que disminuía las posibilidades de encontrar pistas fiables para la investigación.

—Una persona inteligente —dijo el perfilador.

—Se han revisado todas las cámaras de las escenas de los crímenes, pero no han aportado datos concluyentes —añadió Lagarde.

Javier Mor había analizado en el perfil del criminal las características físicas del asesino y, aunque era detallado, coincidía con cientos de hombres en Almería. Se entrevistó a los vecinos que habían tenido contacto con el agresor o lo habían visto, bien en la calle, desde un coche o una ventana. La mayoría de las pistas que tenían no aportaban ningún rasgo distintivo que lo diferenciase. Hablaron con el cuidador de la pista de deportes donde apareció la joven inglesa, que dio una descripción detallada del asesino,

pero resultó ser la de un vagabundo que había dormido en numerosas ocasiones en el recinto.

Otro punto muerto.

No tenían nada.

Más caras serias.

—¿Alguna idea? —preguntó Salmerón.

—Necesitamos ayuda, comisario, este caso nos viene grande. —¿La Guardia Civil?

El cuerpo tenía una red de cooperación más extensa que la policía, ya que llevaban en la zona décadas. En ocasiones anteriores, habían solicitado la colaboración del teniente Rogelio Vargas, con resultados satisfactorios.

— Además, La Sexta va a emitir en directo desde las puertas de la catedral —continuó el comisario—. Un tal Juan Javier Gásquez y su programa *Ayúdame* van a retransmitir para toda España. Sacarán los trapos sucios de la ciudad y de la Policía Nacional. A este paso, saldremos hasta en los concursos de cocina.

Los presentes se miraban con cara de circunstancias.

—Y, si no fuera suficiente, la semana que viene, el sábado, tenemos la final de la Copa del Rey entre el Real Madrid y el Barcelona, en el Estadio Municipal de los Juegos del

Pruebas

Mediterráneo, en El Zapillo. No tengo dudas de que el parricida va a intentar actuar ese fin de semana.

»Aunque el despliegue policial aumentará con efectivos de otras provincias, no será suficiente. Es más, será imposible controlar a todos los aficionados. Esto no se le escapa al nuestro hombre. Conoce nuestra debilidad, es más, les confieso que en algunas ocasiones pienso que está al tanto de nuestras operaciones.

La situación se les presentaba complicada.

—Nos crecen los enanos —dijo Lagarde.

—Eso es todo, compañeros. Los mantendré informados a través del correo electrónico —finalizó Salmerón.

Celos mortales

A

bdel se sentaba en el banquillo ante el juez por maltrato físico a su exesposa.

—Por lo expuesto anteriormente, yo, el excelentísimo juez David León, declaro nulo este juicio. Las dos partes tienen derecho a recurrir la sentencia antes de un período de diez días hábiles, después del cual no se aceptarán mociones.

La lectura del veredicto fue recibida con aplausos y celebraciones por la familia del acusado, que llenaba la sala de la audiencia provincial de Almería. La sentencia les parecía justa, y era un mensaje directo a Zaida y sus aliados, como llamaban despectivamente a sus compañeros de la Policía Nacional.

Por el lado de la inspectora, solo Víctor Lagarde había asistido a la sentencia por encargo del comisario, que quería tener información del caso. Lagarde aceptó de mala gana por respetar la jerarquía y por su amiga, pero maldita la gracia que le hacía ver a esa sabandija salir libre. Estaba apesadumbrado, pero conocía personalmente al juez y sabía que, si había actuado de esa manera ante un acto tan despreciable como ese, tenía razones para hacerlo. León colaboraba de manera activa con las fuerzas de seguridad de la ciudad y nada se le podía reprochar. Le estrechó la mano antes de abandonar los juzgados se dirigió a su coche en el aparcamiento. El marroquí estaba eufórico, se sentía reafirmado en su proceder. La sentencia le daba la fuerza necesaria para seguir por el mismo camino. Un hombre no podía permitirse perder la cara ante su familia y sus amigos. Según su credo, el deber de toda mujer era obedecer los dictados del matrimonio y del esposo. Zaida no podía olvidar de dónde venían y cómo se hacían las cosas en su país, lo que su religión esperaba de ella en esas situaciones y el comportamiento esperado de un hombre al respecto.

Pero su alegría se iba desvaneciendo a la vez que pensamientos macabros aparecían en su mente. La veía iniciando una nueva vida lejos de él, con hijos de otros hombres, quizás infieles españoles; podía casarse con aquel periodista arrogante y presumido con el que coqueteaba a menudo. Esas imágenes en su cabeza lo torturaban con desconsuelo.

—No voy a permitirlo de ninguna manera. Sé lo que hacer y lo haré — juraba entre dientes en su idioma—. Solo me queda un camino, vivir en deshonra no es vivir; ella tendrá su *fatwa*.

Abdel se despidió de los amigos que habían venido a apoyarlo y de los imanes, y llevó a su familia a casa. Después de dejarlos, se subió al coche y comenzó la búsqueda.

Benatar había quedado con Rodrigo Balín a las doce del mediodía en El Cuarto Toro, una tasca milenaria con tapas exquisitas. Le había repetido su negativa a verlo, pero la insistencia del periodista obtuvo sus frutos. Se había engañado diciéndose que solo era una reunión laboral, ya que eso le causaba menos trauma, y al final cedió a verse con él. Eligieron un lugar de la zona centro, apartado de la comisaría y lejos de su nuevo hogar. Benatar tuvo los habituales problemas para aparcar, pero estaba alegre; era una nueva persona. No podía estar más contenta, alentada por su nueva vida y por el futuro prometedor que le aguardaba.

O casi.

Se presentó en la tasca con un vestido de volantes rojo que le llegaba hasta la rodilla y con el que lucía una figura perfecta. Los tonos contrastaban con la piel morena y los ojos expresivos. Un bolso, que contenía una pistola, y unos zapatos negros acompañaban al vestido. No iba de gala, pero no parecía un encuentro casual de trabajo.

Al verla entrar, Rodrigo levantó la mano.

—Zaida, ¡aquí, al final!

Ella se sonrojó ante el grito. Unos nervios punzantes se le agarraron al estómago.

Rodrigo

le dio dos besos en las mejillas y le dijo que estaba radiante.

—Muchas gracias.

—¿Qué quieres beber?

—Tomaré un vino fino fresco.

—Joaquín —requirió al camarero—, una caña y un fino para la señorita.

—Hombre, don Rodrigo, ¿a qué se debe esta compañía? — preguntó el camarero irónico.

Él le echó una mirada de esas que no matan, pero que casi duelen. Zaida disimuló para relajar el ambiente, pero la puya le había llegado al alma. Pidieron *pescado* frito, según rezaba en la tabla de los aperitivos de la pared, y se dedicaron a hablar del caso.

En otra parte de la ciudad, Abdel se dirigía en coche a su antigua casa. Era la primera parada en su búsqueda. Aparcó en la parte trasera para evitar a las vecinas chismosas y se dirigió a una ventana. La casa parecía cerrada y con pocos indicios de vida. Subió una persiana con maestría y fisgoneó el interior, pero se cuenta de que nadie vivía allí: no percibió movimiento o signos de vida familiar.

Era hora de ir a la comisaría, un movimiento arriesgado, pero qué más daba, su vida no valía nada y la de ella, menos. Se subió al coche y se puso de camino.

Aparcó a cincuenta metros de la puerta del garaje de la comisaria, desde donde podía avistar las salidas de los coches; era cuestión de paciencia. Echó el asiento delantero del coche hacia atrás, se recostó con sus gafas Ray-Ban falsas y se colocó una gorra; sería imposible reconocerlo. Las horas pasaban y su exesposa no se aparecía. No había entrado ni salido. Era posible que estuviera en la calle trabajando en un caso.

Abdel se iba irritando a medida que pasaba el tiempo. Estaba inquieto en el asiento del coche, pensando cómo actuar. De repente, se le ocurrió una idea; era osada, pero merecía la pena. Sacó el teléfono del bolsillo, se puso un pañuelo junto a la boca y marcó el número de la comisaría.

—Buenos días —dijo con marcado acento árabe—. Tengo una cita con Zaida Benatar. ¿Se encuentra en su oficina?

La secretaria receló de la llamada.

—¿Es usted familia?

—Sí, su primo. He viajado desde Marruecos para poder hablar con ella.

—La inspectora se dirigió al centro para una reunión de trabajo con unos periodistas. Dijo que volvería en dos horas.

Enloqueció por segundos. Intuía lo que estaba sucediendo. Lo más seguro sería esperarla, pero no podía aparcarse su furia durante unas horas. Quería matarla. Ella era una persona de hábitos, visitaba siempre los mismos lugares en esa zona de la ciudad. Se puso en marcha, en cinco minutos estaría en el barrio.

Empezaría por El Cuarto Toro.

La pareja se sentó en una de las pocas mesas que había libres en el bar; tenían que cotejar documentos y la barra no era el sitio más apropiado. Hablaron de las pistas halladas en el lugar de los hechos, del perfil trazado por el criminólogo y de las presiones políticas a las que estaba sometida la investigación. Zaida se sentía desolada por los resultados de su equipo.

Él le acarició la mano; ella hizo amago de retirarla, pero era demasiado tarde. Se miraron y unas lágrimas salieron de los ojos de la inspectora. Unos segundos de silencio y un beso furtivo que le llegó al alma. No podía esconder sus sentimientos por más tiempo, ella también merecía ser feliz.

—Deberíamos ir a otro lugar. Temo que nos saquen alguna foto. Este bar es precioso pero pequeño. Nos exponemos demasiado.

—¿Qué sugieres?

—Aquí cerca, está la cafetería Plaza Central, con espacio para sentarse y conversar sin agobios.

Rodrigo hizo un ademán para pagar la cuenta, pero Benatar se impuso a la hora de sacar el dinero. Con energía, retiró la mano del periodista y le dio un billete de cincuenta euros al camarero, que la miraba de arriba abajo.

Abdel aparcó en la calle Navarro Rodrigo, a unos minutos de El Cuarto Toro, y se paró en las escaleras del Mercado Central. Fingía que buscaba información en su teléfono, pero sus ojos estaban fijos en la puerta del local, abarrotado como de costumbre. Aguardó a ver quién salía, pero no hubo suerte. No tenía tiempo, no podía esperar más sin saber si ella estaba allí.

Los comensales en las mesas de la terraza lo miraban con recelo; sus harapos y su forma de vestir lo delataban. Él los contemplaba con desprecio. Odiaba a España y lo que representaba. No podía compararla con su querido Marruecos, donde los hombres podían hacer lo que quisieran y las fuerzas del orden se regían por mordidas; donde la vida de las personas no valía nada: era fácil deshacerse de ellas, nadie preguntaba.

Se llevó la mano al costado, hacia un bolsillo donde tenía el puñal escondido, lo agarró con fuerza y se adentró en el bar. Abrió la puerta y oteó el horizonte. Decenas de miradas lo acosaban. Fue de un extremo de la barra a otro, pero no la halló.

Sintió rabia y odio.

No había tiempo que perder. A por el siguiente.

Benatar y Balín entraron en la cafetería Plaza Central. Aunque el local no era de grandes dimensiones, sí espacioso y con mesas donde conversar. Un camarero los saludó con entusiasmo y los invitó a sentarse. Zaida lo conocía de otras visitas. Se acomodaron al fondo para evitar las miradas

—Hemos hablado del caso —dijo Rodrigo—. Ahora, cuéntame algo de ti. El silencio fue absoluto durante unos segundos.

—Estoy intentando superar mi vida anterior, pero no es fácil.

Procedía de una sociedad obsoleta que, en vez de avanzar, retrocedía. Una tradición anticuada que la torturaba y a la que amaba con pasión. Pero sabía que sería imposible avanzar si no rompía con algunos ritos ancestrales árabes. Había llegado a un punto sin retorno, donde debía conjugar pasado y presente sin perder la vida en el proceso. No debería ser difícil, pero lo era. No había vuelta atrás, estaba decidida.

Rodrigo se entristeció. Quién iba a decir que el periodista varonil y duro de película iba a comportarse de esa manera. Pero se atrevió, y ella lo agradeció: ganó puntos ante sus ojos oscuros y hermosos. Él se incorporó, se inclinó sobre la mesa y la besó. Una escena tierna e idílica, a no ser porque alguien los observaba desde la ventana, decidido a que fuera la última vez.

Zaida lloraba de emoción. Tanta alegría no era posible, pero se dejaba llevar. Rodrigo hablaba de planes de futuro, de una vida juntos, de un sueño que le erizaba la piel.

Las vibraciones del teléfono llamaron su atención. —¿Comisario?

—Benatar, es urgente. Han soltado a Abdel.

—¿Cómo?

—Vuelve a la comisaría cuanto antes.

Zaida miró el reloj y zanjó la reunión para marcharse. Se había tomado más de dos horas y, para ella, las reglas eran las reglas. Se levantó de la silla, se despidió con un beso en la frente y se excusó. Se acercó al camarero e intentó pagar la cuenta, pero él la frenó y le dijo cortésmente que le tocaba a él. Ella accedió y se marchó del local de manera precipitada. Abrió la puerta y se dirigió a su coche sin advertir que alguien la seguía. Su mente seguía en ebullición y no prestaba atención a su entorno. El futuro. Una nueva relación. Los besos. Una persona que la trataba con cariño. No podía ser verdad; Abdel suelto

Se alejaba de la cafetería cuando una mano le agarró la garganta desde atrás, la tumbó en el suelo e intentó clavarle un puñal en el pecho. La inspectora se movió con la rapidez de una ardilla, pero Abdel la atrapó de nuevo por el cuello, la tiró al asfalto, alzó el cuchillo y escupió:

—Maldita perra, vas a morir.

El puñal descendía de manera parsimoniosa, como si el asaltante se estuviera deleitando con cada segundo que pasaba. —Alá es bondadoso.

Un disparo seco acertó en la nuca del miserable, que respiraba agónico. Zaida no daba crédito a lo que veía, el periodista Rodrigo Balín empuñaba una pistola detrás de Abdel. El cuerpo le temblaba.

Acertó a la primera, la suerte de los principiantes. —¡Rodrigo!

—Yo no... quería, me vi obligado a disparar. Es la primera vez... Te olvidaste el bolso y...

El periodista se echó a llorar.

Ella se levantó del asfalto, se abalanzó hacia él, y se fundió en un abrazo y un beso de película.

Entre lágrimas y sollozos, le contó a Rodrigo la historia de su boda forzada con Abdel cuando apenas tenía doce años en una mezquita en Almería, la violencia y abusos que sufrió en la casa de su familia, y cómo nadie, a sabiendas de lo que pasaba, no hizo nada por protegerla. Era su cultura y su tradición, pero ya no aguantaba más.

Unos minutos más tarde, se llevaron en una ambulancia el cuerpo moribundo de Abdel entre los ruidos de sirenas de los coches de la policía y la conmoción de los ciudadanos que se encontraban en los alrededores del lugar de los hechos.

Incidente

H

oy se cumplen veinte años de la muerte de Teo en una fría celda, al norte de Georgia. Dos mil voltios se lo llevaron para siempre de mi lado. Los periódicos americanos informaron que no hubo ningún admirador a las puertas de la prisión estatal, pero estaban equivocados. Yo me encontraba allí, mezclado entre la multitud macabra que celebraba su muerte.

Fue el peor día de mi vida.

Los recuerdos siguen vivos en mi memoria después de tanto tiempo. Nunca lo olvidaré. Esa noche no pude dormir, notaba la presencia de Teo en mi dormitorio de la fraternidad. Me levanté temprano, pero no asistí a las clases de la mañana. Tomé un autobús de la línea ocho y me dirigí hacia la zona ajardinada frente a la penitenciaría, donde las cámaras de televisión retransmitirían su ejecución y desde donde una turba gritaba enloquecida.

Me bajé del vehículo con sensación de desconsuelo. No me habría dolido tanto si hubiera sido yo la persona a la que iban a electrocutar; aun así, me uní a los salvajes que coreaban su nombre con expresiones siniestras.

—¡Freíd a Teo! ¡Nos haremos una hamburguesa!
Eran despreciables.

Llevaban bebiendo desde la noche anterior, brindaban con cerveza Michelob y güisqui barato del Seven Eleven. Portaban pancartas.

—¡Arde, Teo, arde!
Y muñecos con su efigie colgada de una soga.
Me acerqué a unos chicos jóvenes que cantaban y lanzaban

gritos al cielo. Delante tenían una furgoneta con el logo de la cadena ABC y a una presentadora dirigiéndose a la cámara. Al lado, una pantalla gigante mostraba la retransmisión.

La presentadora entrevistaba a un antiguo compañero de clase que, entre lágrimas, explicaba cómo el asesino creció en una casa acomodada, donde los padres tenían trabajos estables; que jugaba con los chicos del barrio y nunca tuvo ningún altercado. Era educado, inteligente y respetuoso con los demás. Durante los veranos ejercía de voluntario en un centro de la tercera edad, donde contaba historias a los ancianos para alegrarles el día.

—No me lo puedo creer —decía el chico, apenado.

La cámara enfocaba al padre de Teo en unas imágenes grabadas días atrás en las que la prensa lo acosaba a la salida de un supermercado.

—¿Qué opina de la ejecución? —le preguntó un periodista.

El hombre caminaba cabizbajo bajo la tenue lluvia y sin mirarlos, ya que se comportaban como animales salvajes. Se subió a un coche aparcado a unos metros y arrancó sin decir palabra. Ellos hicieron lo mismo y enfilaron la persecución.

Le tocaba el turno al agente de la policía que había apresado a Teo años atrás.

—¿Cómo se sintió cuando lo atrapó? —dijo otro informador. —Teníamos un retrato robot del sospechoso de los quince asesinatos que tuvieron lugar en la zona e íbamos en su busca. —Siga, siga.

—A la salida de un centro comercial, vi un coche errático y comprobé las matrículas. Lo habían robado la noche anterior, a doscientas millas de aquí. Activé la sirena y le eché el alto. Cuando bajó la ventanilla y le vi la cara, me quedé sorprendido. Empuñé mi pistola Ruger y lo hice salir del coche mientras le apuntaba a la cabeza.

La periodista seguía extasiada la historia del agente. —Le di la vuelta, lo empujé hacia el coche y le coloqué las esposas.

La chusma estalló de júbilo cuando la pantalla mostró a Teo vestido de naranja y sin pelo. Andaba descalzo y con los grilletes puestos. Las imágenes lo mostraban saliendo de su celda acompañado por dos policías y un sacerdote. Faltaban treinta minutos para la ejecución.

«Mi Teo, mi ídolo, mi dios. Hijos de puta».

Sonrió durante el trayecto a la Vieja Chispitas, que lo esperaba para mandarlo a las tinieblas, donde sería Abaddon, el amo y señor de la oscuridad, y desde donde alumbraría el camino de otros que seguían su estela.

La cámara mostraba una grabación de Teo con el cura de la penitenciaría en la que negaba arrepentirse por los crímenes cometidos.

—He hecho justicia —clamaba.

El cura intentaba convencerlo para que pidiera perdón a las familias de las víctimas, pero no lo consiguió; Teo se mostraba desafiante y firme en sus convicciones.

Llegó con sus acompañantes a la sala donde lo ejecutarían. La televisión emitía imágenes de las siete personas invitadas a presenciar sus últimos momentos. Se sentó en la silla de madera y esperó. Un guardia de la prisión se acercó y le preguntó:

—¿Cuál es su último deseo?

—Hablar con mi padre.

Otro acercó un teléfono al convicto, que marcó un número que se sabía de memoria.

Se oyeron lágrimas al otro lado.

—¿Papá?

—Teo, siempre te querré.

Los guardias apretaron las correas de los pies y las manos, y le colocaron un gorro metálico con un líquido conductor en la cabeza.

La cuenta atrás empezó.

—... cero.

Alguien apretó un botón y la imagen de la cadena ABC se cortó. Los presentes descorchaban botellas de champán y bebían sin freno a mi alrededor.

—¡Púdrete!

Era una visión repugnante. Tuve que apoyarme en un árbol. Me dieron arcadas y estuve a punto de perder la consciencia. La comentarista apareció en pantalla anunciando el fallecimiento de Teo.

—Según fuentes presenciales, el reo ha muerto a las seis y cuarenta minutos de la mañana. Rehusó una última comida y lanzó una sonrisa a los que veían la ejecución a través de la ventana de cristal. Un humo grisáceo se desprendió de sus piernas y cabeza. Dos minutos más tarde, la silla estaba desconectada. Todo había terminado.

A estas alturas, yo estaba desconsolado. No paraba de llorar cuando una chica delgada y con pelo castaño pasó a mi lado diciendo a sus amigos:

—Tengo que coger el autobús, entro a trabajar a las diez.

Rabia, impotencia y excitación se apoderaron de mí. Quería vengar su muerte y decidí seguirla. Caminé tras sus pasos hasta la parada. Estaba ebria y creo que no se dio cuenta de que iba detrás. Daba los bandazos típicos de los que han consumido más alcohol del que pueden soportar. Se sentó en un banco a esperar mientras yo me escondía unos metros detrás. No había nadie más. Quería matarla allí mismo con mis manos, pero no me atrevía. A los pocos minutos, el autobús llegó, nos subimos y me senté unas filas más atrás.

Durante el trayecto, ella daba cabezazos en el asiento, como cuando el sueño te vence, pero los volantazos del vehículo te devuelven a una vida a la que no quieres pertenecer. Con los vaivenes de las curvas, la chica movía el pelo largo y bonito, como cuando el viento se lo lleva. Era atractiva, pero debía morir. Tenía que juntar las fuerzas necesarias para hacerlo. Teo se lo merecía. Sería mi primera vez.

El conductor gritó:

—Señorita, ¡la parada en Hawthorne Boulevard!

La chica despertó de su ensueño y se bajó. Corrí tras ella. Las puertas casi me atraparon al cerrarse. Me recompuse y la seguí a unos metros de distancia. Se dio la vuelta y me vio. La borrachera se le estaba pasando y pareció darse cuenta de que algo no iba bien. La calle estaba desierta. Aceleró el paso. Yo hice lo mismo. Giró en una esquina y oí cómo sus pisadas se hacían más fuertes. Había salido corriendo. La perseguí durante unos cien metros y le di alcance en un parque. La empujé hacia unos matorrales y le di un puñetazo en la cara. La chica empezó a vomitar. Le limpié la cara con su propia ropa, la agarré del cuello y apreté fuerte. Su cara empezó a tomar un color violáceo

Escuché ruidos. Una pareja de enamorados en mitad de su faena me gritó:

—¿Qué haces?

Me asusté y me alejé.

—¡Ayuda, policía, ayuda! —gritaron los miserables.

Me escondí en un callejón, pateé el suelo con violencia y tararé una canción.

Esta noche me abrió los ojos

y nunca me voy a poder volver a dormir. Pateaste y lloraste como un niño intimidado Un hombre adulto de veinticinco.

Esta noche me abrió los ojos

La ausencia de Teo me resulta insoportable, paso los días en casa, apenas asisto a la universidad. Escucho música de los Smiths, con sus desgarradoras canciones y su melancolía. Es mi terapia para seguir viviendo en un mundo sin sentido, donde, cada día que pasa, el monstruo que llevo dentro invade todos los rincones de mi vida y se apodera de mis actos. Siento un hormigueo constante en el cuerpo que me pide más y me aboca a la insensatez. Llegará el día, pero aún no estoy preparado, para eso debo seguir el aprendizaje.

Los chicos de la fraternidad de la Orden 322 me llaman por teléfono, pero todavía no estoy preparado para asistir a las reuniones. Tienen preparado un bonito entretenimiento para mí, una víctima que sacrificar y un plan que urdir con Abaddon, el dios de las tinieblas. El mundo será algún día nuestro. Tenemos un plan diabólico y muy pronto lo ejecutaremos.

Refuerzos

E

El comisario cerró la puerta de su oficina, se despidió de su secretaria y bajó por las escaleras al aparcamiento. Había contactado días antes con su amigo y teniente de la Guardia Civil, Rogelio Vargas, cabal y gran conocedor de las cloacas de Almería, con el que había colaborado en varias operaciones contra el crimen organizado y el narcotráfico. Se subió al coche y se dirigió a la glorieta Manuel Fraga Iribarne. Dos agentes de la Guardia Civil dieron el alto al coche en la entrada. Salmerón mostró la placa de identificación, pasó al interior del recinto de la comandancia y aparcó en el área reservada a los visitantes. Echó un vistazo al bar que tantas veces había visitado y saludó a unos conocidos que disfrutaban de unas cervezas y tapas en la barra; parecían pasárselo en grande, todo lo contrario que él, que caminaba triste y pensativo. Se resguardó de un balonazo de unos niños que jugaban en el patio y subió por las escaleras. Sabía el camino de memoria y lo prefería al ascensor, que estaba más transitado.

Llegó a la oficina del teniente y llamó dos veces. Una guardia civil lo recibió con una sonrisa y lo hizo pasar a la sala de espera. El comisario se sentó y les echó un vistazo a los periódicos deportivos del día, no porque fuera fan, sino pensando en el partido de la Copa del Rey que se iba a celebrar en dos días en El Zapillo.

Una puerta se abrió y apareció la figura imponente del teniente Vargas, que casi ocupaba todo el marco.

—Sergio, cuánto tiempo sin verte.

—Hola, Rogelio, un placer, como siempre.

Se dieron la mano y se fundieron en un abrazo afectuoso para luego sentarse a la mesa de reuniones.

—Como sabes, en los últimos días han aparecido los cadáveres de dos chicas jóvenes, una española y otra inglesa, y el de un taxista.

—Estoy al tanto.

—Necesito tu ayuda. Mi equipo es limitado y tu red de contactos, tu experiencia y tu ética hacen de ti el compañero ideal para este viaje. No es un caso más; todo indica que se trata de un asesino en serie inteligente y preparado; un sádico que mata por placer.

Se miraron a la cara sin decir palabra; los ojos del inspector imploraban ayuda, estaba al borde del llanto.

—¿Te acuerdas de las dos toneladas de hachís de la mafia calabresa que apresamos en el puerto? ¿Y de aquella niña que fue asesinada en las Alpujarras? —decía Salmerón.

—Ciertamente.

—Días de gloria, amigo Rogelio, días de gloria. El caso que tenemos entre manos es de órdago y el dichoso partido de fútbol no ayuda

—Te entiendo, Sergio.
Otro silencio en la sala.

—Esperamos una gran afluencia de seguidores de los dos equipos. La ciudad estará colapsada, será imposible circular
Refuerzos
por las calles sin atascos. Los bares, restaurantes y hoteles pondrán el cartel de lleno.

—Nuestro hombre va a aprovechar para cometer un nuevo crimen —dijo el teniente.

—Es de sentido común. Es imposible que podamos estar en todos los frentes. ¿Sabes las llamadas que tendremos de borrachos, peleas y robos?

Salmerón tomó un vaso de agua que había en la mesa y le dio dos tragos.

—Necesitamos profesionales preparados como vosotros, que conocen la ciudad, la mente humana y que, con una mirada, saben lo que pasa.

—Estamos con vosotros. Vamos a ganar esta batalla, como ya lo hicimos otras veces. Voy a poner a mi red de informadores actuales y fuera de servicio a trabajar en el asunto. Pásame el perfil del asesino y toda la información que tengas disponible. ¿A quién has puesto a cargo de la investigación?

—A la inspectora Benatar y Lagarde.

—¿La chica árabe?

—Sí.

—Buena elección. Los ayudaremos.

Se miraron a los ojos mientras se levantaban de los asientos y se fundieron en otro abrazo.

Ayúdame

«

D

efinitivamente, nos ha cagao la moscarda», se decía el comisario, sentado en un coche de policía en la calle Eduardo Pérez mientras presenciaba el espectáculo en la plaza de la catedral. Cientos de personas se agolpaban en torno a una carpa con un escenario de proporciones bíblicas, donde la gente iba y venía con agitación. Un señor bajito con barba de varios días dictaba órdenes con firmeza.

El caso del asesino en serie había atraído a los medios de comunicación nacionales a Almería. Hasta los programas de la farándula se subieron al autobús del morbo y decidieron emitir en directo.

La cadena de televisión La Sexta había mandado a su buque insignia, el programa de variedades *Ayúdame*, y a su presentador, el conocido Juan Javier Gásquez, a dirigir la tropa desde la catedral.

El directo estaba a punto de comenzar. Una señora con unos auriculares inalámbricos y una tabla señaló los segundos que quedaban y dio el carpetazo de salida. Tres cámaras enfocaban al presentador, que iba vestido con chaqueta azul, camisa blanca, pantalones negros y zapatillas de deporte oscuras. A sus espaldas, tres pantallas majestuosas no paraban de repetir las imágenes de un señor maquillado y de pelo negro que hablaba a la cámara mientras una mujer desnuda se paseaba por detrás realizando ejercicios de gimnasia.

—Manda cojones. Hay un asesino suelto, y nosotros vigilando a un grupo de cincuentonas para que no se desmadren —dijo Salmerón.

—Así es la a vida —respondió Benatar con ironía.

El periodista de La Sexta se dirigió a una señora rubia maquillada en exceso que se movía en su bonita silla de círculos blancos y negros, a juego con los colores del improvisado plató. Negaba con los dedos. «De eso nada», parecía decir.

—Ese Juan Javier tiene más energía que el rabo de una lagartija.

—¿Y cómo lo conoce usted tan bien?

El comisario se sonrojó y aprovechó para mirar por la ventana del coche.

—Mi madre es muy fan.

—Claro, claro.

El presentador se encontraba en el suelo pataleando entre dos mesas con decoración moderna mientras los espectadores gritaban de alegría. Se levantó y, en un tono más serio, se centró en los crímenes acontecidos en la ciudad en los últimos días. Juntó las manos como un sacerdote y, con unos aspavientos amanerados, les dio las gracias a los presentes por el trato recibido; se conmovió al hablar de la situación actual de las investigaciones y, metafóricamente, ofreció su hombro a todos los asistentes para llorar su pena. El gentío que abarrotaba el exterior de la catedral rompió en aplausos e histeria, los guardaespaldas impedían que irrumpieran en el escenario. La locura se había desatado.

—¿Ha dicho algo sobre rojos y maricones?

—No sé, comisario, no lo he oído bien.

Ayúdame

Las pantallas emitían imágenes de las escenas de los crímenes; la concurrencia se quedó muda y las lágrimas aparecieron en los rostros de los presentes. El presentador ofrecía su programa a disposición de las autoridades para terminar con la mala racha que estaba pasando la ciudad.

—Este tipo parece maricón —dijo con brusquedad Salmerón. —¿Y eso qué importa?

—Nada, nada, Benatar, que yo soy muy abierto.

El directo proseguía entre invitados gritándose; un señor calvo se levantó y se dirigió hacia otro que gritaba con furia. Se enzarzaron en una polémica durante minutos ante la mirada expectante de Juan Javier, que parecía atónito, pero los dejaba seguir; la audiencia era la audiencia. Dos fortachones entraron en el plató y los separaron mientras los asistentes enloquecían con la actuación de los invitados; unos aplaudían y otros gritaban.

De repente, Salmerón recibió una llamada de la comisaría:

—Comisario, el teniente Vargas ha recibido la llamada de un amigo, un guardia civil retirado que ha localizado a una persona que se comporta de manera extraña y que concuerda con la descripción del criminólogo; lo vio merodear en un portal de la plaza del Carmen, al lado del hotel La Perla, y no muy lejos de la Puerta de Purchena.

—¿Y si es una broma?

—El teniente pidió que se siguiera la pista; tiene confianza en su hombre.

—Lagarde, ¡me cago en la puta! Tenemos a una persona sospechosa a unos minutos de aquí.

—Comisario, con la que está cayendo con el partido, tardaremos horas en llegar. Hay demasiados aficionados en las calles y no va a ser fácil. El programa de variedades acababa de terminar y los asistentes transitaban con lentitud. Los coches de la policía no podían moverse, estaban atrapados hasta que la situación amainara, lo que llevaría tiempo.

Salmerón, que estaba al borde de un ataque de nervios, llamó a Lagarde de nuevo:

—¿Cuál es vuestra posición?

—Atrapados entre la marabunta.

Hubo gritos inaudibles dentro del coche del comisario, que se removía en el asiento sin poder hacer nada. Benatar lo miró y le dijo:

—Proverbio indio: cuando todos corren, tú anda.

Final

L

as personas que había asistido al programa se dispersaban con lentitud. Algunos se quedaron en mitad de la calle intercambiando comentarios, otros miraban a los trabajadores que desmontaban el escenario con la eficiencia del que lo ha repetido numerosas veces.

Salmerón tocaba la bocina del vehículo en un intento desesperado por hacerse un hueco por donde salir del atolladero. Aprovechó un espacio que le dejaron un grupo de espectadores y giró a la derecha, pasó fugaz por el umbral de la taberna Montenegro y luego torció en la calle Lope de Vega. Condujo hasta que se encontró con unos contenedores de basura plantados en mitad de la calle por seguidores del F. C. Barcelona. Ante la aparición del coche de policía, desistieron en su intento de quemarlos. Algunos salieron corriendo mientras ondeaban esteladas. El comisario se bajó del coche y los apartó de una patada.

El centro de la ciudad estaba colapsado por los seguidores de los dos equipos que se enfrentarían en la final de la Copa del Rey en unas horas. Los hinchas habían aprovechado la visita para expoliar las reservas de alcohol, cosa que habían hecho de maravilla. Lo siguiente serían los altercados entre las dos aficiones.

Salmerón conducía calle arriba entre grupos de hinchas que gritaban y cantaban de manera enloquecida. Algunos se burlaban de los policías desde la acera y otros se paraban delante del coche, desafiando al conductor. Los gritos eran ensordecedores.

—Lagarde, ¿cuál es su situación?

—Nos movemos con lentitud. Acabamos de salir de la plaza de la catedral.

Desesperado, Salmerón miraba a Benatar en busca de ayuda. —Comisario, esta parte de la ciudad se congestiona en segui

da, las calles son estrechas y de dirección única. No hay nada que podamos hacer.

Llegaron a la altura del bar Pluga, que había cerrado sus puertas, donde una tremenda pelea había atraído a cientos de personas. Los fanáticos estaban enzarzados en una batalla campal donde todo valía, desde un vaso roto hasta el palo de la bandera. Había hinchas tirados en el suelo con sangre en el rostro.

—Benatar, asegúrate de que llevas la pistola sin seguro y coge el altavoz. Tenemos que separarlos.

El comisario activó la sirena del coche con poco éxito. La mayoría de los presentes la ignoraron, y siguieron tomando fotos y vídeos de las peleas. Benatar se bajó del coche y, utilizando el megáfono, dijo a la turba:

—¡Circulen por la acera!

Seguidores de los dos equipos se encararon con la inspectora que, calmada y firme, los invitaba a desistir de su actitud. El comisario se le unió ante el creciente número de personas que se agolpaban a su alrededor de manera intimidatoria.

—¡¡Muévanse!
Final

La pelea terminó gracias a la ayuda de ciudadanos cabales que rogaron a sus compañeros que abandonaran el lugar; no así los gritos de ambos equipos, que se insultaban con pasión:

— ¡Putas España, *visca Catalunya lliure!*

—¡Charnegos tontos del culo!

La inspectora Benatar se situó en medio de los dos grupos,

que estaban separados por unos metros, y los invitó a seguir su camino. Una voz escondida gritó:

—¡Vete a tu puto país, mora de mierda!

El comentario le dolió al comisario, que no dudó en desenfundar la pistola y disparar tres veces al aire.

—Es la hora de la verdad.

Los seguidores se marcharon con rapidez, aunque miraban con odio y proseguían con sus cánticos e insultos. Por fortuna para Salmerón y Benatar, un segundo coche patrulla, comandado por Lagarde, apareció con la sirena a todo gas. Los agentes se bajaron del coche y desenfundaron las pistolas para apuntar a los que permanecían en el lugar.

—Circulen, circulen.

La aglomeración desapareció entre los aplausos de un grupo de ciudadanos.

—¿Todo bien, comisario? —preguntó el inspector Lagarde.

—De momento, sí. Estamos a menos de diez minutos del lugar donde avistaron al sospechoso. Seguiremos por la calle de las tiendas y torceremos a la izquierda en la plaza del Carmen. Síganme.

—¿Usted cree que la pista es sólida, comisario?

—No.

Se subieron a los coches patrulla, pasaron por el bar Pluga, que abría sus puertas al público otra vez, y giraron a la derecha, donde cientos de turistas e incondicionales del fútbol ralentizaban el tráfico. La calle, que era peatonal y pequeña, impedía la marcha de los vehículos, en especial a la altura de los baños árabes y la tetería Haman Almeriyya, donde algunos curiosos se asomaban.

Benatar sollozaba en el asiento del copiloto. La rabia contenida se percibía en su semblante, la rabia de años acumulada en ese cuerpo delgado y fibroso. Miró por la ventana en un intento de evitar la cara del comisario. Sentía pura vergüenza.

—¿Cómo puede la gente ser tan malvada?

—Inspectora Benatar, recuerde esta frase: las cosas que hoy te duelen, mañana te hacen más fuerte.

Los dos se miraron y Zaida apoyó la frente su hombro. —Gracias, Sergio.

—¿Por qué?

—Por todo lo que haces por mí.

Salmerón miró de manera instintiva a su teléfono y vio varias llamadas perdidas de la comisaría. En esos instantes otra entró.

—Dime.

—Comisario, han encontrado a otra chica muerta en la calle Rostrico, a unos minutos de la Puerta de Purchena —dijo Arancha, su secretaria.

Otra víctima

N

o puedo quitarme de la cabeza a la chica que vi en la calle Rostrico. La mirada inocente, el pelo largo y castaño. Necesito verla y poseerla. El viernes por la noche alquilé una habitación en el hotel La Perla, mi campo de operaciones. Todo preparado. El único inconveniente es la patulea de seguidores de fútbol que se alojan en él. Pero también serán mi coartada. Pobres idiotas.

«Bien, hijo, bien. Estás cerca».

Las voces me acosan cada día más, pero ya solo confío en Teo. Es el único que me quiere de verdad. Me ha señalado el camino. Me guía con su luz. Nada puede ir mal si está a mi lado.

«Espera, sé paciente, tu oportunidad llegará».
Empiezo a cansarme de mi madre; es débil, no puedo contar con ella.

«Por el amor de Dios, hijo, no sigas» .
Cállate, vieja zorra. Te odio y te odiaré toda mi vida.

Mentí a mi familia, les dije que tenía unas conferencias en Madrid durante el fin de semana. No me creyeron, pero no importa. Hace tiempo que mi hija mayor sospecha de mí. Ahora solo quiero centrarme en mi misión. Desde que llegué al hotel, he visitado el número treinta y cinco de la calle Rostrico en varias ocasiones. Mi musa volvió a su casa ayer a las nueve de la noche. Hoy es el día idóneo, la final de la Copa del Rey será mi tapadera. Solo faltan unas horas.

Me echo en la cama, pero no me puedo dormir. Enciendo la televisión y sale un tipo bajito con barba en directo desde la catedral de Almería. Hay

varios coches de policía en el evento. Me río. Cambio de canal y aparecen seguidores de los dos equipos de fútbol. Bajo al bar y, de nuevo, un grupo de aficionados invade la entrada. Doy un paseo y me tranquilizo un poco. Respiro hondo y pienso en mi plan.

Se acerca la hora. Me doy una ducha fría antes de mi cita. «Ja, ja, ja». Me coloco el vendaje en el brazo, me llevo una falsa muleta y guardo la pistola en la cartuchera que está atada a uno de los tobillos. Evito el ascensor y bajo por las escaleras. Me escondo entre los aficionados antes de salir.

«Darás el gran golpe. Como yo hace treinta años».

Miro hacia arriba. Hay una luz tenue en un apartamento. Un señor mayor me mira. No es la primera vez. Maldito viejo, muerto tenías que estar.

Respira, respira.

—¿Rogelio?

—Hombre, Manolo, cuánto tiempo. ¿Cómo va el retiro?

—Bien. Sabes que, aunque no haga ruido, la Guardia Civil siempre está en el momento indicado y a la hora exacta. —Dime, ¿qué te cuentas?

—Rogelio, desde el viernes he observado a un tipo que podría encajar con la descripción del asesino que habéis pasado por la Intranet. Su comportamiento es anómalo. Nosotros tenemos buen olfato para captar mensajes que otras personas no pueden. Se alojó el viernes en el hotel La Perla. —Manolo, ¿no será que te aburres con la parienta?

—Con estas cosas no bromeo.

El teniente Rogelio Vargas se sentó en la silla de su oficina y siguió la conversación con interés, apuntando cada detalle que le daba su amigo. Habían trabajado juntos muchos años y su intuición le dictaba que debía seguir escuchando. A lo mejor no llegaban al asesino, pero podrían dar un golpe a otro criminal peligroso.

—Soy todo oídos, Manolo.

— Como decía, estaba sentado en la ventana el viernes, como de costumbre, y una persona que cuadra con el perfil se adentró en el hotel con una maleta.

—Ese perfil encaja con miles de ciudadanos.

—Lo sé. Andaba nervioso y miraba hacia atrás, como si lo persiguieran. Después de unas horas de entrar, salió con una apariencia distinta, pero lo reconocí enseguida. Se había quitado el sombrero y no tenía bigote. Hay muchas personas que esconden cosas, pero este se trae entre manos algo grave.

» Seguro que anda vigilando a alguien y cambia de disfraz para no llamar la atención. Esos trucos son elementales, es lo más básico que te enseñan en el departamento de seguimientos.

—Sigue, sigue.

—Hace unos minutos, ha salido otra vez con una muleta en la mano y un vendaje en el brazo. Muy extraño. Algo no me cuadra.

—Ya podía estar viendo el partido de fútbol, el muy cabrón. Se quedaron en silencio.

—Manolo, lo que me cuentas no es suficiente para iniciar una investigación formal, pero sí para enviar a unas patrullas a peinar la zona. Manténme informado si ves algo más. Y gracias por tu ayuda. Un abrazo.

—Así lo haré.

El guardia civil retirado colgó el teléfono con frustración, pero él mejor que nadie sabía cómo funcionaban las cosas en las fuerzas del orden. No se podía acusar a nadie por meras intuiciones. Pero, en vez de abandonar, persistiría en su vigilancia. Creía estar en lo cierto, solo tenía que demostrarlo.

He estado en la calle, esperando a que el partido comenzara. Es el momento idóneo para ir de caza. Repaso mi plan, me aseguro de que todo está en

orden y me dirijo a mi objetivo. Paso por un bar y oigo a un comentarista de televisión decir: «Entrada terrorífica de Sergio Ramos a Leo Messi. Eso es expulsión».

Me río. ¿Terrorífica? Maldito idiota. La gente dentro del bar grita como si le fuera la vida en ello. Insultan, ladran. Me centro en mi trabajo y en unos minutos estoy cerca. El número treinta y cinco está en mitad de la calle y en un extremo hay una peluquería; eso es peligroso, así que decido irme al otro. Desde allí veré el portal de la vivienda. Me coloco una gorra, unas gafas y, con la muleta en una mano y el vendaje en la otra, me apoyo en un coche. Un grupo de personas pasa por delante; disimulo y miro hacia otro sitio para que no puedan acordarse de mi cara. Un perro se acerca y me huele. Chucho asqueroso. Miro en ambas direcciones, no veo a nadie y le doy una patada en la cabeza al can, que se marcha dolorido.

Una chica viene en dirección al portal, la respiración se me corta, pero me pongo en marcha, y me aproximo con disimulo. La llamo cuando va a acceder al portal:

—¿Señorita?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

Se vuelve y me mira. Se parece, pero estoy seguro de que no es mi chica.

Cambio de plan rápido.

—¿Qué hora tiene?

—Usted lleva reloj.

—No funciona.

—Son las nueve y media.

—Gracias.

Más sereno, vuelvo a mi lugar de vigilancia. Ha sido un golpe fuerte, pero no puedo ceder ante la adversidad. Esperaré el momento, sé que llegará.

«No te relajes, no te relajes».

Teo me habla. Él sabe cómo manejar estas situaciones. Debo esperar paciente a la presa y luego atacarla sin piedad.

Otras voces me atosigan, casi pierdo el conocimiento. Son fuertes y

agresivas. Creo que voy a perder el control. Percibo imágenes borrosas de destrucción y a Teo entrando en el corredor de la muerte, donde la Vieja Chispitas lo espera. «No, no, deténganse. Ese hombre es dios, vino al mundo para redimirnos del pecado».

—Nooooooooooooo.

Una mujer viene en mi dirección.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta.

O me recompongo o mi plan fracasará.

—Sí, gracias.

Decido cambiar de lugar y me dirijo al otro extremo de la calle. La peluquería ha cerrado. Esas cotillas ya no están. Me apoyo en el alféizar del escaparate y respiro hondo. Me siento mejor. El cuerpo todavía me tiembla, pero creo que pasaré esta crisis.

Un coche de policía pasa junto a mí. Los dos agentes se me quedan mirando con la seguridad del que cree que controla la situación, pero ellos no pueden competir conmigo. Hasta en los momentos bajos soy capaz de redimirme de mis pecados y volar como un ángel. Siento asco por el ser humano; es tan pequeño e ignorante. Se ríen como si poseyeran el mundo y son incapaces de ver las señales divinas.

Me distraigo contando coches, miro a la derecha y advierto a mi musa en la otra acera, la diosa de mis sueños. Camina lento y con gracia. Lleva una falda azul corta con camisa blanca transparente, y el pelo recogido. Puedo oler su fragancia. Hago un movimiento brusco y me incorporo a la calle; cruzo a su acera y le doy alcance. Se da la vuelta, recorre unos metros y entra en una tienda pequeña. La espero cerca de la salida. Los minutos se me hacen horas y el cuerpo entero me tiembla. Es la hora de los elegidos.

«Aguanta».

Teo me anima. Es la única voz en mi cabeza ahora. La de mi madre desapareció, está muerta. No quiero oírla más. La de mi padre tampoco aparece. Estará borracho, en el cielo, digo, en el infierno, que es lo que se merece ese cabrón.

La chica sale con una bolsa blanca y una botella de vino. Perfecto, lo celebraremos juntos. Hoy será un gran día. La sigo a unos metros de distancia. Se acerca a su portal, deja la compra en el suelo y saca del bolso una llave. Abre la puerta y se dispone a entrar cuando le grito:

—¡Ayuda!

Me arrojo al suelo y doy un golpe sonoro con la muleta en la acera para buscar teatralidad. La chica se gira, me ve y se acerca.

—¿Necesita ayuda?

—Creo que es solo un mareo, se me pasará enseguida. —¿Quiere un vaso de agua?

—Sí, gracias.

Me ayuda a sentarme.

Estoy preparado. Ha sido tu perdición, perra.

—Se lo traigo en un segundo.

Entra en el portal. La sigo, levanto la muleta y le propino un golpe brutal en la cabeza. Cae al suelo y observo su cara de pánico. Tenemos una cita macabra, pero cita, al fin y al cabo.

Otra llamada inesperada desde la comandancia de la Guardia Civil añadió más drama a la situación.

—Buenos días, secretaria del comisario Salmerón.

—Hola, Arancha, soy el teniente Rogelio Vargas. He estado llamando al teléfono de Sergio durante una hora y no he podido contactar con él. Un guardia civil retirado me informó de la presencia de un sospechoso cerca de su vivienda. Es temprano para confirmar su solidez, pero no estaría de más que visitáramos la zona. Quizá un par de coches patrulla podrían echar un vistazo y hablar con mi contacto.

La siempre eficiente secretaria dejó la larga lista de actividades que tenía encomendadas y se centró en lo que le decía el teniente.

—El comisario se encuentra en los alrededores de la plaza de la catedral, prestando apoyo a la seguridad del programa *Ayúdame*.

—Sí, lo sé. Con la que está cayendo en Almería y nuestros agentes haciendo de canguros. Lo que nos faltaba. Por favor, contacta con él por vía interna y alértalo de la situación. De momento no es nada más que una pista. Es una persona con experiencia y debemos hacer caso de su olfato.

La secretaria tomó uno de los teléfonos inalámbricos para comunicarse con el comisario lo antes posible.

—Entendido, teniente. Estoy llamando por línea interna al comisario.

—Gracias, Arancha.

Salmerón no respondió a las primeras llamadas de su secretaria, pero ante la insistencia no tuvo más remedio que responderle.

—Arancha, ¿qué cojones?

—Llamó el teniente Vargas.

—Te hablo de vuelta, Arancha. Los espectadores están rodeando el escenario y necesitan ayuda.

Alerta

E

stamos en el portal. La chica se quiere levantar, la tomo por el cuello y le doy un puñetazo en la cara. Un caño de sangre le sale de la fina nariz. Se resiste a caer al suelo otra vez. Me acerco por detrás, le sujeto la cabeza con una mano y la levanto; con la otra, empuño una pistola y le aprieto las costillas. Subo el arma hacia su sien. Está a punto de desmayarse. No te mueras, perra, todavía no.

—Llévame a tu piso o haré tu sufrimiento eterno. —Déjame ir, por favor, déjame —me ruega.

El gesto en la cara denota rendición.

—Primero A, las llaves están en mi bolso.

Aprovecha el instante para gritar, pero la sujeto por la espalda y le cierro la boca con las manos con rapidez. Luego le oprimo la cara y los labios.

Se tranquiliza.

Decido tomar las escaleras. Pliego la muleta falsa y el vendaje, y los meto en la bolsa de plástico que llevaba escondida en un bolsillo. La sigo por detrás con la pistola en el costado. Da pasos pequeños e inseguros. Intenta dejarse caer al suelo, pero la sujeto con firmeza. La luz de la escalera es débil, pero cualquier vecino podría descubrirme. Otro peldaño más. Estamos cerca del rellano. La chica se ha portado bien, apenas se menea.

El ascensor empieza a bajar, y la angustia me invade. Oigo cómo descende las plantas con lentitud. Introduzco el arma en su boca. Casi se ahoga. Le indico con los ojos que se calme. El ascensor se va acercando.

Contengo la respiración. Sigue, maldito. Ella intenta llamar la atención, pero hundo la pistola en su garganta todavía más. El ascensor llega a la planta baja, una por debajo de nosotros. Una pareja sale besándose, encienden la luz y miran hacia nosotros. Los puedo ver desde las escaleras de arriba. Oculto el arma detrás de su cuerpo y acerco mi cabeza a la suya; los enamorados se ríen, cierran la puerta y se marchan.

Mi víctima pierde el conocimiento en mis brazos. Le doy dos bofetadas y se reanima. La acomodo en el suelo y busco en su bolso. Hay un llavero con el indalo de Almería que dice: «Dios te protegerá». Intento abrir cuando oigo a una persona abriendo su puerta para salir a la calle. Una voz le dice desde adentro:

—Luis, vuelve.

El vecino cierra, lo que me deja unos segundos para abrir la del apartamento de mi *novia*. Ja, ja, ja. Tememos una cita en el infierno. O, quién sabe, en algún lugar peor.

Entro en la casa, cierro la puerta y le asesto otro golpe en el rostro. «Por lo que me has hecho sufrir, puta». Dejo la bolsa en la entrada y arrastro a la chica a una de las dos habitaciones del apartamento. No hay duda, es la suya. Fotos de lo que parecen amigas y familia la inundan. Hay un oso de peluche gigante y una mesa de madera con un ordenador, una impresora y objetos de oficina. La empujo a la cama. Ella se revuelve, la golpeo en las costillas y cae al suelo. Me siento en su espalda y, con una navaja, le voy quitando las prendas de vestir. La dejo en ropa interior y con los zapatos de tacón. Le ato las manos y los pies a las patas de la cama. Habrá más, pero no ahora. Debo posponer el espectáculo.

—Te voy a presentar a mi amigo Sammy. ¿No lo conoces? Se hizo famoso hace años en Estados Unidos por ser el asesino en serie más prolífico de la historia. Verás qué divertido.

—Nooooo. Suéltame, suéltame.

Le paso una mano por el cuello y le introduzco un pañuelo en la boca. Agarro el teléfono y le enseño un vídeo de YouTube:

—Hola, me llamo Samuel Small; nací en Nashville, Tennessee, hace setenta y ocho años. Soy el culpable del asesinato de ciento tres mujeres. Sí, exactamente, ciento tres. Todas estranguladas. En la mayoría de los casos con sus propias prendas. Algunas eran prostitutas, otras no, pero todas eran malvadas y debían morir. He ayudado al FBI con retratos de cada una.

—Empecemos por la chica de la Ciudad de Salt Lake. ¿Se acuerda?

—Perfectamente. La adoraba. No recuerdo su nombre, creo que se llamaba Beth. Era delgada, con el pelo rubio y andares de diva. Tenía los dientes preciosos y una nariz perfecta. De piel morena como la miel y pelo corto ondulado. De un metro setenta y cuatro o setenta y cinco, y cincuenta y tantos kilos.

»La conocí en un bar de carretera, de esos a donde van los camioneros. Mi obsesión con ella empezó en el momento en que la conocí. Ya entonces, sabía que la iba a asesinar. Recreaba en mi mente la manera más retorcida para hacerlo, la de más placer. Mis ideas competían entre ellas. La seguí durante dos días. Es una experiencia orgásmica o, mejor dicho, los juegos preliminares.

»Un día la esperé en el bar. Dejé el maletero del coche entreabierto y me fui a beberme una cerveza. La joven no tardó en llegar. Me acerqué con cuidado, me presenté y la invité a una cerveza. Ella se negó, me gritó que la dejara en paz. «Lo vas a lamentar. Todo será mucho peor», pensé. Salí del bar y me escondí en una esquina del aparcamiento, desde donde podía ver a las personas salir.

»Estuve esperando un par de horas hasta que la joven apareció sola y dando tumbos. Venía en mi dirección y me vio, pero no me reconoció. Me llevé la mano al pecho y grité: «¡Auxilio, auxilio, un infarto!». La chica se volvió hacia mí y soltó: «Pero ¿qué mierda te pasa, viejo?». Se acercó a mí de mala gana, cigarrillo en mano. Una vez a mi altura, le pedí que recogiera un reloj que previamente había dejado en el suelo.

»Cuando se inclinó, abrí el maletero por completo, saqué una llave mecánica y le propiné un fuerte golpe en la nuca. Cayó en mis brazos y la introduje junto a la rueda de repuesto. De allí, la llevé a mi casa, que estaba a cinco minutos. El trayecto fue corto y agradable para mí. Tenía mi juguete

en la parte de atrás y nos íbamos a divertir mucho. Cuando llegamos, la maté.

—No, eso no es cierto —dijo el policía—. Cuéntenos el final de verdad.

—Claro, claro, esa es la parte que más me gusta. La conduje hasta la ducha, necesitaba un baño. Ja, ja, ja. Me pasé por la cocina, cogí un cuchillo y volví.

Mi presa rompe a sollozar con el vídeo. No lo soporta. —¿No te gusta? La chica menea la cabeza, desesperada.

—Hay más y será bonito.

Ahora, es mi turno de jugar. Su cara de agonía me excita. Quiero subir a los cielos. Cojo unas tijeras del escritorio y le corto el sujetador por la mitad. Sus pechos pequeños y tímidos quedan al descubierto. Tiene la piel erizada.

—No te preocupes, no voy a utilizar el cuchillo; yo soy más malvado.

De un bolsillo de la camisa, saco una caja pequeña con dos arañas negras y las coloco en sus senos.

Prisas

E

El teniente Vargas acababa de llegar a la comandancia de la Guardia Civil. Saludó a unos compañeros en el pasillo y se encaminó a su despacho con paso decidido. Cogió el teléfono para contactar con la sala de seguimiento de incidentes de la final de la Copa del Rey y se aseguró de que los protocolos de actuación se habían llevado a cabo y respiró satisfecho.

Una llamada a su móvil rompió la calma. Era Manolo de nuevo. Había intentado contactar en dos ocasiones, pero el teniente no se dio cuenta. No serían buenas noticias.

—Manolo, ¿algo nuevo de nuestro hombre?

—Es él, es el asesino. Es él, no hay duda, teniente. —Respira hondo. Manolo inspiró varias veces y se relajó.

—¿Te acuerdas que te dije que lo vi salir del hotel hace unas horas con una muleta y un vendaje en la mano?

—Sí, claro

—Lo bueno viene ahora. Lo esperaba sentado en la ventana. Estaba más pendiente del tipo que del partido. De repente lo veo de vuelta al hotel con la bolsa en la mano, sin muleta, sin venda y andando normal.

»No pude contenerme, Rogelio, abrí la ventana y le grité: «¡Asesino, asesino! Miró a mi ventana y empezó a caminar deprisa».

Los coches de patrulla de Salmerón y Lagarde aparcaron frente del hotel La Perla. El comisario se bajó, se dirigió a Lagarde y le dijo:

—Entra al hotel y habla con los de recepción por si han visto algo anormal estos últimos días. El sospechoso estaba alojado aquí. Dale la descripción a

ver si conseguimos averiguar en qué habitación se aloja. Otro coche patrulla va de camino a la escena del crimen en la calle Rostrico.

—Enseguida, comisario.

Salmerón y Benatar se dirigían al bloque del exguardia civil cuando un señor de unos setenta años abrió el portón, a pocos metros de los policías y corrió jadeando hacia ellos. Les mostró un carnet antiguo con el emblema de la Benemérita. Apenas podía articular palabra.

—El sospechoso va en esa dirección —señaló el agente hacia la Puerta de Purchena.

—Calma, calma.

Después de hablar con Manolo unos instantes, llamó a Lagarde, arrancó el coche, conectó la sirena y condujo calle abajo.

El ruido de la sirena llamaba la atención de los viandantes, que se apartaban para dejar paso; se paraban y observaban la persecución a la que, de momento, faltaba el invitado especial. Los policías llegaron a la altura de la plaza Manuel Pérez García y miraron en ambas direcciones, pero les fue imposible identificar a nadie con la descripción del sospechoso o con una actitud extraña. Pasaban los segundos y no sabían qué hacer. Giraron hacia la Puerta de Purchena y preguntaron a unos individuos.

Prisas

—Un señor que llevaba una bolsa ha dado un empujón a la puerta y se ha adentrado por allí. Andaba deprisa y parecía alterado —les dijo uno, indicando hacia la entrada de los refugios de la Guerra Civil.

—¿Qué apariencia tenía?

—Era su actitud la que llamaba la atención. Camisa oscura y pantalones azules, posiblemente vaqueros, pero no lo puedo asegurar.

La gente se congregó para cuchichear alrededor del comisario y del buen samaritano que había ayudado en la persecución del sospechoso.

Después de unos segundos intensos, le agradeció su colaboración y se dirigió al grupo:

—Vamos a cubrir las entradas de los refugios

El teniente Vargas fue informado del nuevo asesinato cuando

llegó a la entrada del refugio. Estaba contento porque uno de sus hombres retirados había dado con una pista sólida. Valió la pena alertar a la Policía Nacional del sujeto. Ahora lo tenían a tiro. Se encontraba en un callejón sin salida. O, mejor dicho, en un callejón con dos salidas cubiertas por coches patrulla. En la entrada principal, por donde había accedido el sospechoso, se encontraban Salmerón, Benatar y Vargas. En la salida del refugio, Lagarde y tres policías.

—Estamos perdiendo tiempo. Es hora de atraparlo. Solo hay unos trescientos metros ahí abajo, un corredor con pocas habitaciones: un botiquín, la sala de curas y el quirófano —dijo Vargas

—Sí, pero tenemos que entrar sin luces o esperar al operador del ayuntamiento —dijo Salmerón—. Nos exponemos demasiado.

—Es una ratonera —afirmó el teniente—, pero no tenemos otra alternativa. Si se escapa de aquí, es nuestra tumba profesional.

El comisario contactó con la alcaldesa de la ciudad, Juana Enciso, la secretaria del juez David León y otras autoridades que querían asistir a la caza ahora que el sospechoso estaba acorralado; incluso las cámaras de televisión inmortalizarían el momento con ellos de protagonistas.

Benatar, Salmerón y Vargas se aseguraron de que las armas de fuego se encontraban en buen estado y se aprovisionaron con tres linternas, cuchillos escondidos en el bajo del pantalón y valor, mucho valor.

Salmerón fue el primero en dirigirse a la entrada, pero Benatar lo detuvo sujetándolo por el brazo con brusquedad y le dio una patada a la puerta. Un segundo más tarde, una viga de cemento se abalanzó y la destrozó.

—Comisario, seré la primera del grupo.

—Pero...

Benatar se adentró en el refugio con determinación. Pasó por encima de los escombros con dificultad y se cubrió la boca por el polvo desprendido.

Todo estaba oscuro y en silencio.

Guerra Civil

M

Metto las sábanas de la cama en la bañera y dejo en el colchón un puñado de pelos que tomé de una peluquería, me despojo de los guantes y los deposito en la bolsa. Me dirijo hacia la puerta y la abro con la manga de la camisa. La escalera está libre. Bajo despacio y sin hacer ruido salgo a la calle y empiezo a caminar. No hay nadie, es tarde y la gente todavía está viendo el partido. Me arreglo el pelo, me recompongo la ropa y respiro hondo. Me siento de maravilla. Los pantalones y la ropa interior están mojados. Pienso en la cara de desesperación de la chica y casi tengo otra erección. Voy camino del hotel, necesito cambiarme.

Al acercarme, alguien grita desde un balcón.

—¡Asesino, asesino!

La gente de alrededor se queda sorprendida y mira hacia mí

mientras un señor me señala con el dedo. El viejo asqueroso vuelve a gritar:

—¡Deténgalo! ¡Al de la bolsa!

Maldito hijo de perra, ya ajustaré cuentas contigo. Tendrás una muerte lenta y agónica.

Me sitúo entre dos coches y tomo dirección a la Puerta de Purchena. Ando deprisa, pero no corro, eso sería fatal. A lo lejos, dos individuos me señalan. Las sirenas de los coches de policía se oyen cerca. La situación se complica. Llego a la altura de la calle de las Tiendas y veo enfrente el kiosco Amalia. A su lado, se encuentran los refugios de la Guerra Civil. Me los conozco de maravilla, sus planos han pasado por mi oficina numerosas veces. Tienen una entrada en el oeste, en el paseo de Almería, y otra al este, junto a los aljibes de Jairán.

«Nenaza, nenaza como tu madre, te van a atrapar». Llego a la entrada de los refugios y le doy una patada. «Adelante, adelante, eres el dios de las sombras».

Teo me da ánimos. No puedo fallarle. No. Eso sería peor que la muerte. Entro y todo está oscuro, ni siquiera hay luces de emergencia. Utilizo el teléfono como linterna. Debo tener cuidado, apenas tengo unos minutos de ventaja. La policía llegará pronto. Es la hora de Dios.

A la izquierda de la entrada, hay una viga de cemento de una parte del refugio en construcción. La empujo detrás de la puerta con gran esfuerzo. Cuando alguien entre, le caerá en la cabeza. Con esta maniobra ganaré tiempo. Si me llevo a alguien por delante, obtendré unos minutos preciosos.

Una vez colocada la viga, me adentro en un corredor amplio. Es la sala de espera del refugio, que tiene forma de ele. Un largo pasillo da lugar, en la izquierda, a la sala de curas y al quirófano. Más adelante, está el acceso al exterior.

El partido de fútbol acababa de terminar. Las fuerzas de seguridad escoltaban a los hinchas hasta la terminal de los autobuses. La Policía Nacional y la Guardia Civil se dirigieron al centro.

—Comisario, aquí el mando de operaciones, varias unidades de la policía y la Benemérita se encaminan a los refugios. —Hay que acordonar las vías aledañas, en especial la entrada a la calle de las Tiendas y la salida a Tenor Iribarne.

Guerra Civil

En esta última tenemos un coche apostado, pero se necesitan refuerzos. El acceso requiere, al menos, dos patrullas. Los tres que estábamos en la principal hemos entrado en persecución del individuo —dijo Salmerón—. Confirmemos con el ayuntamiento que no hay otras salidas.

—Comisario —dijo un agente desde el coche patrulla de la calle Rostrico. —Dime.

—Estamos ante el cadáver de otra chica con las mismas características físicas de las anteriores.

—¡Me cago en la puta!

—Ha sido estrangulada y tiene picaduras en el torso. Silencio.

—¿Encontrasteis pantis?

—No.

Cerca

A

caban de entrar en el refugio. La viga ha caído, pero no he oído ningún lamento; alguien del grupo se ha oído la trampa. Apago la linterna del teléfono. Ellos no lo saben con certeza, pero seguro que asumen que llevo una pistola. Paso la mano por la pared para guiarme, sé que llegaré a la salida este. Camino despacio, el suelo está repleto de objetos de madera y metal. Oigo el ir y venir de las ratas; huelen la carne humana y eso las envalentona.

Un chillido detrás de mí me sobresalta. Mis perseguidores han debido de tener un percance. Aunque no puedo verlos, esto me beneficia.

La pared es áspera, como cemento sin pulimentar. Intento ir deprisa y me golpeo en la rodilla con una especie de asiento de cemento adherido a la pared. Me duele, creo que estoy sangrando, pero no me queda más remedio que seguir. Miro hacia atrás y atisbo un punto de luz en el suelo y lo que parecen tres personas. Dos tiros me pasan rozando la cabeza.

—Malditos bastardos.

La pierna derecha me sangra. Sigo orientándome por la pared, pero un agujero provoca que me caiga y dé con mis huesos en el suelo. El golpe en la cabeza ha sido terrible. Una rata me muerde. La atrapo con la mano y la estrujo como si fuera papilla.

La sala del botiquín está cerca.

Me levanto y, tras tropezar con varios instrumentos de metal, continúo por la sala de espera. Al final observo un hilo de luz, en lo alto de una escalera. Subo peldaño a peldaño y empujo la puerta. Lo primero que veo es la luz de

las farolas, luego miro a mi izquierda y encuentro a unos policías en un coche. Me disparan y regreso al refugio cerrando de un portazo. Giro a la derecha hacia la sala de curas y el quirófano. Otros dos disparos pasan cerca de mí. Estoy perdido. No hay otra salida. Solo me queda esperarlos y matarlos en una emboscada.

El grupo del comisario se había adentrado en el refugio liderado por la inspectora Benatar. Pistola en mano, recorrían la sala de espera con lentitud. No podían encender las linternas, solo alumbraban el suelo cada cierto tiempo. Un susto les recorrió el cuerpo cuando una rata subió por el pantalón de Benatar, que dio un grito que seguramente se oyó hasta en su querido Marruecos. Una patada brusca mandó la rata contra la pared, que cayó al suelo y huyó despavorida.

El sospechoso estaba cerca. Oían un raspado en la pared e intuían que era una manera de guiarse. Intentaron acelerar, no podían desperdiciar esta oportunidad.

—Maldito, te juro que te atraparé.

Los tres siguieron adelante, tenían una referencia mental del trazado del lugar y no podían dejar que escapara.

A los pocos minutos, se oyó un ruido metálico de artefactos médicos.

—Se ha tropezado con algo —dijo el comisario Salmerón—. Date prisa, Benatar.

Cerca

Aceleraron la marcha, llegaron al botiquín y enfocaron con las linternas. No había nadie. El sospechoso parecía conocer el trazado del refugio también. Apagaron las linternas, se escondieron en la sala para cubrirse las espaldas. Cinco segundos más tarde, sonó un golpe en la puerta de la salida este. Alguien la abrió violentamente, salió y entró rápido. Casi se cruzó con el grupo. Podían oír su aliento. Benatar disparó dos veces, pero sin éxito. El sospechoso se había dirigido hacia la izquierda del grupo perseguidor. Estaba escondido en la sala de curas o en el quirófano.

—Lo tenemos —dijo Benatar—. No hay salida al exterior.

Decidieron acercarse a las paredes. Benatar y Salmerón en un lado, y Vargas en el otro. En caso de que disparara, le sería más difícil acertar. Había huecos en ellas, seguramente era el espacio reservado a las camas de los refugiados. Todo estaba en silencio.

Una botella grande que emanaba gas se abalanzó contra ellos.
—¡Una bomba! ¡Todos al piso! —gritó el teniente Vargas.

Se lanzaron con celeridad, pero nada sucedió. Encendieron una linterna y vieron que se trataba de una vieja botella de oxígeno. El susto casi se los llevó por delante, pero se recompusieron y avanzaron, pistola en mano, con la respiración honda pero sigilosa. Examinaron la sala de curas y ya solo faltaba el quirófano, una estancia más pequeña que la anterior y que terminaba en un habitáculo minúsculo.

Algo se movía en una esquina. Tenía una respiración trabada. Lo tenían al alcance. El ruido se hizo más evidente al acercarse.

Estaba atrapado.

—Un, dos, tres —siseó Benatar.

Más de diez disparos dirigidos hacia esa parte de la habitación. Un gemido inhumano se escapó del moribundo. Luego, silencio absoluto.

Benatar sudaba y su cuerpo se estremecía como si fuera la última vez, pero lo habían cazado.

Esperaron unos instantes antes de encender las linternas. Dudaban de lo que veían, pero habían disparado a un gato negro que emanaba sangre por varios orificios.

Cacería

Y

a están aquí, los percibo, cerca, no me queda más remedio que intentarlo. Lanzaré la bolsa a una letrina, con piedras dentro. Espero que no la encuentren, pero si lo hacen estará tan contaminada que no habrá manera posible de encontrar ninguna prueba fiable. A pesar del dolor en la pierna, subiré por la pared e intentaré colarme por uno de los canales de ventilación del techo. Es un tubo largo y angosto, pero creo que habrá espacio para mí.

Utilizo la camilla de operaciones para ganar un metro de altura y encima coloco una mesa de madera. Es casi imposible llegar al techo si el conducto no tiene asideros. La apoyo en la pared para darle mayor estabilidad y me subo sin pensarlo dos veces.

Doy un salto. La mano izquierda resbala, pero la derecha se agarra a un pedazo de metal oxidado que sobresale. Apoyo un pie en un saliente de cemento en la pared y evito la caída. Me acerco al agujero e introduzco la cabeza. Es estrecho, pero puedo entrar. Hay una escalera de hierro. Debe de ser para la limpieza. Me ha salvado la vida.

La luz de las farolas invade la calle, pero no puedo salir. El canal de ventilación termina en forma de faro de hierro, con una rejilla en la parte superior y un paraguas metálico. Trepo hasta el final y le doy un puñetazo a la rejilla, que no es tan robusta como parece. Tardo varios minutos en conseguir mi propósito. He tenido que realizar dos llamadas de urgencia.

Una vez que termino alargo la cabeza y miro alrededor. Los coches de policía están acordonando la zona. Saco el resto del cuerpo y salto a la calle.

Un señor grita a mi espalda:
—¡Deténgase, deténgase!
Se marcha en dirección al coche patrulla más cercano.

Me dirijo a la calle de las Tiendas y paso los aljibes de Jairán entre miles de seguidores del Real Madrid que celebran la victoria de su equipo. Cantan el *Hala Madrid* y tiran cohetes. El ruido es ensordecedor. Miro hacia atrás y veo a un coche de policía dirigiéndose en mi dirección con lentitud. Intento escabullirme entre la gente, pero apenas me dejan pasar. La estrechez de la calle me juega una mala pasada. Localizo un agujero en la luna de una tienda de juguetes. Voy a meterme, pero una persona me empuja por detrás con un tambor gigante y me doy un golpe en la cabeza.

Los policías están a cien metros.

Giro a la derecha en la calle Hernán Cortés, paso por la iglesia de Santiago y llego a la calle Rostrico. Me trae buenos recuerdos, pero los errores que cometí me van a llevar a la tumba. Intento entrar en un portal abierto, pero dos jóvenes magrebíes me reciben a patadas. Gritan en árabe. Sigo hacia adelante. El bar Sacromonte está cerca, pero hay un coche de policía a la altura de la academia de peluquería Rocarpor. Ese no es mi destino. Necesito llegar a la callejuela anterior. Ya casi estoy. Giro a la izquierda y me adentro en la calle Velasco. Hay cubos de basura y varios gatos peleándose por el botín. Es un auténtico oasis de hedor y podredumbre. Solo un idiota podría quedarse allí. Está mal iluminada, pero hay una silueta detrás de un contenedor de basura. Me acerco despacio.

Cacería

—Hermano, ¿traes el dinero? —dice una voz desde la penumbra.

—Y tú, ¿has hecho lo acordado?

—Sí.

—Vamos a mi coche, lo tengo allí. Sígueme.

No tengo tiempo para charlas inútiles. Las sirenas están a la vuelta de la esquina. Me vuelvo violentamente hacia él, que grita:

—Hermano, no, no, ¡no!

Le disparo dos veces: una en la cabeza y otra en el pecho. La sangre brota de su cuerpo en abundancia. Me pongo el jersey y los pantalones de pana que me trajo. Me atuso el pelo, me limpio el polvo del cuerpo ya que con el forcejeo me manché y ya parezco un ciudadano respetable cumpliendo con su deber: atrapar a los malhechores.

Un coche de policía aparca con brusquedad a unos metros de mí, puedo distinguir la silueta de la inspectora árabe. —¡Alto, policía! Levante las manos y suelte la pistola. Es la voz de ese comisario analfabeto. Me vuelvo con lentitud, con una sonrisa maliciosa.

—¿Juez León? —pregunta el comisario.

—El mismo.

—¿Qué hace aquí?

—Decidí tomar el autobús para reunirme con ustedes y evitar los atascos por el partido. Al bajarme, vi a un tipo que encajaba con la descripción que hicieron circular por línea interna. Corría despavorido. Lo seguí, le di el alto y me atacó con ese puñal que tiene en la mano. De verdad que aguanté todo lo que pude sin disparar, pero intentó matarme.

Rompo a llorar con teatralidad, caigo de rodillas e imploro a un dios en el que no creo.

—He matado a una persona.

La inspectora Benatar se acerca y me toma por detrás para levantarme. Está emocionada. Me da un abrazo.

—No, usted es un héroe.

Los policías y guardias civiles que están alrededor, rompen a aplaudir con emoción.

Idiotas.

Reencuentro

—Inspectora Benatar, hay un chico árabe que quiere hablar con usted, parece nervioso y dice que es importante —dijo un policía.

—¿Por qué no se lo dijo a usted?

—No consintió. Dice que es amigo suyo.

La inspectora se acercó al muchacho con recelo. —¿Eres tú, Ahmed?

El chico asintió, paralizado. La sorpresa de Benatar fue mayúscula al encontrar a un amigo de la adolescencia.

—Hace tiempo que no visitas la comisaría.

—Me he reformado.

—Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Estaba escondido detrás de un coche cuando he oído la conversación entre los dos hombres.

—¿Cómo?

Benatar se aleja del chico en dirección a Salmerón.

—Comisario, hay una persona con información relevante para la investigación.

—Benatar, ¡no me toques los cojones! Si la acabamos de cerrar.

—Lo conozco bien, comisario. Es Ahmed, un antiguo amigo y compañero de escuela.

—¡Me cago en la puta!

El chico y Benatar se acercaron al comisario.

—Dice que oyó una conversación entre el juez León y el difunto.

—Dinos lo que has visto Ahmed —lo apremió Benatar. —Al oír las sirenas

de la policía me escondí entre unos coches —dijo el chico.
Benatar lo animaba a seguir entre las malas caras del comisario.

—Primero apareció el señor que...
Se oyeron dos tiros.

Uno de ellos acertó en el pecho de Ahmed, que cayó al suelo de manera fulminante mientras expulsaba sangre por la boca. El otro dio en el costado derecho de Benatar, que la hizo poner una rodilla en el suelo.

El desconcierto reinó hasta que Lagarde lanzó un grito: —¡Es Abdel! —dijo señalando hacia una ventana.

Lagarde y unos policías que estaban cerca de él iniciaron la persecución. Se dirigieron a la puerta de la casa desde cuya ventana habían disparado. Liderados por el inspector, la derribaron de un golpe y subieron por las escaleras. Al llegar a la parte de arriba, oyeron cómo Abdel saltaba al patio interior. Lagarde disparó dos veces, pero falló. Saltó detrás y lo persiguió hasta una calle con un bar lleno de seguidores de fútbol. Cuando Abdel miró a ambos lados de la calle, encontró al grupo perseguidor a un lado y a varios coches de policía en el otro. Intento meterse en el bar, pero apenas cabía un alma.

Reencuentro

La gente celebraba con la repetición de las jugadas más interesantes del partido. Lagarde y su grupo le dieron el alto.

Todos lo apuntaban con sus pistolas.
—¡No disparen! —dijo Lagarde.

Abdel levantó las manos a la vez que repetían el gol de Sergio Ramos en la televisión, al estilo Panenka.
—¡Goooooooooooooooooool! —gritaban los seguidores.

Abdel se desplomó al suelo, con un orificio de bala en la cabeza. Un chorro de sangre brotaba por su cara enjuta.
Los presentes se miraron los unos a los otros pidiendo respuestas.

Nadie dijo nada.

Dios

L

os medios de comunicación, tanto locales como nacionales, destacaron la figura del juez David León en las páginas principales de sus diarios. Todos coincidían en presentarlo como un héroe. Tenía fama como magistrado desde hacía varias décadas por la forma en que resolvió varios casos que involucraban a la mafia italiana y el contrabando ilegal desde el norte de África. Llevó a la cárcel a matones locales que juraron vengarse. Pero el juez León no le temía a nadie, desempeñaba su trabajo por el bien de los ciudadanos.

Rodrigo Balín y Martha Shelby comentaban en *La Voz de Almería* cómo el magistrado había puesto en peligro su propia vida para atrapar a un asesino que había tenido en jaque a las autoridades locales. Detallaban en una larga columna la biografía ejemplar del juez, resaltaban su formación en el extranjero y su fama de padre de familia responsable.

El *Ideal* se deshacía en elogios con el juez, a quien llamaban el nuevo Cid Campeador. Ensalzaban su figura, y adornaban la página con una foto en la que aparecían la alcaldesa, David León, el delegado del Gobierno y los principales miembros de las fuerzas policiales que habían actuado en la operación.

Los digitales como *Almería 360*, *Diario de Almería*, *La Gaceta de Almería*, *Noticias de Almería* no escatimaban en elogios al juez. Pedían a las autoridades locales hacerlo hijo predilecto de la ciudad. Todo era una dicha. Las autoridades se felicitaban los unos a los otros. Todo era de color de rosa.

O casi.

Gloria

D

Después de dar muerte al moro, me dirijo a la parada de autobús más cercana. Ese pobre idiota cayó en mi trampa maligna con facilidad. No lo podía dejar vivo. Rechazo las invitaciones para llevarme a casa en coche. Quiero vivir este momento en soledad y disfrutarlo. Me quedo unos minutos mirando a las estrellas y respirando el aire puro de la noche.

Quiero mezclarme con la gente normal, aburrída y despreciable. Lo hago porque en estos momentos soy Dios, pero no un dios como el que ellos veneran. Soy malvado, pertenezco al abismo, y seré su guardián eternamente. Me encargaré de los ángeles que allí moran o, mejor dicho, de los demonios. Ese es mi reino. Soy el todopoderoso de la oscuridad y de las tinieblas.

«Lo lograste, Dave, te has coronado».

Teo me da la bienvenida al reino de los grandes. He estado a prueba durante años, pero por fin está contento conmigo. Me dice que no puede esperar al momento de vernos juntos en el infierno.

Mi padre también está animado. Lloro de alegría. Promete no llamarme nenaza nunca más. Celebra y bebe desde algún lugar del averno. Nunca lo había visto tan alegre, el gran hijo de puta:

«Yo te bendigo, hijo mío».

Oigo las voces en mi cabeza, celebrando mi coronación. Todas menos una, la de mi madre. Ella no dice nada. En realidad, dejó de hacerlo hace tiempo. Sé que no está feliz conmigo. Y, aunque finjo que no me afecta, no es verdad. Lloro en algún rincón de mi ser, pero muy adentro.

No puedo detenerme.
Ahora no.
He tocado la cima.
Soy Dios en la tierra.

Me subo al autobús y miro a todas esas almas en pena, esos pordioseros, esa basura inmunda que me acorrala.

Llegará el día en que Abaddon los liberará de su inmundicia y su pequeñez,
y los llevará al infierno para siempre.
Pronto, muy pronto.

Cierro los ojos y canto en inglés una de mis canciones favoritas.

Soy el hijo
y el heredero
de una timidez que es criminalmente vulgar. Soy el hijo y el heredero
de nada en particular.
Tú cierra la boca.
¿Cómo puedes decir
que hago las cosas de manera equivocada? Soy un humano y necesito ser
amado, igual que todos los demás

¿Qué tan pronto es?